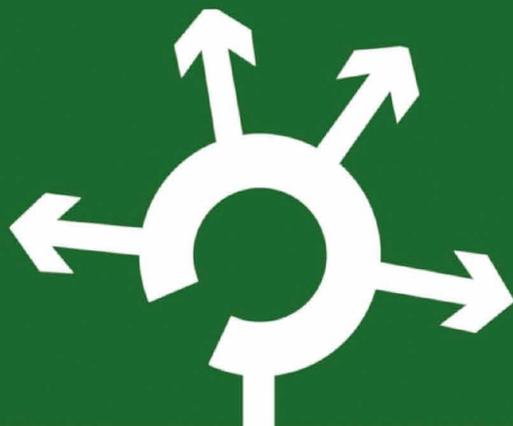


La desinformación en la UE en tiempos del COVID-19



Editores

**CÉSAR LUENA
JUAN CARLOS SÁNCHEZ ILLÁN
CARLOS ELÍAS**

Con Ponencia magistral de Pepa Bueno

LA DESINFORMACIÓN EN LA UE EN LOS TIEMPOS DEL COVID-19

LA DESINFORMACIÓN EN LA UE EN LOS TIEMPOS DEL COVID-19

Editores

CÉSAR LUENA
JUAN CARLOS SÁNCHEZ ILLÁN
CARLOS ELÍAS



Grupo de la Alianza Progresista de los
Socialistas & Demócratas
en el Parlamento Europeo
Delegación Española



tirant
lo blanch

Edición, dirección, coordinación y revisión:



Grupo de la Alianza Progresista de los
Socialistas & Demócratas
en el Parlamento Europeo
Delegación Española

Diseño y maquetación:
Innovatext

Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta

1.ª edición: julio 2021

ISBN: 978-84-1397-944-1

Índice

PRÓLOGO. Las falsas noticias y la crisis sanitaria provocada por el COVID-19, Clara Sainz de Baranda Andújar.....	9
PONENCIA MAESTRA	17
Pepa Bueno	

BLOQUE I LA HISTORIA DE LA DESINFORMACIÓN

<i>Capítulo 1</i>	
Límites conceptuales y contexto actual de la desinformación	29
César Luena	
<i>Capítulo 2</i>	
Historia y desinformación ¿Es esta vez diferente?.....	41
Lina Gálvez Muñoz	
<i>Capítulo 3</i>	
Desinformación y COVID-19. La transformación del ecosistema informativo	63
Raúl Magallón Rosa	
<i>Capítulo 4</i>	
Desinformación que mata. La crisis COVID-19.....	71
Ángel Badillo	

BLOQUE II LA UE ANTE LAS NOTICIAS FALSAS

<i>Capítulo 5</i>	
El periodismo, un invento europeo de búsqueda y publicación de la verdad	87
Carlos Elías	
<i>Capítulo 6</i>	
El Parlamento Europeo y la comisión especial contra la desinformación, las interferencias extranjeras en procesos electorales y la protección de derechos de la ciudadanía europea ante la difusión de “fake news”....	97
Juan F. López Aguilar	

Capítulo 7

Las minorías como objetivo de las “fake news”: comunicación y diplomacia pública frente a la desinformación 113

Israel Doncel Martín

Capítulo 8

La UE frente a las campañas de desinformación..... 131

Miguel Ángel Ballesteros Martín

BLOQUE III PERIODISMO CONTRA DESINFORMACIÓN

Capítulo 9

Periodismo frente a desinformación: 2020, el año de la pandemia y de las “fake news” 143

Juan Carlos Sánchez Illán

Capítulo 10

La desinformación y las “fake news” desde la primera línea mediática..... 149

Clara Jiménez Cruz

Capítulo 11

El fenómeno de la desinformación desde el ámbito institucional 159

Jaume Duch Guillot

Capítulo 12

“Fake news” y desinformación: un reto para la enseñanza universitaria 167

Concepción Cascajosa Virino

Epílogo

Europa frente a la doble pandemia, sanitaria y desinformativa. Periodismo en tiempos de crisis 177

Jorge Tuñón Navarro

RESEÑAS BIOGRÁFICAS..... 193

PRÓLOGO

Las falsas noticias y la crisis sanitaria provocada por el COVID-19

CLARA SAINZ DE BARANDA ANDÚJAR

Universidad Carlos III de Madrid

En el siglo XXI las noticias falsas son una de las principales amenazas para los sistemas democráticos y en el impacto mediático de la crisis sanitaria provocada por el COVID-19 ha multiplicado esta amenaza con bulos y noticias falsas que han calado en la opinión pública.

En diciembre de 2019 La República Popular China reportó los primeros casos de un tipo de neumonía en la ciudad de Wuhan producida por el Covid-19. El virus se propagó por todo el mundo lo que provocó que la Organización Mundial de la Salud (OMS) declarara el Covid-19 como epidemia y el 11 de marzo de 2020, debido a la propagación e la enfermedad y su gravedad, la declara pandemia (OMS, 2020).

En España, el primer caso se detectó el 31 de enero de 2020 pero no se toman las primeras medidas hasta el 3 de marzo. El 9 de marzo la Comunidad de Madrid decretó el cierre de todos los centros educativos durante dos semanas, esta medida entró en vigor el 11 de marzo y a ella se unieron otras comunidades. Tras varios días de incertidumbre, el 14 de marzo se declaró el primer estado de alarma permitiendo el desplazamiento de los ciudadanos únicamente en situaciones específicas.

Durante estos días la desinformación y las falsas noticias invadían las redes, las plataformas de desmentidos, como Newtral y Maldita, comienzan a generar espacios específicos sobre la crisis sanitaria del Covid19, el 1 de marzo se publicaron 2 desmentidos mientras que el 10 de marzo los desmentidos ascendían a 12. Pero la proliferación de bulos se produjo a nivel mundial por lo que el director General de la

OMS, Tedros Adhanom Ghebreyesus, advertía en la Conferencia de Seguridad de Múnich 2020 lo siguiente: “Las noticias falsas se propagan con más rapidez y facilidad que el propio virus, y son igual de peligrosas”. Pero no solo son un problema las noticias falsas, también son un problema las verdades a medias y la sobreinformación, lo que se denomina *infodemia*.

Las falsas noticias emergen con fuerza en los contextos en los que emocionalmente somos más vulnerables y necesitamos reforzar nuestras ideas previas (Manzanero, 2017) y la crisis del COVID-19 ha sido –y es– un terreno fértil para que proliferen. La indignación y el miedo son los grandes motores para viralizar los bulos, en estos momentos críticos donde prima la emoción sobre la reflexión, de tal manera que la personas se vuelven más impulsivas y colaboran en su propagación (Amorós, 2018).

Durante el año 2020 tanto los medios de comunicación como las redes sociales han difundido noticias falsas sobre temáticas sociales y de salud relacionadas con el SARS-CoV-2, también los bulos sobre la gestión política que han hecho –y hacen– los Estados de esta crisis se han viralizado entre la población. Como ejemplo, Maldita.es –sitio web español creado para luchar contra la desinformación con periodismo de datos, *fact-checking*, hemeroteca, tecnología, innovación y educación– verificó 963 mentiras, alertas falsas y desinformaciones sobre el coronavirus en el año 2020.

Las noticias falsas han encontrado refugio en las redes sociales más utilizadas por la población española (Whatsapp, Facebook o Twitter), pero también en los medios de comunicación. Los botones de reenviar y compartir han servido para viralizar estos contenidos que, bajo la apariencia de noticias, información oficial, últimas horas y/o recomendaciones médicas, han contribuido a la difusión de informaciones falsas sobre el Covid19, ocultando información precisa y verídica sobre la emergencia sanitaria.

Entre los retos del siglo XXI las campañas de desinformación representan una amenaza de primer nivel para la seguridad de la Unión Europea y de España. En palabras de D. Francisco José de Salazar Rodríguez, Director adjunto del Gabinete de la Presidencia del Gobierno de España:

«El ciberespacio está jugando un papel especialmente relevante, al igual que brinda oportunidades, está siendo utilizado para realizar un ataque dirigido combinado, como por ejemplo combinar ciberataque con acciones de informática con el objeto de debilitar los valores fundamentales europeo y nacionales, así como poner en riesgo la democracia, el estado de derecho, las libertades pública y la concordia social» (Salazar, 2020).

Las respuestas al fenómeno de la desinformación, un fenómeno transnacional, deben basarse en la coordinación y en la integración europea y mundial, al igual que los principios de esta respuesta que deben inspirarse en los valores y el contenido de la Constitución y de los tratados comunitario e internacional. Con la crisis sanitaria provocada por el COVID-19, durante el año 2020, se han creado nuevos recursos o se han especializado los ya existentes, para contrastar las informaciones falsas que han difundidas sobre la pandemia.

Antes de la crisis del COVID-19, para hacer frente al fenómeno de la desinformación, la Comisión Europea y el Servicio Europeo de Acción Exterior (SEAE) estableció un Plan de Acción para la lucha contra la desinformación, presentado y aprobado en el Consejo Europeo de los días 13 y 14 de diciembre de 2018. Define la desinformación como la «información verificablemente falsa o engañosa que se crea, presenta y divulga con fines lucrativos o para engañar deliberadamente a la población, y que puede causar un perjuicio público». Gracias a este Plan Europa ha avanzado de manera única en el incremento y refuerzo de capacidades y recursos –sus objetivos principales–, solicitando a los Estados miembros, individualmente o de forma colectiva, el mismo esfuerzo. En este sentido, se incluía un paquete especial para luchar contra la desinformación durante los procesos electorales en todo el territorio europeo donde el sistema de alerta rápida ha jugado un papel esencial y relevante en esta lucha durante los últimos años. Ya en el año 2020, la lucha contra la desinformación acerca del COVID-19 ha centrado todos sus esfuerzos demostrando que la desinformación puede estar presente y afectar a cualquier campo y la actual pandemia ha provocado una campaña de desinformación sin precedentes llegando a hablar de *infodemia*.

La presidenta de la Comisión Europea, Ursula von der Leyen destacaba la importancia de actualizar el Plan:

«Con la revolución digital en marcha, los ciudadanos deben poder elegir en un espacio en que las opiniones puedan expresarse libremente. Los hechos tienen que distinguirse de la ficción, y los medios de comunicación libres y la sociedad civil han de poder participar en un debate abierto, libre de interferencias malintencionadas. Por lo tanto, la UE está tomando medidas para hacer que nuestras democracias en la UE sean más resilientes».

En este sentido la Comisión Europea presentó en diciembre del 2020 el Plan de Acción para la Democracia Europea estinado a empoderar a los ciudadanos y construir democracias más resilientes en toda la UE y establece medidas en torno a tres pilares principales:

1. Fomento de unas elecciones libres y justas
2. Refuerzo de la libertad y el pluralismo de los medios de comunicación
3. Lucha contra la desinformación

Durante los últimos dos años Europa ha avanzado de manera única en el incremento y refuerzo de capacidades y recursos, solicitando a los Estados miembro, individualmente o de forma colectiva, el mismo esfuerzo.

En este sentido, el Gobierno de España ha actualizado su estrategia y su legislación estableciendo los instrumentos necesarios para participar en los mecanismos de la Unión Europea, incrementando así el intercambio de información con los órganos y organismos con competencias en esta materia, a través de la Comisión Permanente contra la desinformación que se encarga de asegurar la coordinación interministerial a nivel operacional.

Para dar cumplimiento a los requerimientos establecidos por la Unión Europea en el Plan de Acción para la lucha contra la desinformación y hacer frente este desafío contra la Seguridad Nacional, el Gobierno de España aprobó la Orden PCM/1030/2020, de 30 de octubre, por la que se publica el Procedimiento de actuación contra la desinformación aprobado por el Consejo de Seguridad Nacional tiene como finalidad dar cumplimiento a los requerimientos establecidos por la Unión Europea e implementar a nivel nacional las políticas y estrategias promulgadas en el ámbito de la lucha contra la desinformación. Se trata de una herramienta de coordinación y colaboración técnica para facilitar la detección, el análisis, la alerta temprana, el

apoyo, la respuesta y la comunicación estratégica. Una vez mencionado la obligación del Estado de actuar y la necesidad de coordinación. La Orden se centran en los siguientes objetivos:

- Identificar y definir los órganos, organismos y autoridades del sistema.
- Establecer los niveles para la prevención, detección, alerta temprana, análisis, respuesta, y evaluación.
- Describir los cometidos específicos implicados para los niveles establecidos en la lucha contra la desinformación.
- Definir los mecanismos establecidos para el intercambio de información en los niveles estratégico, operacional y técnico.
- Determinar los mecanismos de evaluación de la implementación y funcionamiento del procedimiento.
- Definir una metodología para la identificación, análisis y gestión de eventos desinformativos.
- Proponer el marco y la composición de un equipo de trabajo ad hoc para la elaboración y revisión de una Estrategia Nacional de Lucha contra la Desinformación.

También se encarga de establecer una composición específica para la lucha contra la desinformación de los órganos, organismos y autoridades responsables, donde además del Consejo de Seguridad Nacional, el Comité de Situación, la Secretaría de Estado de Comunicación, la Comisión Permanente contra la desinformación y las Autoridades públicas competentes se incluye al sector privado y la sociedad civil, donde los medios de comunicación, las plataformas digitales, el mundo académico, el sector tecnológico, las organizaciones no gubernamentales y la sociedad en general tienen un papel esencial. En la lucha contra la desinformación, los ciudadanos consideran que los medios de comunicación, las autoridades públicas y las plataformas de medios sociales son los principales responsables de frenar la divulgación de noticias falsas, de ahí la relevancia de los medios de comunicación en la lucha contra la desinformación con acciones como la identificación y la no contribución a la difusión de bulos y la promoción de actividades de concienciación y la formación o el desarrollo herramientas para su evitar su propagación en el entorno digital, entre otras.

La Orden destaca que el rápido progreso del entorno digital y el uso intensivo de los medios digitales hace indispensable establecer medios de funcionamiento y mecanismos dirigidos a evaluar de manera continua el fenómeno de la desinformación a nivel global y particularmente para España. El procedimiento establece cuatro niveles diferentes de activación que sirven tanto para detección de campañas de desinformación y su análisis ante unos posibles impactos en la Seguridad Nacional, como para el apoyo en la gestión de situaciones de crisis donde pudiera haber una afectación derivada de dichas campañas:

- Nivel 1: Nivel con capacidad para actuar a nivel técnico de detectar, realizar la alerta temprana y notificar según su comunidad de referencia.
- Nivel 2: Nivel con capacidad para apoyar la coordinación, sincronizar y priorizar todos los esfuerzos en la lucha contra la desinformación
- Nivel 3: Nivel en el que se adoptan decisiones y marcan objetivos de carácter político-estratégico con el objeto de hacer frente a una campaña de desinformación.
- Nivel 4: Nivel de gestión política en el marco del sistema de seguridad nacional.

Pero esta Orden no fue bien recibida por una gran parte de los medios de comunicación y periodistas que la criticaban por ser confusa y por no tener un ámbito de aplicación bien definido. No se trata solo de un enfoque técnico, definido en el nivel 1, va más allá hasta el nivel 4 donde se contempla la gestión política de la respuesta a una crisis y la adopción de medidas en el caso de la atribución pública a un tercer Estado de una campaña de desinformación, de tal modo que introduce matices como la valoración de los mensajes donde se mezclan temas de libertad de expresión, defensa y desinformación.

Aunque la Orden reconoce el papel de los medios de comunicación las asociaciones profesionales de periodistas o de los medios critican no estar representados en este sistema, por lo que la decisión sobre qué es o no una campaña de noticias falsas queda exclusivamente en manos de la Administración. Del mismo modo, queda en manos del Ejecutivo realizar campañas de comunicación pública para frenar la desinformación detectada dirigidas por la Secretaría de Estado

de Comunicación. Salazar Rodríguez (2020) aclaraba que esta orden está en consonancia con el artículo 20 de la Constitución donde se defiende el acceso de la ciudadanía a una información veraz y plural “como uno de los pilares esenciales de nuestras democracias” y que en ningún caso está en peligro el derecho a expresar y difundir libremente pensamientos, ideas y opiniones mediante la palabra, el escrito o cualquier otro medio de reproducción, sin ningún tipo de censura.

En este sentido la Federación de Asociaciones de Periodistas de España (FAPE, 2020) declaraba:

«Ante el riesgo de que el susodicho Comité pueda entrar en valoraciones que afecten a la libertad de información, la FAPE recuerda al Gobierno que son los periodistas y los medios los que, bajo el amparo del artículo 20 de la Constitución, deciden qué es y qué no es noticia y qué es lo que se publica o no. Un comité, y mucho menos uno gubernamental, nunca podrá decidir sobre la libertad editorial de un medio. El Gobierno tendría que aclarar cómo va a contrarrestar las campañas de desinformación y qué medidas adoptará para ello» (FAPE, 2020).

Las noticias falsas, no solo son rastreadas y analizadas en España por plataformas de verificación como Newtral y Maldita, otros medios de comunicación españoles, como RTVE, El País o el grupo Atresmedia entre otros, han habilitado secciones o páginas para publicar desmentidos. Pero también se preocupan habilitando herramientas en otros países, la Unión Europea y en otros organismos nacionales e internacionales como la OMS que han sido víctimas de campañas de desprestigio.

BIBLIOGRAFÍA

- ADHANOM GHEBREYESUS, T. (2020). *Munich Security Conference*. Organización Mundial de la Salud (OMS). <https://www.who.int/dg/speeches/detail/munich-security-conference>.
- AMORÓS, M. (2018). *Fake news: la verdad de las noticias falsas*. Plataforma Editorial. Barcelona.
- Comisión Europea. (2018). *La lucha contra la desinformación en línea: un enfoque europeo*. <https://eur-lex.europa.eu/legal-content/ES/TXT/PDF/?uri=CELEX:52018DC0236&from=es>

- FAPE (2020). *La FAPE insta al Gobierno a aclarar las funciones y cometidos del Comité Gubernamental para luchar contra la desinformación*. Federación de Asociaciones de Periodistas de España (FAPE). <https://fape.es/la-fape-insta-al-gobierno-a-aclarar-las-funciones-y-cometidos-del-comite-gubernamental-para-luchar-contra-la-desinformacion/>
- MANZANERO, A. L. (2017, 1 mayo). *I Estudio sobre el impacto de las fake news en España*. Estudio Pescanova. <https://d3vjcw65af87t.cloudfront.net/novacdn/EstudioPescanova.pdf>
- Ministerio de la Presidencia, Relaciones con las Cortes y Memoria Democrática (2020) *Orden PCM/1030/2020, de 30 de octubre, por la que se publica el Procedimiento de actuación contra la desinformación aprobado por el Consejo de Seguridad Nacional*. BOE núm. 292, de 05/11/2020. <https://www.boe.es/eli/es/o/2020/10/30/pcm1030/con>
- OMS (2020). *COVID-19: cronología de la actuación de la OMS*. Organización Mundial de la Salud. <https://www.who.int/es/news/item/27-04-2020-who-timeline---covid-19>
- SALAZAR RODRIGÜEZ, F.J. (2020). *Inauguración la desinformación en la UE en tiempos de la COVID-19*. Universidad Carlos III de Madrid. (Audiovisual) <https://media.uc3m.es/series/5fdcaa448f4208333b8b4585>
- VILLA GRACÍA, A. D. y CERDÁN MARTÍNEZ, V. (2020). *Bulos durante la pandemia del Covid-19 en España: un estudio a través de Google Trends*. *Revista Latina de Comunicación Social*, 78,169-182. <https://doi.org/10.4185/RLCS-2020-1473>

PONENCIA MAESTRA

PEPA BUENO

*Periodista y directora del programa
Hora 25 de la Cadena SER*

Para hablar de la desinformación en la Unión Europea en tiempos del COVID voy a utilizar mi propia experiencia en la radio durante este año horrible que ha sido 2020. Yo trabajo desde una atalaya privilegiada como es un programa diario de muchas horas, informativo, que incluye entrevistas con los protagonistas de la actualidad. Además, lo hago en un medio como la radio, que permite una bilateralidad instantánea con la ciudadanía, a la que te diriges mucho más allá del ruido de las redes. Esta es una comunicación en doble dirección, viva y muy activa. Aunque posiblemente con valor estadístico nulo, la radio te permite palpar el estado de ánimo de tus oyentes, recoger hasta cierto punto las inquietudes de la ciudadanía.

Este año ha sido muy, muy interesante (como siempre lo es en la radio). Particularmente interesante ha sido abrir los micrófonos y escuchar lo que los oyentes querían decirnos en los distintos momentos de la pandemia: la primera ola, cuando se supera la primera ola y se recupera un poco de optimismo, la segunda, la tercera... En fin, acompañar ese estado de ánimo en la radio, palparlo sin el ruido de las redes, es muy valioso porque te da una perspectiva muy completa de lo que está pasando. Así que desde esa atalaya privilegiada que es el programa Hora 25 de la Cadena Ser, puedo contar aquí cómo se vivieron los primeros momentos, la batalla política que se desencadenó a continuación, y, naturalmente, la batalla contra la desinformación que ha seguido. ¿Qué riesgos entraña para para el ejercicio del periodismo esta realidad? Y ¿cuáles son, a mi juicio, los retos inmediatos que tenemos por delante?

Yo empecé a ejercer el periodismo en la segunda mitad de los años 80, estudiando la carrera todavía, y aquí sigo. Para los periodistas de mi generación, no ha habido un acontecimiento más disruptivo que la COVID-19. Interviene, altera todos los órdenes de la vida públi-

ca y la vida privada y nos afecta como profesionales, pero también como ciudadanos. Fue la primera vez que nos enfrentamos a múltiples retos que se iban sucediendo uno detrás de otro. Además, la pandemia aparece en un momento en el que los medios se encuentran en transición. En algunos casos en transición en el modelo de negocio. En otros casos, conviviendo los nuevos formatos con los formatos tradicionales. Pero todos librando desde hace años la batalla contra la desinformación que hiera a la sociedad, que hiera la democracia y que es letal para el periodismo. Todo eso estaba ahí. Eso no lo trae la pandemia, pero lo que hace es acelerar muchísimo todos esos procesos que estaban en marcha.

En los primeros momentos, allá por el mes de febrero, algunos periodistas tiramos a la basura nuestra agenda informativa y nuestra agenda de teléfonos. Yo me recuerdo diciendo en el mes de febrero, siendo bastante pesada con eso, ¿cómo iba a ser una simple gripe si China estaba arriesgando con las medidas que tomaba uno o dos puntos de su PIB? Yo no soy epidemióloga, no sé valorar una epidemia, de eso no tengo ni idea, pero de las medidas que estaba tomando China y las repercusiones para su economía que tenían aquellas medidas, sí podíamos sacar conclusiones. Y en el resto del mundo no parecía que nada se moviera.

La única manera que encontramos de enfrentarnos a otro tipo de desinformación, que es la ausencia de información veraz, fue tirando a la basura nuestra agenda informativa, nuestra agenda de teléfonos y buscando a las personas que podían arrojar algo de luz para las preguntas que nosotros nos hacíamos y que se hacía nuestra audiencia. Buscamos epidemiólogos, infectólogos, intensivistas, sanitarios que podían ayudarnos a construir una información rigurosa, veraz y oportuna que respondiera a esas preguntas que todo el mundo se hacía. Porque, además, no hay mejor vacuna contra la desinformación que la información veraz y rigurosa.

Había en esos momentos una intensa demanda de información veraz. Quienes estábamos al frente de programas como Hora 25 percibíamos una demanda intensísima de la misma. Como si fuera una vuelta hacia lo conocido y lo reconfortante en ese primer momento de desconcierto y de miedo. Como un volver los ojos hacia los medios de referencia, hacia periodistas con credibilidad, periodistas de refe-

rencia, todo con el objetivo de tratar de entender qué estaba pasando. Un momento de mucha demanda de información de calidad se produjo muy al comienzo de la pandemia. Cuando empezamos a ver que en Italia explotaba de esa manera la pandemia, cuando aquí fuimos conscientes de que teníamos una tragedia encima, hubo unas semanas de demanda de información con calidad. No fue fácil.

Las instituciones públicas, presas probablemente de su propio desconcerto ante la envergadura de la pandemia y de la crisis sanitaria que se venía encima, y presas también durante varias semanas de su propio error de cálculo y de cierta soberbia occidental (algo bastante transversal), parecían aferrarse como los políticos al “a nosotros no nos puede pasar esto con nuestro gran sistema sanitario”. Y fruto de todo eso, los periodistas no lo tuvimos fácil al principio. No tuvimos acceso a datos de calidad, que son algo fundamental para comunicar información veraz. No sólo teníamos mal acceso a los datos, sino que los que había no eran homogéneos ni comparables. Tanto los que ofrecía el Gobierno central en España, como las comunidades autónomas, como los que ofrecían otros países europeos. No eran comparables porque no medían las mismas cosas. Hubo una auténtica carencia de datos de calidad que, por un lado, dificultó mucho la tarea de los periodistas para ofrecer una imagen lo más precisa y rigurosa posible de cómo estaba afectando la pandemia a nuestros países. Mientras tanto, por el otro, quedó patente la debilidad de nuestro sistema de alerta de epidemias. Todo ello demuestra hasta qué punto era muy difícil estar seguros de lo que estábamos contando y de lo que estaba pasando exactamente.

Otra limitación obvia y añadida derivada de la lucha contra el virus era la limitación de movimientos. El periodismo no es nada si no puede ir a donde pasan las cosas y mirar a los ojos a los protagonistas. No puede ser sólo hablar para quienes padecen. Por razones obvias y de salud pública, la gente estaba en casa, incluidos muchos periodistas. Por eso, en estas circunstancias el periodismo tuvo que hacer un esfuerzo ímprobo y desconocido para realizar su trabajo y desarrollar otro tipo de destrezas con las que suplir lo que no podíamos comprobar directamente.

Con todo y con eso, en esos primeros momentos, el esfuerzo de producir una información veraz tenía una recompensa muy clara. Se

notaba una demanda muy poderosa de acudir a donde uno creía que le iban a dar información veraz y completa. Pero enseguida se desarrollaron las dos batallas (la política y la informativa) y, como resultado, se incrementó la desinformación.

La intensidad de la batalla política ha dependido siempre de la intensidad del momento histórico que vivía cada país. En España la explosión pandémica sucede mes y medio después de que haya tomado posesión el primer gobierno de coalición de la democracia del 78. Un gobierno con muchísima fragilidad parlamentaria comparada con las mayorías que han tenido gobiernos históricamente en España. La envergadura de la tragedia que nos asoló y de la crisis que se veía que iba a desencadenar, hizo pensar a una parte de la oposición que podía llevarse por delante ese gobierno en el corto plazo. Eso desencadena lo que todo el mundo contempló: una confrontación política feroz en el peor momento de la pandemia, cuando estábamos encerrados, angustiados, temerosos, con mucha incertidumbre y las cifras de muertes y de contagios eran inclementes. Sobre todo, en aquellos meses de marzo y abril.

En esa lucha sin cuartel se lesiona a la verdad. Se pone en marcha otro tipo de desinformación que es la de crear confusión. Como se contraponía el derecho a la libertad, con la obligación de imponer medidas restrictivas de salud pública para evitar la expansión del coronavirus. Los periodistas que trabajamos con esa información, como hemos trabajado siempre, escuchábamos contradicciones flagrantes. Pero también lo escuchaban los ciudadanos metidos en sus casas, muertos de miedo, sin saber exactamente dónde terminaba esto. Escuchábamos reclamar que había que ver a los fallecidos, que había que ver a los muertos que se escondían. Que conste que los periodistas también nos quejamos de la dificultad de acceso a determinadas imágenes, a determinados recintos. Pero políticamente se reclamaba eso y a la par se minimizaba el riesgo real para la vida de las personas, pidiendo la reapertura urgente de la economía. Posiciones muy contradictorias que generan desconcierto y desconfianza en las instituciones, que es otra manera de desinformación.

Y luego estaba la desinformación que nos llega encendiendo el teléfono por la mañana sin más preámbulo. Tú lo enciendes y tienes ahí un auténtico río de cifras, imágenes, impactos a lo que llaman infor-

mación y que no es información. Encaja aquí esa famosa cita que yo le imputo siempre a Miguel Ángel Aguilar porque fue el primero a quien se lo escuché: “lo primero que falta en una inundación es el agua potable”. Pues ahí está, ahí tenemos esa inundación de cifras, datos, imágenes, impactos... que no es información, es una inundación de otras cosas. Para que sea información tiene que ser elaborada por un profesional, aplicándole un protocolo, jerarquizado y poniendo en contexto esos datos.

Con la pandemia este fenómeno se multiplica. Todos recibíamos por la mañana un montón de desinformación cuestionando el origen del virus, su existencia misma, sus consecuencias, el objetivo presuntamente de control de la humanidad que una organización transnacional tenía con esto... El fenómeno, como digo, no es nuevo, pero con la pandemia tocábamos algo muy sensible como la vida y la muerte. Digo que no es nuevo porque a los periodistas hace mucho tiempo que el populismo ultra nos pone ante el siguiente dilema, y la pandemia ha vuelto a ponernos. Los periodistas que trabajamos en grandes medios nos convertimos en altavoces de la desinformación. Nos hacemos eco para desmontarla, pero desmontándola nos convertimos en sus altavoces o la ignoramos para no ser altavoces.

Este dilema al que nos enfrentamos desde hace ya unos años se agudizó mucho durante la pandemia, porque todo tipo de dislates estaban circulando. Y no sólo en grupos reducidos. Cuando gente presuntamente informada, a quien tú le reconoces como tal, con interés por la información de verdad que ofrecen los medios, hace preguntas que tienen que ver con un auténtico disparate... Obviamente se ve que está calando en la conversación pública. Y entonces ese dilema de convertirse o no en altavoz desaparece; al menos para mí. Hay muchas opiniones sobre esto. Pero para mí desaparece porque si está en la conversación pública existe y hay que ocuparse de ese dislate que ha terminado calando hasta generar miedo, temor, desconcierto y confusión a la ciudadanía. Esto nos ha ocupado mucho tiempo durante la pandemia. Había incluso que elegir cuáles de las mentiras y los bulos circulantes desmentíamos. Y había que hacerlo, hay que hacerlo, porque están jugando con el miedo, que es el motor más poderoso de la historia, como dijo en su día Alan Greenspan en la crisis del 2008. Y se decían tales barbaridades jugando con el miedo de la

gente que el periodismo no tenía más remedio que entrar ahí y tratar de ofrecer información veraz que contrarrestase ese bulo.

¿A qué riesgo nos enfrenta al periodismo esta batalla permanente con la mentira y con el bulo que pretende ser un trabajo parecido al que tú haces, que pretende competir con aquello a lo que tú le dedicas tu jornada profesional, a la que se dedican tus compañeros, tus equipos, las empresas que arriesgan su dinero para crear una empresa informativa, para ofrecer un producto de calidad a un producto contrastado o un producto mistificado que quiere aportar a los ciudadanos una idea lo más exacta posible de lo que ha ocurrido para que tomen sus propias decisiones y tengan sus propias opiniones?

Los riesgos son múltiples. De entre todos los que voy a detallar, me preocupa particularmente uno que, aunque puede que ya estuviera presente, durante la pandemia se ha hecho muy evidente. Hay una parte de la ciudadanía que no pide hechos a los periodistas. Pide una interpretación de los hechos que se ajuste a su manera de ver el mundo, a su ideología, a sus creencias y a sus prejuicios. Sólo les sirven los hechos si están interpretados en esa dirección. Esto es letal para el periodismo, pero para la sociedad y para la democracia también. No sé si son muchos o pocos, pero quiero pensar que no son la mayoría.

Esto no existía antes de la pandemia, o era muy residual, inapreciable. Ahora es apreciable. Ha aumentado notablemente el número de personas que demandan una interpretación de los hechos que confirme sus creencias. No solo eso, que rechaza los hechos puros y duros. Hemos visto en Estados Unidos un ejemplo que nos consuela porque parece que es algo que pasa allí y que aquí no ocurre. A propósito de las elecciones americanas, hay un porcentaje elevadísimo de estadounidenses convencidos de que Donald Trump ha ganado las elecciones y de que, además, se demostrará. ¿Cuántos de unos y de otros, de los que se instalan cómodamente en su nicho de creencias o ideológico o de prejuicios, se instalan cómodamente ahí y saben que lo que están comiendo es una mentira, pero esa mentira le confirma su creencia y lo aceptan? Y ¿cuántos de verdad han acabado creyéndose esa realidad paralela que viven, esas burbujas ideológicas de todo tipo?

¿Cuántos de unos y otros y cuántos se dan en nuestro contexto, en nuestro país, en Europa o en España? No sé cuantificar, pero este fenómeno existe y lo tenemos aquí. Lo comprobamos día a día los

periodistas. Esto es letal para el periodismo. Sin las tertulias, sin los análisis y sin las columnas de opinión el periodismo puede sobrevivir perfectamente; pero sin los hechos está muerto. Quien dice que la verdad es relativa se está refiriendo al orden moral, a la filosofía, pero no al periodismo, como dice Soledad Gallego Díaz. En el periodismo la búsqueda de la verdad es nuestro método. Y la verdad es nuestra materia prima. Creencias hay muchas y son relativas, pero “la verdad son los hechos”. Si los hechos desnudos no interesan, no existen o no se quieren, aunque pongan en contradicción a nuestra audiencia, aunque les saque de su zona de confort, el periodismo deja de tener sentido.

El periodismo no sólo me preocupa porque sea mi profesión, sino porque me parece esencial en las sociedades democráticas. Esta evidencia existe: hay una parte de la ciudadanía que ya no nos pide hechos. Y ante esta situación los periodistas a nivel individual, tiene que huir de dos tentaciones. Por un lado, tiene que huir del aplauso fácil que te proporcionan los nichos muy cohesionados, que opinan todos lo mismo. Todos sabemos cuáles son los atajos para conseguir el aplauso fácil de esos nichos de opinión que esperan confirmar su visión del mundo. Es fundamental que el periodista evite esa tentación en este momento, porque de no hacerlo estará haciendo otra cosa, pero no periodismo. Por otro lado, hay que evitar sucumbir a la tentación del miedo, al linchamiento. El miedo paraliza y hay muchas personas que tienen un grado de exposición pública elevada en este momento. Y parte de la exposición pública consiste en que lo que tú haces no tiene por qué gustarle a todo el mundo. Esto va en los sueldos de todos y de cada uno. Cuantos más canales de comunicación hay, más posibilidades de que haya más personas a las que no les guste. Y tienen todo el derecho a expresar su disgusto o su idea contraria. Pero ahora hablamos de otra cosa, de un patíbulo en el que hoy día las burbujas ajustician a quienes consideran contrarios a sus creencias.

Evitar caer en estas dos tentaciones es muy difícil porque se produce todos los días a propósito de todas las informaciones veraces, que son la mejor vacuna contra desinformación. Pero es una responsabilidad individual del periodista. Y la responsabilidad es individual, sí, pero proteger el trabajo del periodista para que se ejerza con independencia y con libertad es una tarea colectiva. Esa es una

tarea colectiva a la que apelan las empresas informativas, a los poderes públicos y particularmente a los dirigentes políticos, que también han encontrado en las redes sociales una tribuna sin contradicciones desde la que dirigirse permanentemente a los suyos. No quiere decir que no utilicen esta tribuna, pero eso no puede ser menoscabo de su comparecencia ante los medios en ruedas de prensa o entrevistas para someterse al principio de contradicción. Compete también a la sociedad entera.

La responsabilidad individual del periodista es la de no hacer periodismo para el aplauso fácil de las redes sociales y no caer en el miedo al linchamiento. Pero insisto en que la tarea es colectiva y apela a toda la sociedad, a los poderes públicos y a las empresas informativas. Decir esto no es muy popular, pero la supervivencia del periodismo y la batalla contra la desinformación que mata y que hiere a la democracia es una batalla que no es sólo de los periodistas. Es una batalla de la sociedad entera.

¿Y ahora qué? Esa es descripción de este año horrible a punto de terminar. Nos quedan por delante auténticos aluviones de desinformación que combatir cuando la vacuna, que es nuestra esperanza, empieza a ponerse en todos nuestros países. Ya hay toneladas de desinformación, pero va a venir toda esa que se refiera a cualquier incidente médico que tengan las personas que se vacunen, sobre todo al principio. Incidentes médicos que podrían haber tenido lugar sin vacuna igualmente, pero que a continuación se van a atribuir a la vacuna: un infarto, un ictus... Todo eso que va a pasar lo podemos anticipar ya porque sabemos cuáles son los mecanismos de la desinformación, cómo trata de socavar la confianza en las instituciones, incluyendo el periodismo, y la confianza en los instrumentos que ayudan a avanzar, como la vacuna.

¿Cómo se combate eso? Nadie tiene la fórmula, no hay una plantilla. Si la tuviéramos, se hubiera aplicado ya. Desde luego, las herramientas que tienen que manejar los poderes públicos son la transparencia y el rigor. La transparencia es muy importante y ha habido muchos momentos en este año en los que ha sido muy difícil acceder a la información, no sólo a los datos, sino a quienes tenían la información. La transparencia es fundamental para ganarse la confianza y el rigor. Eso por parte de los poderes públicos.

En lo que respecta a los periodistas, tenemos que exigir a los poderes públicos esa transparencia. Ya lo hacemos, ya lo hemos hecho a lo largo de este año cuando la información no ha estado disponible. Pero es que, además, tenemos los periodistas por delante un reto más que es complejo y difícil de gestionar y que va más allá de la pandemia. A lo largo de nuestra historia nos hemos dirigido a los destinatarios de nuestro trabajo casi desde púlpitos laicos, con una relación muy vertical con respecto a quienes nos dirigíamos, para quienes nosotros trabajamos en realidad, para que ejerzan su derecho a la información. Eso está cambiando. Hay una demanda por parte del destinatario en nuestro trabajo (oyentes, espectadores, lectores) de una relación más horizontal en la que se sientan parte de la construcción del rol del relato informativo. No es fácil este reto. Los periodistas tenemos que aprender a gestionar esta demanda que está en nuestra audiencia, que está en la ciudadanía, pero que no es fácil de gestionar no sólo de manera instrumental, sino porque trae otros retos con ella.

El relato informativo es una tarea profesional que los periodistas hacemos. Tener las antenas bien desplegadas y los canales establecidos para recibir no sólo la opinión, sino la posición y las sugerencias de nuestros lectores, oyentes o espectadores, eso puede ser fácil. Construir el relato juntos es más delicado. Es un reto que tenemos que averiguar cómo se hace sin que ello convierta a los periodistas en presos de nichos que puedan participar en ese proceso de construcción compartido del relato informativo. Los periodistas tendrán que dar una noticia que le siente bien o mal, que confirme o que desmienta las creencias de esa persona que está queriendo participar como oyente, lector o espectador de la construcción del relato informativo.

Yo soy optimista, pese a esta descripción que hago de un año terrible y de los riesgos para el ejercicio del periodismo en su combate contra la desinformación. El ejemplo de Estados Unidos muestra cómo colegas de todos los medios, teniendo nada menos que un presidente que abandona el poder siendo muy votado, habiéndolos declarados enemigo del pueblo, defienden esa posición clara e inequívoca por la verdad. Y eso ha ocurrido tanto en medios estadounidenses grandes como pequeños. Es más, ha ocurrido incluso con aquellos que le habían hecho prácticamente la campaña a Trump y que, sin embargo, no han querido jugar con el resultado electoral. Esto recuerda a esa demanda de la que hablábamos al principio cuando en el comienzo

de la pandemia los ciudadanos buscaban referencias donde poder encontrar la verdad. Miraban a los periodistas, que a su vez miraban a los científicos, porque buscábamos la verdad, porque buscábamos información veraz.

Yo quiero pensar que la búsqueda de la verdad se va a acabar imponiendo, pero debemos tener claro que no es una cuestión sólo de periodistas, de empresas informativas, ni siquiera de los poderes públicos. Esto es algo que apela a toda la sociedad, a nosotros como individuos y a la comunidad a la que pertenecemos

BLOQUE I
LA HISTORIA DE LA
DESINFORMACIÓN

Capítulo 1

Límites conceptuales y contexto actual de la desinformación

CÉSAR LUENA

*Profesor Asociado en el Departamento
de Ciencias Sociales de la Universidad Carlos III de Madrid.
Doctor por la Universidad de La Rioja
y Miembro del Parlamento Europeo*

A pesar de lo que pueda parecer, el fenómeno de la desinformación ha sido una constante en la historia. Desde Cicerón en la Conjura de Catilina, hasta episodios como la campaña de propaganda británica de la Segunda Guerra Mundial –que buscaba minar la moral de los nazis mediante bulos–, la manipulación de la información y el uso de la mentira han constituido una amenaza, cuando no directamente un arma eficaz en las luchas de poder; con un impacto y unas consecuencias difícilmente cuantificables. Sirva como ejemplo ilustrativo la persistente “leyenda negra española”: un movimiento propagandístico antiespañol difundido con éxito durante cuatro siglos que todavía hoy se resiste a desaparecer a pesar, precisamente, de la refutación historiográfica y cuya influencia en el desarrollo sociopolítico y cultural de nuestro país es innegable. Esto es lo que Lina Gálvez, al abordar historia de la desinformación, ha dado en llamar, en el siguiente capítulo, “una desinformación historiográfica voluntaria”.

Justamente es la experiencia histórica la que nos permite concluir que la desinformación representa un peligroso desafío para todos y, en particular, para Europa y sus Estados miembros, pues pone en riesgo la estabilidad de nuestras instituciones y, por lo tanto, de nuestros sistemas democráticos. 2021 amaneció cargado de pruebas en este sentido. El asalto al Capitolio de Estados Unidos supone la cúspide de las noticias falsas –más conocidas como *fake news*– cultivadas con ahínco por el expresidente Trump y difundidas con fervor y reveren-

cia por sus colaboradores y seguidores durante cuatro largos años. Como indica Irene Lozano, en su artículo “Y la desinformación asaltó la democracia”:¹ “[La democracia] se basa en la presunción de que el libre intercambio de ideas y opiniones llevará a una comunidad política a tomar las mejores decisiones colectivas. Si la información falla, la democracia también”. Pero, cabe preguntarse, ¿es la información la que está fallando?

Como explica Ángel Badillo, la información ha cambiado radicalmente a lo largo de la historia. Si bien a mediados del siglo XIX era un bien precioso en muy pocas manos y dirigida a muy pocos actores, en el primer cuarto del siglo XXI se caracteriza por un fenómeno que pocos habrían podido aventurar hace tan solo cincuenta años. Con la irrupción de los medios digitales, la información llega a todos, en todas partes y en todo momento, lo cual –paradójicamente– crea una fragmentación que pone en tela de juicio el papel de los medios de comunicación tradicionales. Ya no son mediadores indiscutibles entre emisores y receptores, fuente de confianza y seguridad para el ciudadano, creadores de opinión. Ni siquiera son imprescindibles. Según un estudio reciente, para los segmentos más jóvenes de población –de 15 a 24 y de 25 a 43 años– las redes sociales son la primera fuente de información.² Atrapados a medio camino entre el viejo y el nuevo mundo –digital–, los medios de comunicación tradicionales atraviesan una crisis sin precedentes que impacta de lleno en la sociedad y en la calidad democrática de la misma. Pues si dejamos la información en manos de plataformas digitales que monetizan contenido mediante algoritmos a base de clics, al margen del tipo de contenido que sea, rechazando de este modo cualquier responsabilidad en el contenido en sí mismo, ¿es la información la que falla o son los medios de comunicación?

Cuando nuestro tercer autor especialista, Raúl Magallón, responde a esto señalando que es la forma en la que se presentan los contenidos

¹ LOZANO, I. “Y la desinformación asaltó la democracia”. *El País*, 8 de enero de 2021. Disponible en: <https://elpais.com/opinion/2021-01-07/y-la-desinformacion-asalto-la-democracia.html>

² Encuesta 2017 de Impacto del Periodismo de la Asociación de la Prensa de Madrid. Disponible en: <https://www.apmadrid.es/publicaciones/informe-anual-de-la-profesion/>

lo que necesita una reforma, acierta sin duda al apuntar que cualquier solución que se proponga debe tener el doble objetivo de “proteger la libertad de expresión e información y conseguir una esfera pública mucho más rica en matices, pero también en el reconocimiento del otro”. Sin embargo, la realidad es caprichosa y ofrece serias resistencias. Por ejemplo, en el mencionado artículo de Irene Lozano se recogen las declaraciones de un seguidor del expresidente que afirma: “Si Trump ha perdido de verdad, yo lo acepto, pero no lo sabemos”. Pero sí que lo sabemos, porque todas las pruebas así lo certifican y porque no existe ningún indicio que sugiera lo contrario.

Y, sin embargo, este hombre rechaza todos los hechos que sostienen que Biden ganó limpiamente las elecciones. Del mismo modo, miles de personas expuestas a toda clase de (des)información durante la pandemia han obviado la ciencia y han creído o creen que el coronavirus lo ha provocado el despliegue de la 5G o que, mejor aún, responde a una confabulación internacional de los gobiernos para controlar a la población. En este escenario, cuando en pleno siglo XXI tenemos acceso a la información real, verificada, instantánea o en directo, ¿por qué tantos millones de personas se refugian en la mentira convencidos de que es verdad? ¿No será que nos enfrentamos a un fenómeno nuevo de desinformación caracterizado por el ánimo y el deseo primario de quien se (des)informa de creer los mensajes que recibe *solo* porque le reafirman en sus convicciones?

Marty Baron, director durante largo tiempo al frente de *The Washington Post*, afirma que “la gente se fía más de sus sentimientos que de los hechos”.³ Dicho de otro modo: *eligen* una realidad paralela en la que vivir que concuerda con su sistema de creencias. La propia Comisión Europea en su página web⁴ contra la desinformación habla de “distinguir la realidad de la ficción”. Es ese afán de reafirmación de unos en el sistema de creencias propio, frente a la presentación cansina de hechos complejos, poco atractivos, de los otros, lo que distingue a la desinformación, digamos, de siempre, de la actual. O, más exactamente, siguiendo la propia definición de la RAE, lo que distingue

³ Fuente: <https://elpais.com/sociedad/2021-01-30/marty-baron-la-gente-se-fia-mas-de-sus-sentimientos-que-de-los-hechos.html>

⁴ Fuente: https://ec.europa.eu/info/live-work-travel-eu/coronavirus-response/figh-ting-disinformation_es

los fenómenos –muchas veces asimilados– de la “desinformación”⁵ y de la “posverdad”⁶, como nos recuerda Ángel Badillo. Aquí radica la extrema gravedad de la desinformación hoy día, porque –citando de nuevo a Marty Baron– “[la gente] no acepta ninguna presentación de los hechos que contradiga sus sentimientos y, cuanto más les damos hechos que contradicen sus creencias, más creen que somos su enemigo”. Muy lejos del “reconocimiento del otro” que preconiza Magallón en esta obra. Entonces, ¿cómo rompemos esta tendencia que, lamentablemente, no para de afianzarse? ¿Cómo convencer a quien no atiende a razones (sin volverse loco en el intento)?

Porque, no lo olvidemos, la narrativa del “nosotros versus ellos” que domina ambos lados del charco, además de polarización, genera mucha frustración. En todas las partes. El propio Lorenzo Milá, corresponsal de TVE en Washington, lo explicó el mismo día del asalto al Capitolio en un solo tuit:⁷ “Lo paradójico de este asalto es que seguramente muchas de estas personas creen estar defendiendo su Constitución y su sistema electoral porque han creído las mentiras y delirios de su presidente y los medios que le apoyan”. No vamos a abundar aquí en la evolución que puede seguir un sentimiento de frustración hacia la animadversión o incluso el odio y las consecuencias bien conocidas por la Historia que conlleva. Ni tan siquiera vamos a entrar en las arenas movedizas que supone abrir el debate de razón (hechos, ciencia) frente corazón (sentimientos, creencias). Pero sí resulta fundamental pararse un segundo y analizar cómo hemos llegado hasta aquí, cómo elige uno exactamente vivir en un universo paralelo y, lo más importante, cómo podemos salvar las distancias que nos separan y abrir los ojos de aquellos que viven en una sintonía paralela, en realidad inexistente.

Para responder a estas preguntas multitud de estrategias, políticos, periodistas y líderes de la sociedad civil llevan un tiempo movilizándose. Y la buena noticia es que parece que algo empieza a moverse. Ahí tenemos el caso de Netflix, cuyo catálogo continúa creciendo con una

⁵ Acto de dar información intencionadamente manipulada al servicio de ciertos fines.

⁶ Distorsión de la realidad que manipula creencias y emociones con el fin de influir en la opinión pública y en actitudes sociales.

⁷ Disponible en: <https://twitter.com/lorenzomila/status/1346931155396927488>

oferta documental sobre este tema que, nos guste o no, está logrando plantar una semilla en la conciencia de millones de ciudadanos en todo el planeta. Nada menos que 38 millones de visualizaciones individuales se estiman para *El dilema de las redes sociales*⁸ (2020) y un número indeterminado,⁹ suponemos similar, para *El Gran Hackeo* (2019), por nombrar algunos. Ambas apuntan sin pudor a la responsabilidad -escandalosamente esquivada, por ahora- de las plataformas digitales y, en concreto, de las redes sociales. Sobre este punto se ha manifestado en varias ocasiones precisamente la Comisión Europea, cuya postura al respecto defiende con firmeza que las plataformas tecnológicas deben introducir herramientas en pos de la transparencia y la responsabilidad, reduciendo la monetización de la desinformación.¹⁰

“No es la vida real”, “solo son palabras”, “es postureo”, “todo es falso”. Estas son solo algunas de las justificaciones más comunes que oímos como excusa para desechar de un plumazo el poder que ejercen sobre millones de personas; como quien espanta una mosca molesta con la mano. Pero no es cierto. Como escribe el periodista Andrew Marantz en *The New Yorker*, “lo que decimos, dentro y fuera de la red, afecta a lo que creemos y hacemos; en otras palabras, a *lo que somos*”.¹¹ Y es que al margen del mérito televisivo y rigor periodístico que pueda reconocerse a este tipo de productos audiovisuales (de por sí criticados al provenir de una plataforma tecnológica que hace uso ella misma de algoritmos y tratamiento de datos poco o nada transparentes), hay que reconocer que contribuyen a la “conversación” mundial que comienza a coger músculo. Repitiendo machaconamen-

⁸ Fuente: <https://worldnewsera.com/news/entertainment/netflix-releases-viewership-numbers-for-enola-holmes-project-power-social-dilemma-but-nothing-can-beat-extraction/>

⁹ Fuente: <https://www.expansion.com/economia-digital/companias/2019/11/04/5dbadb96e5fdeac9418b4589.html>

¹⁰ Fuente: <https://www.reuters.com/article/uk-eu-tech-alphabet/after-talk-with-google-sundar-eus-jourova-says-seeks-more-transparency-on-fake-news-idUKKBN-28H2PN>

¹¹ MARANTZ, A. “How Social Media Made the Trump Insurrection a Reality”. *The New Yorker*, 7 de enero de 2021. Disponible en: https://www.newyorker.com/news/daily-comment/how-social-media-made-the-trump-insurrection-a-reality?utm_source=twitter&utm_medium=social&utm_campaign=onsite-share&utm_brand=the-new-yorker&utm_social-type=earned

te mensajes clave como: “si no pagas por el producto, el producto eres tú”, “la información falsa rinde más dinero a las empresas que la verdad” o “las redes sociales contribuyen a la polarización de la sociedad”¹² conseguimos aunar esfuerzos y crear una masa crítica de población capaz de actuar como multiplicador de la verdad. No en vano Netflix alcanzó los 203,6 millones de usuarios en todo el mundo en enero de 2021.¹³

Colaborar con los grandes causantes de esta situación no solo es inevitable, sino necesario. El mundo no va a retroceder a los tiempos pre COVID-19, como tampoco va a dar marcha atrás el reloj para olvidar que una vez existió Facebook o Twitter. La realidad es la que es y debemos trabajar con ella para reconducirla hacia el futuro que queremos. El poder público a nivel internacional y europeo debe adaptarse al mundo digital y regular como corresponde desde todos los puntos de vista (jurídico, fiscal, laboral, medioambiental...). Si no, es evidente que ninguna empresa capitalista de hoy día, que se debe a sus accionistas y al rendimiento de beneficios, va a cambiar por sí sola. No tienen ningún tipo de incentivo para ello. Por eso, y a pesar de toda la polvareda que se viene levantando en torno a este tema desde el escándalo de Cambridge Analytica en 2018, las grandes plataformas tecnológicas y, en concreto, las dedicadas al negocio de “las redes sociales”, han continuado haciendo negocio gracias a la mentira, la manipulación y la desinformación durante la pandemia.¹⁴ Y eso a pesar de estar en juego la salud pública.

Y es que el alud de noticias falsas que se nos ha venido encima desde que comenzó la expansión del coronavirus ha supuesto un auténtico revulsivo para el fenómeno de la desinformación (ya de por sí rentable) que ha alumbrado, incluso, un nuevo término: *infodemia*. Por un lado, las cuarentenas y la distancia social han dado el espaldarazo definitivo a la digitalización (en el último año se ha disparado el tiempo que pasamos niños y adultos delante de nuestras pantallas). Por otro lado, el aislamiento social ha dificultado la comunicación

¹² Fuente: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-54385775>

¹³ Fuente: <https://www.theverge.com/2021/1/19/22238877/netflix-200-million-subscribers-q4-earnings-bridgerton-emily-paris-cobra-kai-queens-gambit>

¹⁴ Fuente: <https://www.theguardian.com/technology/2021/jan/30/facebook-letting-fake-news-spreaders-profit-investigators-claim>

humana, de tú a tú, o nos ha empujado a hacerlo de una manera distinta, a través sobre todo de redes sociales como WhatsApp (propiedad de Facebook y primera fuente actual de desinformación, tal como informa Clara Jiménez, en el campo del “periodismo contra desinformación”).

Todo ello se ha traducido en una peligrosa reacción en cascada viral. Primero, porque las redes son precisamente el medio preferido de la mentira y los simplismos, y nada más simple hay que hacer clic y compartir con nuestros contactos. Segundo, porque ante la incertidumbre y/o el miedo, el ser humano tiende a refugiarse en explicaciones sencillas que se propagan como la pólvora (siempre es más fácil captar adeptos anunciando soluciones milagrosas a tus problemas que analizando y tejiendo remedios y consensos en la sociedad que llevan tiempo y esfuerzo). “Las famosas *fake news* se propagan porque están muy bien dirigidas” dice Violeta Serrano en *Poder migrante*, “van hacia quienes quieren creerlas porque coinciden con lo que sus lectores desean recibir y, entonces, las dan por buenas, porque cristalizan su prejuicio y las propagan”.¹⁵

Y constatamos de nuevo que la desinformación del siglo XXI posee una vertiente psicológica difícil de gestionar y aún menos de solucionar en el corto plazo. Además, posee también una dimensión internacional, globalizada, cuyo factor cultural dificulta todavía más la tarea de discernir información veraz de desinformación. “Cuando las audiencias reciben noticias de una cultura diferente –ya sea social, política o ideológica– pueden malinterpretarlas porque no comprenden las asunciones o los estilos comunicativos de otros que no son como ellos”¹⁶. Si a esto sumamos el *modus operandi*, expansión y viralidad de las noticias falsas hoy día, parece evidente que la pandemia ha incrementado el peligro para nuestras democracias, pues supone una amenaza de primer orden para la estabilidad de nuestras instituciones democráticas, ya de por sí amenazadas por la desinformación. Los Estados miembros han asumido en mayor o menor medida que existe la amenaza real de manipulación por parte de actores internos

¹⁵ SERRANO, V. “Poder migrante. Por qué necesitas aliarte con lo que temes”. Editorial Ariel, Barcelona 2020, p. 168.

¹⁶ FARMER, S. J. Leslie “Fake news in context”. Routledge, Nueva York, 2021, p. 31.

o externos (lo cual, recordemos, constituye en sí misma una forma de agresión), aunque –a diferencia de la Comisión Europea– son pocos los que han puesto nombres y apellidos a esos actores. Al ralenti y de manera muy desigual, prácticamente todos los países europeos han adoptado en los últimos años decisiones legislativas o técnicas para intentar, en la medida de lo posible, defenderse ante este tipo de amenazas. Francia, Alemania o Lituania adoptaron leyes ad hoc; Reino Unido formó un grupo de expertos; Irlanda presentó iniciativas legislativas de segundo rango contra *bots*; Italia o Bélgica crearon organismos técnicos participados por el Estado mientras que en España el Gobierno presentó en 2020 el Procedimiento de Actuación contra la Desinformación.

La Comisión Europea, entretanto, presta atención al desarrollo de medidas nacionales, pero no se queda quieta esperando. De hecho, para ella la batalla contra la desinformación arrancó mucho antes, en 2015, a raíz de la ofensiva rusa para desestabilizar Ucrania y apoderarse de Crimea. Entonces se crearon equipos para asesorar a los gobiernos. Fruto de aquella experiencia, en abril de 2018, el Ejecutivo comunitario elaboró un documento de la Comisión Europea, que fue remitido a la Eurocámara con el objetivo manifiesto de buscar un “enfoque europeo” a la “lucha contra la desinformación en línea”.¹⁷ Para el año siguiente, 2019, el presupuesto comunitario destinado a la lucha contra la desinformación pasaba de 1,9 a 5 millones de euros. Y los esfuerzos de la Comisión se volcaban en la colaboración (o exigencia de responsabilidad) de las grandes plataformas digitales. ¿Por qué? Pues precisamente porque la Comisión era consciente de que son éstas –y no los medios de comunicación tradicionales, como hemos dicho anteriormente– las principales fuentes de (des)información hoy en día, origen y destino de la multitud de campañas de desinformación y propaganda.

Y ha habido pequeños logros, es verdad. En 2019 Facebook desactivó 2.200 millones de cuentas falsas y Youtube cerró más de tres millones de canales durante la campaña de las elecciones europeas.¹⁸

¹⁷ Fuente: <https://eur-lex.europa.eu/legal-content/es/TXT/?uri=CELEX%3A52018DC0236>

¹⁸ Fuente: <https://elpais.com/espana/2020-11-06/formulas-para-no-alimentar-a-la-bestia-la-batalla-europea-contra-las-fake-news.html>

Twitter, por su parte, declaró en diciembre de 2020 haber eliminado miles de tuits promocionados relativos a la COVID-19 por incumplimiento de su política de publicidad.¹⁹ Por lo mismo, Google suspendió más de 1.800 cuentas de publicidad en la UE. Sin embargo, no debemos caer en la autocomplacencia. La batalla comunitaria contra la desinformación se asemeja a una versión 2.0 de David frente a Goliat. Pues, aunque desconocemos con precisión el gasto total de Rusia en propaganda, comunicación y campañas de desinformación, sí sabemos que solo Russia Today, Sputnik y otros suponen un billón de euros (con be) anuales. Eso en cuanto a recursos, porque si nos fijamos en los resultados tangibles, también podemos hablar de una lucha claramente desequilibrada. Así lo constata una investigación de la German Marshall Fund que confirma el crecimiento de las *fake news* a pesar de las medidas de control implementadas por las plataformas digitales.²⁰ Para que se hagan una idea del volumen desproporcionado del que hablamos y de la tarea titánica que tenemos por delante en la lucha contra la desinformación, según el GME, solo en el último trimestre de 2020 se produjeron 1.200 millones de interacciones en Facebook con sitios engañosos. Los esfuerzos nacionales y comunitarios, en este contexto, resultan ridículos cuando no risibles.

La opinión pública, mientras tanto, sin entender muy bien lo que está sucediendo en el tablero global, acoge entre sorprendida y escandalizada los intentos de los poderes públicos por luchar contra la desinformación, popularmente denominados por algunos medios interesados como formas de “recortar el derecho a la libertad de expresión”. Por un lado, parece que nuestras sociedades aceptan la existencia de la desinformación en el contexto político nacional de “juego sucio” (lo que el profesor Raúl Magallón llama “normalización de los procesos de desinformación”). Aunque, por el otro, se resisten a creer que esto sea algo nuevo y mucho menos especialmente dañino. Preguntada por qué el protocolo contra la desinformación aprobado por el Gobierno español no se limita a las campañas provenientes

¹⁹ Fuente: https://www.swissinfo.ch/spa/coronavirus-desinformaci%C3%B3n_bru_selas_constata_avances-en-lucha-de-plataformas-contra-desinformaci%C3%B3n-covid/46325672

²⁰ Fuente: <https://www.gmfus.org/blog/2021/01/27/social-media-engagement-ceptive-sites-reached-record-highs-2020>

de otros estados, la Ministra de Asuntos Exteriores, Arancha González Laya, respondió rotundamente: “La desinformación no se limita a países terceros. Lo hemos visto en la pandemia en EE.UU., cuando a los ciudadanos se les ha sugerido que beber lejía ayuda a combatir la COVID. Eso no es una injerencia de países terceros, pero es claramente una desinformación”.²¹ Además, parece que algunas personas tienen dificultades para creer (nunca mejor empleada esta palabra) que la calidad de los procesos electorales internos o la protección de los derechos fundamentales está cada vez más amenazada por políticos y poderes internacionales, tal como afirma la inteligencia europea y estadounidense, que apunta con el dedo hacia el Kremlin. Nuestra mente sigue funcionando con un esquema tradicional de país y no asume que la partida se juega a nivel mundial. Y eso que la interferencia rusa a través del uso de noticias falsas ha quedado ampliamente acreditada en la campaña electoral estadounidense de 2016 que dio la victoria a Donald Trump, o en el referéndum del Brexit del mismo año (por no hablar de la crisis catalana de 2017).²²

Entonces y ahora (como también durante toda la pandemia) las campañas y actos de desinformación están dirigidas a interferir en la opinión pública con los mismos objetivos de siempre: socavar la fe pública en el proceso democrático, alimentar los circuitos del descontento, dividir a la población y azuzar a ambos bandos. Dicho de otro modo: sembrar y cultivar la polarización y la desconfianza hacia los poderes públicos (*establishment* tradicional/europeo) para lograr la desestabilización de un sistema democrático al completo. Y en este río de gloria pescan con alegría los movimientos populistas y de ultraderecha que, a su vez, incrementan la inestabilidad y debilitan a los grandes poderes liberales y democráticos de nuestro tiempo. Pero todo esto es difícil de hilar para el ciudadano medio. Cuando la atención es un recurso limitado, no hay tiempo de convencer con argumentos reales. Como ya se ha visto, funcionan mejor tres o cuatro

²¹ Fuente: https://www.abc.es/espana/abci-laya-afirma-plan-contra-desinformacion-perseguira-noticias-como-sugerir-beber-lejia-202011061116_noticia.html

²² Fuente: https://elpais.com/politica/2017/09/22/actualidad/1506101626_670033.html

palabras (*Let's take back control!* o *Build the Wall*)²³ que decenas de webs de verificación (*fact-checking*). ¿Qué podemos hacer entonces?

La gravedad de los hechos, su alcance e impacto en áreas de nuestra vida que van mucho más allá de la política electoral y que afectan, de lleno, a la salud pública e individual de nuestros sistemas y ciudadanos, clama por recursos, coordinación y estrategia. La reacción y la lucha contra la desinformación debe ser conjunta y, por supuesto, europea. El Plan Europeo de Acción sobre la Democracia (ver Bloque II: “La UE ante las noticias falsas”) y las propuestas legislativas para las futuras leyes europeas de Servicios y de Mercados Digitales (en las que la Comisión apuesta por responsabilizar a las tecnológicas por los contenidos ilegales y las noticias falsas recogidas en sus plataformas)²⁴ representan conjuntamente un paso en la buena dirección y una herramienta fundamental en esta batalla. Pero no será suficiente. La complejidad del fenómeno de la desinformación supera con creces todas las medidas adoptadas hasta ahora y los intentos de golpe en la mesa que planea Bruselas. Como casi todos los problemas de nuestro tiempo, requiere recursos, acción coordinada, consenso político y, por supuesto, estrategia.

Hace falta un debate profundo, amplio y riguroso sobre el papel del periodismo y de los medios de comunicación, su modelo de negocio y las condiciones de trabajo de los periodistas. Debemos adaptar nuestros sistemas fiscales a la era de la digitalización, evitando la sangría de recursos que vivimos hoy en día cuando gigantes como Facebook apenas abona 869.000 euros por impuesto de sociedades sobre los 600 millones que ingresa por publicidad digital²⁵ (mucho de ella tóxica). Hay que replantearse seriamente, como sociedad, qué queremos ser y dónde queremos estar. Si en el mundo del siglo XXI todos somos emisores y receptores, deberemos asumir nuestras correspondientes responsabilidades. Y si todo es gratis y nada nos cuesta dinero,

²³ “Recuperemos el control” o “Construye el muro” son dos de los eslóganes principales empleados durante las campañas pro Brexit y Trump durante el referéndum y las elecciones presidenciales de 2016 respectivamente.

²⁴ Fuente: https://ec.europa.eu/commission/presscorner/detail/es/ip_20_2347

²⁵ Datos referidos a España en 2018. Fuente: <https://www.economista.es/empresas-finanzas/noticias/10673626/07/20/Apple-Amazon-Google-y-Facebook-pagan-solo-22-millones-a-Hacienda.html>

¿estamos dispuestos realmente a pagar con nuestros datos? ¿Entendemos de verdad lo que eso significa? Se requiere una actuación firme y decidida en el capítulo educativo a fin de construir competencias que permitan a los ciudadanos discernir la información veraz de la falsa. “La intersección de la desinformación digital y la alfabetización en noticias supone identificar, detectar y entender información dudosa. Implica hacer pedagogía sobre las tecnologías digitales, cómo funcionan, qué elementos sirven para alimentar la desinformación y cuáles otros para contrarrestarla”, afirman Iosifidis y Nicoli²⁶. Si defendemos que la escuela debe servir para formar a los ciudadanos del mañana, no se me ocurre mejor excusa para tomarse en serio en las aulas la concienciación sobre este problema y la formación de competencias digitales que vayan más allá de aprender a programar.

La causa de la desinformación no se distingue del cambio climático o la pandemia de la COVID-19 en ese sentido. Sabemos que ningún estado puede afrontar por separado estas cuestiones. La colaboración es imprescindible para nuestra propia supervivencia. Por eso, también para luchar contra la desinformación que erosiona nuestras democracias y divide nuestras sociedades, la Unión Europea es el marco de colaboración para encontrar la solución.

²⁶ IOSIFIDIS, P. & NICOLI, N. *Digital Democracy, Social Media and Disinformation*, Routledge, Nueva York, 2021, p. 53.

Capítulo 2

Historia y desinformación

¿Es esta vez diferente?¹

LINA GÁLVEZ MUÑOZ

*Parlamentaria Europea PSOE/S&D y Catedrática
de Historia e Instituciones Económicas
de la Universidad Pablo de Olavide, de Sevilla*

Debatir sobre la desinformación me parece un acierto en tanto que se ha convertido en un problema central, que afecta de manera muy profunda nuestra convivencia y nuestras democracias. Sobre todo, ahora que sabemos las consecuencias tan graves que episodios de desinformación como las elecciones norteamericanas de 2016, el Brexit, la reciente toma del Capitolio, o el tratamiento de las vacunas y la pandemia han tenido y están teniendo en las vidas y el futuro de millones de personas. La desinformación se está convirtiendo en un arma muy peligrosa. Por tanto, quisiera dar la enhorabuena a los organizadores de este evento y edición de este monográfico, por hacernos reflexionar sobre la desinformación, y especialmente hacerlo en mitad de una disrupción digital en la que los cambios tecnológicos exponenciales que experimentamos están revolucionando muchos aspectos de nuestras vidas y la forma en la que interactuamos y nos gobernamos. Igualmente, quiero felicitar a César Luena, quien me invitó, por incluir una reflexión sobre desinformación e historia. No hay que olvidar que algunos de los regímenes más monstruosos del último siglo, se afianzaron como expone Michiko Kakutami en la

¹ Este texto parte de una conferencia dada en las jornadas “La desinformación en la UE en tiempos de la COVID-19” y aunque incluye citas y referencias, debe ser leído como tal, como una conferencia, que por supuesto es rigurosa, pero tiene un ánimo divulgador más que académico. Al editar el texto para su publicación, se ha incluido la reflexión sobre algunos episodios que han ocurrido después de la conferencia, pero que enriquecían el análisis y los argumentos.

introducción de su libro, *La muerte de la verdad*, sobre la “violación y el saqueo de la verdad, y sobre la premisa de que el cinismo, el hastío y el miedo suelen volver a la gente susceptible a las mentiras y a las falsas promesas de unos líderes políticos empecinados en el poder absoluto”.

Dividiré mi presentación en cinco partes. En una primera parte, trataré sobre el desafío que supone en la actualidad la desinformación. En una segunda parte, reflexionaré sobre historia y desinformación. En la tercera, lo haré sobre historiografía y desinformación. Y en la cuarta trataré de dar respuesta a la pregunta incluida en el título de este capítulo, analizando las limitaciones de las lecciones de la Historia para enfrentar actualmente el fenómeno de la desinformación. De esa manera, adelanto la tesis que defenderé en esta intervención: aunque la desinformación y la utilización de la información falsa de manera deliberada siempre han estado presente a lo largo de la historia, y la historiografía siempre ha reconstruido interesadamente u ocultado aspectos claves de nuestro pasado, expondré que los aprendizajes que podemos extraer para el presente son limitados ya que las nuevas tecnologías digitales suponen un cambio tan profundo en la dimensión y en la forma en la que esta desinformación se difunde, que podemos afirmar que estamos frente a un fenómeno en gran medida novedoso y que aún no sabemos muy bien cómo controlar. A pesar de ello y, por último, incluyo un breve apartado sobre qué hacer y qué medidas podemos tomar para combatir la desinformación desde las instituciones democráticas.

1. EL RETO DE LA DESINFORMACIÓN –Y DE LA INFORMACIÓN–

Cesar Hidalgo en su libro *El Triunfo de la información*, sostiene que “el universo está compuesto de energía, materia e información”. Por tanto, cuando hablamos de información, estamos hablando de uno de los tres pilares fundamentales que componen nuestro mundo físico. Este enfoque nos puede ayudar a entender el momento en el que vivimos y por qué la información no para de crecer, a pesar de la “entropía”, ya que es posible que estemos en un mundo en el que existe un exceso de información o una tendencia hacia ese exceso.

Este aspecto podría explicar en parte el fenómeno de la desinformación. En ese sentido, el crecimiento de la información disponible ha llegado hasta extremos que exceden con mucho nuestra capacidad individual para procesarla. Esto ha llevado a aumentar las capacidades computacionales por encima del alcance de cualquier individuo. De esa manera, hemos generado formas complejas de información que requieren formas complejas de computación que, a su vez, permiten que la información crezca, limitando la capacidad de los humanos de acumular conocimiento.

Este proceso se produce en paralelo con una comunicación generada en torno a silos y muy polarizada, que crea las famosas burbujas de información que tanto deterioran nuestra convivencia social y política. Está bien tener opiniones distintas, puesto que partimos de posiciones sociales, económicas, culturales o identitarias diferentes, pero eso no nos debe llevar al abandono de la argumentación como forma de alcanzar espacios de entendimiento y, sobre todo, no debe hacernos renunciar a la verdad.

Actualmente, las personas reciben a diario una fuerte carga de desinformación sectorizada y vinculada de antemano a sus convicciones que no hacen sino reforzarlas y que empujan incluso a personajes públicos con gran poder de decisión, como el ya expresidente estadounidense Donald Trump, a creerse inmunes a la verdad y a actuar en consecuencia. No debemos dejar nunca que la verdad compita con la mentira como si se tratara de dos opciones con la misma dimensión moral. Como escribió Hannah Arendt en *Los orígenes del totalitarismo*, “el sujeto ideal para un gobierno totalitario no es el nazi convencido ni el comunista convencido, sino el individuo para quién la distinción entre hechos y ficción (es decir, la realidad de la experiencia), y la distinción entre lo verdadero y lo falso (es decir, los estándares del pensamiento), han dejado de existir”.

Por tanto, acaba resultando problemático el convivir con la mentira y su uso cada vez más constante, cuánto más nos acercamos a los juegos del poder, hasta el punto de que se corre el riesgo de trivializarla, de dejarla pasar en la vida pública sin que merezca un reproche. Como dice Santiago Tarín, en su libro *Viaje por las mentiras de la Historia Universal*, “la gran paradoja es que, en la sociedad de las comunicaciones, de Internet y de las libertades individuales cada vez

puede ser más costoso discernir lo cierto de lo mendaz”. Y usa como ejemplo, la farsa de la fabricación y existencia de armas de destrucción masiva para justificar la invasión de Iraq, hasta el punto de que, en plena apoteosis del engaño, el Pentágono anunció que iba a poner en funcionamiento una Oficina de Influencia Estratégica, cuya finalidad era difundir noticias que no eran ciertas.

No obstante, sería interesante antes de seguir exponiendo mis argumentos, precisar qué consideramos o llamamos desinformación. Aunque desde el poder siempre se ha utilizado la difusión de lo que podemos considerar mentiras, cuando hablamos de desinformación en la actualidad, hablamos de algo más, y lo hablamos en un contexto que hemos bautizado como de posverdad. Todos coincidimos en que a pesar de episodios como el de la Oficina de Influencia Estratégica que acabamos de presentar, hubo un punto de inflexión en 2016 con el Brexit y el triunfo de Donald Trump en las elecciones presidenciales norteamericanas. No en vano el diccionario de Oxford eligió palabra del año: posverdad, aunque ese neologismo apareció ya en 1992. La posverdad hace referencia a que los hechos objetivos y reales tienen menos credibilidad o influencia que los sentimientos y creencias de los individuos al momento de formular una opinión pública o determinar una postura social. De esa manera, la posverdad debe considerarse como una distorsión de la realidad que se hace de manera deliberada y en la que las mentiras se asumen como si fuesen verdad porque, bien se sienten así o bien se asumen como reales porque una gran colectividad las cree como verdaderas. Por tanto, se emplea para señalar aquellos hechos en los que son más influyentes los sentimientos o creencias personales que los hechos en sí mismos.

Ese carácter deliberado también aparece en la definición de desinformación, que es algo relacionado pero distinto que *fake news* o mentiras. La Comisión Europea define desinformación como la difusión de información falsa o engañosa que pueda ser verificable y que se presenta o divulga con fines lucrativos o para engañar deliberadamente a la población, pudiendo causar perjuicio público. Mientras que las *fake news* harían relación solo a las noticias falsas que alimentan la desinformación, pero no siempre tienen una finalidad lucrativa o de engaño deliberado de la población. Es como las propias mentiras, que las hay de muchos tipos y condicionadas por muchas motivaciones incluido el autoengaño.

Porque mentir siempre se ha mentido. Como argumenta Santiago Tarín, los que engañan buscan algo material, o satisfacer sus fantasías, o tapar sus carencias, lo que nos puede llevar al autoengaño como el ir con frecuencia a la ópera para codearse con la sociedad que va allí, para creerse parte de ella. Todo el mundo miente para proteger a los demás o protegerse... o las conocidas como mentiras piadosas. Pero en la actualidad, existe tanta información que es difícil discernir, y además, se hace necesario distinguir entre el papel del que miente, del que es engañado, que a veces transige con la farsa por comodidad, aceptando un supuesto bien común superior que surge de actuaciones poco claras. Y es que los humanos buscamos la certidumbre aun a coste de ceder parcelas de verdad.

La desinformación por tanto funciona también si hay un público que no es crítico. Hemos visto las consecuencias que esto puede tener en la reciente toma del Capitolio en la Epifanía de 2021. Tal y como exponen en *Gaslit Nation* sus editoras Sarah Kendzior y Andrea Chalupa, lo ocurrido en la toma del Capitolio no puede entenderse como un acto aislado. La utilización sistemática de la desinformación que ya desplegaba Donald Trump y su clan con fuertes lazos con estados oligárquicos como la Rusia de Putin, antes del 6 de enero, deben ser puestas en evidencia y combatidas. La experiencia del tratamiento y manipulación de la información en regímenes autocráticos sirvió para que muchos analistas y espacios de comunicación, como el mencionado *Gaslit Nation*, adelantasen lo que haría Trump. Aunque eso no fue suficiente para que las instituciones democráticas pudieran defenderse con facilidad. Los miedos de los padres fundadores de la democracia norteamericana y sus sistemas de equilibrio tenían fundamento y se han puesto a prueba en estos años de mandato de Trump y el traspaso de poder a Joe Biden.

De hecho, el peligro que suponía y supone la relación de Trump con la información no estaba ni está en que difundiera noticias falsas, siquiera que las difundiera en lo que consideramos desinformación, por tanto, con la finalidad de engañar y manipular, sino que toda su actuación iba también encaminada a desacreditar la propia información. En este proceso, las redes sociales han jugado un papel clave como sustitutos parciales de los medios de comunicación y emisores y difusores de información, aunque teniendo un tratamiento muy

diferenciado de los medios tradicionales en cuanto a la edición de contenidos.

Pero para poder responder la pregunta que nos hemos hecho, y analizar si en este periodo histórico de la posverdad, la desinformación es diferente y, por tanto, las medidas que tenemos que poner en marcha para combatirla también deben serlo, es necesario volver la vista a la historia y a la construcción histórica.

2. HISTORIA Y DESINFORMACIÓN

Hannah Arendt, en su ensayo de 1971 *La mentira en política* nos dice: “El historiador sabe lo vulnerable que es el tejido de hechos sobre el que construimos nuestra vida diaria, que siempre corre el riesgo de quedar perforado por mentiras aisladas o reducido a jirones por mentiras organizadas y controladas por grupos o clases; o bien negando, distorsionando, perfectamente cubierto a veces por toneladas de falsedades o, simplemente, abandonando al olvido. Los hechos necesitan testimonios para permanecer en el recuerdo, y testigos fiables que los coloquen en lugares seguros dentro del ámbito de los asuntos humanos”. Sin embargo, la historia, los recuerdos y los testigos no siempre son fiables, primero porque la mentira y la desinformación han sido ampliamente utilizadas a lo largo de la historia y segundo porque la construcción historiográfica no se ha librado de ser un vehículo de desinformación. Ahora haremos una breve incursión en la historia, y en el siguiente apartado, haremos lo propio con la historiografía.

La desinformación ha sido un arma de primera magnitud a lo largo de la historia y muy especialmente en las guerras, y para ello se crearon los servicios de inteligencia y el espionaje moderno. Tal vez uno de los ejemplos más conocidos y también más decisivos fue que Hitler moviera tarde sus tropas a Normandía porque los aliados le hicieron creer que el avance hacia el continente se haría por el Paso de Calais. Pero tal vez para aproximarnos a la desinformación a lo largo de la Historia tenemos que trascender la definición contemporánea de lo que significa desinformación y que hemos incluido antes, y aproximarnos a este fenómeno de una manera mucho más difusa, desde la creación de mitos, a las noticias falsas o a la desinformación tal y como la definimos hoy en día. De hecho, los mitos han servido para

desinformar e informar al mismo tiempo. Los mitos, también los contemporáneos, siempre han servido para construir una narrativa común que una a muchas personas distintas en torno a objetivos o una convivencia común. Las religiones están plagadas de ellos y cualquier proyecto que busque y necesite legitimarse también los tiene. Las dictaduras han sido especialmente prolíficas en mitos para justificar su legitimidad y su presencia en la historia más allá de la represión.

En cualquier caso, las noticias e información falsas se han usado siempre con el objetivo de conseguir el apoyo para medidas poco populares o para movilizar a las sociedades en una determinada dirección. A lo largo de la historia se han usado diferentes términos, como el término “dezinformatsia”, usado por el régimen soviético en los años veinte para referirse a las campañas de “intoxicación” que, según ellos, lanzaban los países capitalistas. No obstante, existe un cierto consenso en el que el uso de la información de una manera propagandística, la construcción de estructuras indispensables de legitimación frente a la opinión pública coincide aproximadamente, como dice Fogel en su libro *Les cérémonies d'information dans la France du XVI^e au XVIII^e siècle*, con el estado moderno. Pero desinformación, información engañosa o bulos ha habido siempre. Desde el Imperio Romano, como cuando a los cristianos se les acusó del incendio de Roma del año 64, o con las hambrunas y crisis de provisiones previas a la revolución francesa, cuando se puso en boca de Maria Antonieta “Si no hay pan, que coman bollos”, para incidir en esa imagen de frívola y de mujer que no se preocupaba por su pueblo. O en España, el discurso de Juan Díaz de Alcocer, funcionario de la Corona de Castilla, como introducción al juramento de Isabel la Católica en su proclamación segoviana de 1474, que se ha analizado como una primera construcción intelectual de carácter propagandístico y legitimador para la nueva monarquía.

Pero como decía al inicio de este apartado, si ha habido momentos en los que estas informaciones falsas han sido más importantes o han tenido una mayor repercusión, ha sido en los momentos de conflictos bélicos. Quizás el más acorde con la actualidad, el episodio que puede ser más conocido es porqué a la gripe del 1918-1920 se le llama Gripe española. Dicha epidemia mortífera se expandió por todo el mundo y se saldó con entre 20 y 50 millones de muertos. Un desastre que se unió al de la Primera Guerra Mundial que, por su parte, costó la vida

de 20 millones de personas entre civiles y militares. Su nombre parece indicar que se originó en España, pero no es así ya que está probado que el epicentro no fue en España, si no que pudo ser en Francia, China o, muy probablemente, en Estados Unidos. Sin embargo, como España había sido un país neutral durante la Primera Guerra Mundial, no estaba concentrado en la reconstrucción posbélica ni tampoco había la censura militar que había en otros países que sí que habían participado en la guerra. Por lo tanto, la expansión de la epidemia estuvo más presente en los periódicos y en la opinión pública española y, de ahí, que se corriera el bulo por todo el mundo que la gripe se había originado en España.

Tenemos episodios más recientes que además documentan el peligro de la desinformación, por ejemplo, con la guerra de Chechenia y lo ocurrido con la periodista Ana Politkovskaya, asesinada en el 2006. Ella había criticado de manera muy documentada la implicación de Rusia en ese conflicto. De hecho, Politkovskaya estaba investigando una de las más abrumadoras demostraciones de esa absurda creencia de que matar es un fin en sí mismo: la matanza de la Escuela de Beslán. Su interpretación de los hechos era muy contraria a lo que decía la propaganda oficial. “La Rusia de Putin –había escrito Politkovskaya– es moralmente aún más sucia que la de Yeltsin. Se parece a un vertedero cubierto de basura y de zarzas”. Para ella, la infección que produjo “la gangrena moral” de Rusia tenía sus orígenes en el pasado soviético, pero su raíz inmediata estaba en la guerra de Chechenia. Sus escritos hicieron que fuera señalada repetidamente como un enemigo, especialmente por parte del Gobierno títere que Putin instaló en Chechenia. La interpretación oficial de su asesinato fue que la había matado un perturbado, un borracho, casi por casualidad. No obstante, hay bastantes sospechas de que pudieron estar involucrados en ese episodio, los servicios secretos o servicios de seguridad rusos o satélites en Chechenia. Aunque la realidad y ese es el peligro de la desinformación, eso no tuvo siquiera que ser necesario para acabar con ella. Simplemente el odio que generaron las mentiras que se generaron sobre ella, esa desinformación generalizada, pudo hacer florecer en el pueblo, la existencia de personas que estuvieran dispuestas a asesinar a otra persona simplemente por dar un argumento diferente, y en este caso más basado en la verdad que la propaganda oficial. La verdad no sirvió de mucho. A ella la asesinaron por contarla y Putin recibió

un gran apoyo internacional, incluyendo a nuestro expresidente del gobierno, José María Aznar, que le apoyó incondicionalmente contra los chechenos porque “todos los terrorismos son iguales”. En un claro ejemplo de que la verdad no tiene mucho valor, tampoco para los líderes de las democracias occidentales, cuando se trata de resolver conflictos en territorio ajeno y hay intereses geopolíticos por medio.

A veces podemos pensar que la educación por un lado y, sobre todo, el conocimiento y la ciencia son la solución a la manipulación de la verdad que tantas veces nos hemos encontrado a lo largo de la historia, pero no es así necesariamente. De hecho, la ciencia ha sido en muchas ocasiones utilizada como coartada para difundir pseudo teorías y flagrantes mentiras que justifican auténticas barbaridades. Tarín lo expresa de esta manera: “En pleno siglo XX los nazis crearon un instituto para la pureza racial, esgrimiendo estudios que defendían la existencia de una raza superior. Josef Menguele era doctor en Filosofía y Medicina y también un personaje detestable que no dudaba en someter a atroces sufrimientos a los gemelos de los campos de concentración en busca de los mecanismos para obtener gentes sin mezcla de sangre y con ojos claros”. Siglos antes, la Inquisición sirvió para ‘limpiar’ España de gente tan impura como moros, judíos o herejes. En el siglo XIX, Samuel George Morton midió las capacidades craneales de los caucásicos para demostrar que eran superiores a los negros y Louis Agassiz expresó que el cerebro de un negro era “similar al de un bebé blanco de siete meses, y cuando aún está en el vientre de su madre”. Morton y Agassiz eran hombres de ciencia, pero mucho más unos racistas que defendían la legalidad y la pertinencia de la esclavitud como métodos para asegurar la predominancia de unos sobre los otros (Normalmente, de los blancos sobre los negros). De manera que ni la ciencia, ni el conocimiento, ni el derecho son la panacea. La verdad y la mentira son dos países vecinos.

Tampoco el conocimiento histórico nos vacuna necesariamente, como reflexiono a continuación. De hecho, la historia ha sido una gran arma masiva para construir creencias erróneas, sesgadas o parciales. En el libro de *El orden mundial, El mundo no es como crees*, se esgrime que cómo nuestro mundo y nuestra vida están plagados de falsas creencias: “Algunos son muy elaborados y pueden venir simplemente de un error sin intención, de una interpretación incorrecta o de algo que en su momento era verosímil pero que acabó demostrándose

que era incorrecto. Sobreviven al tiempo y llegan hasta nosotros. No hay nada malo en creer que algo es cierto cuando en realidad es falso; en cierto modo, es algo normal y natural. El problema viene cuando estas creencias se extienden de tal manera que deforman la realidad o, peor aún, cuando se rechazan las explicaciones correctas para así continuar en el confort de la mentira conocida. La gran paradoja es que estamos diseñados así. Nuestro cerebro necesita píldoras de realidad, que esta sea sintetizada al extremo para poder asimilar el torrente de información, datos y hecho que, sin ese ejercicio de compactación, nos dejaría aturcidos”. De hecho, cuando no había conocimiento científico se buscaba el mito para facilitar la información. El cerebro se protege a sí mismo, cuando se nos presenta un hecho que contradice nuestro particular cubito de la realidad nuestra mente lo rechaza. Eso se llama disonancia cognitiva. El cerebro es consciente de que no podemos ir por ahí cuestionándonos todo lo que creemos, así que nos atrincheramos en nuestros propios sesgos.

Pero hay una cuestión importante que debemos tener en cuenta cuando abordamos la vinculación entre historia y desinformación, y ese es que a veces la desinformación no se produce tanto en el momento en que se difunden noticias falsas, sino en la construcción posterior, por tanto, en la historiografía. Tal vez el caso más simpático, aunque en ningún caso se trata de un acontecimiento o proceso histórico que haya sido objeto de debate historiográfico, es lo que aconteció en torno al programa radiofónico de Orson Wells en 1938. El 30 de octubre de ese año, por tanto, la víspera de Halloween, Orson Welles puso en marcha en los estudios de la CBS la recreación de la obra *La guerra de los mundos*, donde se simulaba una invasión extraterrestre. La mayoría de nosotros considera ese episodio como un magnífico ejemplo de *fake news*, que no de desinformación, aunque fuera un programa de una radio privada y, por tanto, supongo que, con ánimo de lucro, y que sembró el pánico en Nueva York. La realidad es que la mayoría de los espectadores del programa, que además fueron pocos, sabían que se trataba de eso, de un programa de radio puesto que se advirtió a los oyentes hasta en tres ocasiones que se trataba de una representación ficticia. El *fake* es lo que provocó el programa que parece que fue tremendamente exagerado por la prensa escrita que vio en ese episodio una posibilidad de debilitar la competencia que comenzaba a hacerle la radio como medio de comunicación prioritario, y que,

de esa manera, frente a la seriedad de la prensa escrita, se presentaba como un medio que generaba caos. La interpretación de los hechos históricos a posteriori, incluso si ésta se hace en el ámbito de lo científico, de lo académico, ha sembrado de mentiras, medias verdades o desinformación nuestra visión y conocimiento del pasado.

Si la ignorancia puede ser producida de manera táctica y con finalidades deliberadas, el conocimiento científico también se puede utilizar y de hecho se ha utilizado para producir ignorancia deliberada, ya sea sobre secretos comerciales, clasificación militar, o sobre la creación de controversias dudas y debates que aparentemente abiertos y públicos lo que hacen es impedir que tengamos criterios para valorar determinadas problemáticas y tomar decisiones al respecto. Lo que ha pasado en este país con las pensiones es un buen ejemplo. Vicenç Navarro y Juan Torres en *Lo que debes saber para que no te roben la pensión*, explican con rigor como en la opinión pública española se ha impuesto la idea de que las pensiones públicas no eran sostenibles desde hace al menos tres décadas por parte de economistas y medios de comunicación presentando informes pagados por los bancos, especialmente interesados en la difusión de los planes de pensiones privados. Las *fake news* funcionan dentro de este paradigma en el que la ignorancia es algo que es producido, mantenido y manipulado por medio de determinadas artes y ciencias. La historiografía es maestra al respecto.

3. HISTORIOGRAFÍA Y DESINFORMACIÓN

La construcción parcial o errónea del pasado por parte de la historiografía no siempre puede llamarse desinformación ya que no siempre ha seguido una pauta consciente. No obstante, no en pocas ocasiones, cuando sobre todo desde corrientes críticas como las del género, la ecología o los estudios decoloniales se ha hecho ver a las corrientes principales de la historiografía, los resultados tan parciales o erróneos a los que llevaban sus sesgos ideológicos, ha costado mucho comenzar a cambiar las interpretaciones del pasado y la mayoría de los historiadores han seguido insistiendo en sus sesgos que, al ser coincidentes con las corrientes de poder mayoritarias, han seguido apareciendo como aproximaciones objetivas y científicas. Por ejem-

plo, la historiografía era completamente, y aún es bastante androcéntrica. Una historiografía androcéntrica no solamente quiere decir que las mujeres no estuvieran presentes en la historia, sino que la experiencia masculina se ha identificado con lo universal, aunque lo mismo ha pasado con todo tipo de violencias distintas –de clase, de la colonización, etc.–, que ha hecho que se haya desarrollado una historia sin que todas las personas ni todos los territorios contasen.

No me voy a extender mucho en esta clase de desinformación historiográfica, pero diré algo utilizando como ejemplo la revisión feminista de la historiografía que cuestiona desde los años ochenta del siglo pasado, la periodicidad, las fuentes, los temas y sobre todo las preguntas que nos realizamos. Así, ahora sabemos que el Renacimiento no fue tal para las mujeres, o que el contrato social en el que se basan nuestros sistemas democráticos nos dejó fuera. Así, cuando aparecen las primeras constituciones liberales al mismo tiempo que se construyen la sociedad y la economía de mercado en los que se siguen basando gran parte de nuestras instituciones y principios rectores, cuando se constituyen los mercados de trabajo, cuando más personas acceden a la propiedad, a la educación, o a la ciudadanía, nada de eso estuvo al alcance de las mujeres.

A las mujeres se nos dejó para otras cosas, y como argumentamos Montserrat Carbonell, Paula Rodríguez Modroño y yo misma, ese proceso fue una operación política de muy largo alcance que coincidió con la mercantilización de cada vez más factores de producción y con el desmantelamiento de la beneficencia comunal o eclesiástica y que representó que la carga del cuidado se trasladara a la casa y a la familia y, dentro de la familia, a las mujeres. Esas que al mismo tiempo quedaron excluidas del acceso a la ciudadanía, a la educación, o al mercado de trabajo, donde solo accedieron de manera muy segregada y limitada. De esa forma era imposible tener voz, un espacio o tiempo propio o de ganarse dignamente el sustento, y tener la autonomía que comenzaban a conquistar muchos hombres varones. Así las cosas, no es de extrañar que hubiera pocas científicas, inventoras, artistas o políticas. Y que el conocimiento y la interpretación de la historia se construyeran desde la óptica y la experiencia de los hombres y que esta dimensión de la construcción de la sociedad y economía de mercado y de las democracias y regímenes liberales quedara obviada hasta muy recientemente.

No obstante, para lo que nos ocupa, nos interesa más fijarnos en los relatos conscientes e intencionados. Estos relatos suelen ser frecuentes en la construcción de patrias, estados o, sobre todo, de regímenes totalitarios, que se erigen sobre la opresión o borrado del otro, del diferente. El Estado franquista no solo reconstruyó el pasado de España, sino que se empleó a fondo en el ejercicio propagandístico para aunar a su causa a las clases populares que tanto sufrieron la represión y un estado que redistribuía de manera regresiva y por tanto limitando los niveles de vida de gran parte en la población, a través del acceso a los servicios sociales y las rentas indirectas. El libro de Carme Molinero *La captación de las masas* lo documenta y analiza rigurosamente.

Hay casos en los que la desinformación historiográfica no se ciñe al momento inaugural de un nuevo régimen, sino que se mantiene en el tiempo. Tal vez uno de los mejores ejemplos es el del Estado de Israel. Nur Masalha lo relata muy bien en sus *Políticas de la Negación*, cuando analiza la puesta en marcha del estado de Israel 1948, momento en el que se borra un estado, Palestina. Si bien no era un estado reconocido, el palestino era un estado como pueblo, como gente, como cultura y como lengua que desapareció prácticamente, el 90%. Aldeas milenarias fueron completamente arrasadas y en su lugar se plantaron bosques. Y, sobre todo a partir de 1967, con la política de excavadoras desaparecieron pueblos enteros. Eso fue la materialidad de la desinformación que emanó y sigue emanando de la historiografía oficial israelí, que además pretende siempre hacer coincidir el sionismo con el judaísmo, como si fueran la misma cosa, para utilizar la culpa de los occidentales por el Holocausto y así introducir ideas sionistas como realidades judías. El poder de la historiografía israelí, del estado de Israel y sus aliados ha hecho que en la historiografía occidental prevalezca su interpretación de la historia, que no es otra que negar que Palestina haya existido nunca como realidad nacional y que la salida de los palestinos de su propia tierra ha sido y continúa siendo un acto voluntario.

Hay veces que esos ejercicios historiográficos se realizan décadas después, a modo de revisionismo histórico. Con esto no estoy diciendo que no se deba hacer revisionismo, el revisionismo es el motor de la Historia, la Historia avanza por la revisión. Pero una cosa es el revisionismo histórico y otra el revisionismo político o el revisionismo

historiográfico para conseguir un revisionismo político, que es lo que está vinculado con la desinformación. Hobsbawm decía que los historiadores somos los recordadores oficiales de lo que la gente quiere olvidar. Y habría que añadir, de lo que algunos quieren que olvidemos o no recordemos bien. Desde hace unos años, existe en toda Europa una fiebre revisionista vinculada con el auge de los populismos de derechas y los neofascismos, que llegan incluso a cuestionar el Holocausto nazi, o en el caso de España, niegan que el régimen de Franco fuera una dictadura. O, sobre todo, presentan la contienda civil colocando en el mismo nivel al gobierno y las instituciones republicanas, que era un régimen democrático derrocado por un golpe de estado militar, con el bando rebelde y el régimen dictatorial surgido de su victoria en la contienda civil y que contó con el respaldo de todas las potencias fascistas europeas y la inacción de gran parte de nuestros vecinos demócratas.

No obstante, ese revisionismo no sólo aparece vinculado con opciones de extrema derecha, también aparece desde opciones que se sitúan en la izquierda del arco ideológico pero que, envueltas en objetivos que por ejemplo buscan la independencia y autodeterminación de determinados territorios caen en la reinterpretación histórica y la construcción de una patria a conveniencia. Así se ha construido desde el independentismo catalán sobre todo republicano, la idea de que la Guerra Civil española fue una guerra del fascismo español contra el republicanismo catalán. De esa manera, es más fácil construir la opción independentista también dentro del universo ideológico de izquierdas, como si en Cataluña no hubiera opciones reaccionarias y en el resto de España no hubiera opciones progresistas. Mientras repaso este capítulo, se presentan los resultados de las elecciones catalanas de 14 de febrero de 2021, y escucho en la noche electoral al líder de ERC, Oriol Junqueras, decir que los resultados electorales respaldaban la vuelta del republicanismo, ese que le fue arrebatado a Cataluña porque los fascismos combatieron hace casi un siglo “a las democracias occidentales y especialmente a Cataluña”, como si Auschwitz hubiera estado situado en Vic y no hubiera habido fascistas en Cataluña. En los colegios catalanes deberían estudiar mejor el papel jugado por los industriales catalanes en el golpe de estado de Miguel Primo de Rivera en 1923, o cómo estos mismos industriales fueron los primeros en salir de la Cataluña republicana durante la Guerra Civil y refugiarse en la zona nacional.

Por tanto, es necesario que nos cuestionemos la manera en que combinamos la época con la mayor cantidad de información disponible de toda condición, con gran facilidad para verter contenidos a este sistema de información y conocimiento, junto con un esquema mental que permanece prácticamente inalterable desde que el mundo es mundo. Eso en parte explicaría que nuestro mundo y nuestra vida están plagados de falsas creencias. *En El Mundo no es como crees* de *El orden mundial* lo explican de la siguiente manera: “algunos simplemente los aprendimos mal en el colegio; otros han ido saltando en el imaginario popular sin que nadie los desmintiese o les prestase atención siquiera, y otros son ideas plantadas con premeditación para modificar el debate público sobre asuntos muy diversos. De hecho, lo primero que debemos reconocer es nuestra propia fragilidad a la hora de consumir información, e incorporar conocimiento, pues somos seres extremadamente manipulables (...) Por desgracia, incorporar un conocimiento de calidad no es fácil ni barato (...) El pacto que solía existir en la sociedad era que quienes no podían informarse o conocer demasiado en profundidad cualquier asunto, dejaban en manos de intermediarios ese poder”. Y esto no se circunscribe solo al periodismo, también entran aquí las y los médicos, o las y los historiadores. Sin embargo, la escala a la que tenemos acceso a la información en la actualidad explica que la legitimidad en esa intermediación pueda estar agrietándose. De ahí que tengamos que preguntarnos si esta vez es diferente.

4. ¿ES ESTA VEZ DIFERENTE?

Como he tratado de poner de manifiesto en estas páginas, el fenómeno de la desinformación no es nuevo y se ha usado a lo largo de la historia en múltiples ocasiones, aunque se haya vehiculado de manera diversa. No obstante, hay dos cuestiones que me hacen pensar que el fenómeno contemporáneo de la desinformación se vehicula a través de unas formas, con una velocidad y dimensiones que lo hace más peligroso que en otros momentos históricos. Una es la herencia de un conocimiento postmoderno y la construcción del sujeto neoliberal individualista. Y la segunda es la ruptura tecnológica exponencial en la que estamos inmersos con la digitalización. Además, la aceleración

digital que hemos vivido durante la pandemia nos ha puesto alerta y con razón, de ahí que vaya a comenzar por esta segunda dimensión y, sólo parcialmente, trataré la primera al final de este apartado.

El secretario general de Naciones Unidas, António Guterres, declaró al inicio de la COVID-19 que nos enfrentamos a otra peligrosa epidemia, la de la desinformación, y que la única vacuna para combatirla es la confianza. Primero, confianza en la ciencia y segundo en instituciones que siguen un “liderazgo receptivo, responsable y basado en evidencia”. Además, yo agregaría que es también necesario tener confianza en los medios de comunicación para combatir esta pandemia de desprecio por la verdad y en los representantes políticos. Sin embargo, la confianza no es suficiente. Hay que avanzar en un conocimiento crítico y para ello la educación y la alfabetización digital son esenciales porque el papel que juegan las redes y el control de nuestra información también de manera predictiva no pueden ser desdeñados a la hora de enfrentarnos a la desinformación. James Bridle, en su libro *La nueva edad oscura. La tecnología y el fin del mundo*, nos dice que vivimos enredados en sistemas tecnológicos que a su vez influyen en cómo actuamos y en cómo pensamos. Es por ello que no podemos situarnos fuera de ellos ni pensar sin ellos. En ese sentido, el conocimiento sobre las tecnologías no puede limitarse a los aspectos prácticos de cómo funcionan las cosas, debe ampliarse a entender cómo se ha llegado hasta aquí y qué consecuencias tiene. Necesitamos no sólo comprensión, sino alfabetización digital para afrontar el exceso de información o simplemente la información que nos llega de manera crítica, sino estaremos entrando en una edad verdaderamente oscura.

El papel omnívoro que ocupa la tecnología en nuestra vida hace que algunos sesgos que ocurren con frecuencia sean preocupantes en lo referente a la difusión de la desinformación. Uno es el sesgo de automatización, por el que le damos más valor a lo que nos muestra una máquina que lo que conocemos por nuestra propia experiencia. Hay muchos ejemplos de accidentes de avión que se podrían haber evitado si los pilotos no hubieran confiado tan ciegamente en el piloto automático, muchas faltas de ortografía si no hiciéramos caso ciego al software corrector, o lo que se conoce como “muerte por GPS”, que da nombre a imprudencias que cometen los conductores por seguir lo que les dice el GPS, aunque la ruta sea contraria a toda lógica. En estos ejemplos también entra en juego el sesgo de confirmación, por

el que reajustamos nuestra percepción del mundo para que se adapte mejor a la información automatizada, reafirmando aún más la validez de las soluciones computacionales, hasta convertirlas en religión. Por ejemplo, un ex ejecutivo de Uber, Anthony Levandowski, anunció en 2017, la creación de una iglesia llamada *Way of future*, que pretende consagrar un culto a la inteligencia artificial y favorecer la realización, la aceptación y la adoración de una divinidad basada en la inteligencia artificial, que es más apta que los hombres para hacer elecciones racionales y, por tanto, poder guiarlos.

Pero sin llegar a formar parte de ninguna iglesia futurista, lo que presenta bastantes evidencias en la neurociencia es que cuando las personas nos enfrentamos a problemas complejos, sobre todo cuando no tenemos tiempo, intentamos minimizar el trabajo cognitivo y tendemos a primar decisiones que sean fáciles de seguir y fácil de justificar. Bridle nos dice: “Ante la posibilidad de delegar la toma de decisiones, el cerebro toma la senda del menor esfuerzo cognitivo, el atajo más corto, que los asistentes automatizados le ofrecen de manera casi instantánea (...) Cuanto más se acelera la vida, más interviene la máquina para hacerse cargo de un número mayor de tareas cognitivas, lo cual refuerza su autoridad con independencia de cuales sean las consecuencias (...) La computación sustituye al pensamiento consciente. Pensamos cada vez como una máquina, o dejamos por completo de pensar”. Obviamente esto se puede aplicar también al consumo de información y el hecho de que esta vez la dimensión y ubicuidad de la información le hace adquirir una escala que a su vez la hace diferente de los antecedentes históricos de la desinformación. Mientras que la ciencia contemporánea nos muestra la inmensidad de los que no sabemos, la tecnología actual nos ofrece herramientas de una potencia cada vez mayor pero que cada vez cuestan más de entender. Tener información ya no equivale a saber qué pasa.

Esto no quiere decir que tengamos que matar al mensajero. En más de una ocasión echamos la culpa de la desinformación a las redes sociales, que son los vehículos prioritarios por los que fluye, pero la tecnología no es buena ni mala en sí misma, todo depende de cómo la usemos y cómo la regulemos. Para autores como Éric Sadin, “el hecho principal no nos remite a la difusión viral de informaciones falsas en internet sino a una nueva posición que ocupa el individuo contemporáneo. De ahora en adelante, cada uno de nosotros se imagina como posicionado en el

centro del mundo y con el poder de acomodar los acontecimientos a su visión de las cosas, con tal estado de narcosis respecto de la propia sensación de unidad que cualquier enunciado divergente de la propia posición podría ser rechazado ahí en más. La verdad se define a partir de uno mismo, o según las propias creencias y tropismos; es una tendencia emblemática dentro de las teorías del complot que da testimonio de la desintegración creciente de nuestras bases comunes y de la extrema atomización de la sociedad en general”.

Para este autor en la actualidad vivimos la emergencia de un nuevo régimen de verdad vinculado a la extensión de los sistemas de inteligencia artificial, que sustituirían a la revolución postmoderna donde los trabajos de Foucault ya supusieron un rechazo frontal a toda noción de verdad. No obstante, el relativismo postmoderno fruto de las guerras culturales de los años sesenta que nos llevaron a ver que no existía una sola verdad, algo esencial para poder superar un modo de pensamiento occidental, burgués o masculino, ha sido capturado en la actualidad por la derecha populista que ha llevado el culto por la desinformación hasta la mismísima Casa Blanca. La construcción del sujeto individualista neoliberal encaja a la perfección con este proceso. Sujeto que accede a lo que Marina Garcés llama “servilismo”, a través de un supuesto consentimiento. Aunque el consentimiento está en la base del contrato social, esta autora se pregunta cómo se crean las condiciones para el consentimiento y cómo puede ser que el consentimiento sea al mismo tiempo alimento de la tiranía. Esto debería entroncarse con el mito de la libre elección y la distinta libertad de facto que tenemos los distintos sujetos y grupos sociales. Consentir, consentimos todos los días cada vez que aceptamos las cookies, que las aplicaciones informáticas conozcan nuestra ubicación o trafiquen con nuestros datos de forma que ellos mismos u otros, puedan *des-informarnos* mejor. Son solo algunos ejemplos.

5. A MODO DE CONCLUSIÓN: ¿CÓMO AFRONTAR EL PROBLEMA DE LA DES-INFORMACIÓN?

Nuestros sistemas de información, como los sistemas e instituciones encargados de coordinar la economía internacional y muchos

otros, no están diseñados ni preparados para un mundo de datos e inteligencia artificial que plantea desafíos y problemas que abarcan desde la necesidad de proteger nuestra privacidad individual a los derivados del gran poder de mercado que proporcionan a las grandes empresas, o problemas geopolíticos y de seguridad nacional, como la interferencia extranjera en procesos electorales, el hackeo de redes industriales o el ciberespionaje, sin olvidar la manipulación de procesos democráticos y la gestión de episodios tan complejos como la actual pandemia. Todos ellos necesitan ser resueltos por medio de respuestas institucionales y políticas acordes con la complejidad de los retos que conllevan.

Por eso hacen bien las instituciones europeas y gobiernos como el español en intentar dotarse de mecanismos institucionales que combatan la desinformación, siempre que esto se haga con transparencia y control democrático. De hecho, habría que persistir y avanzar más en esa dirección, mediante un continuo proceso democrático de discusión sobre la comunicación en el mundo de los datos y la inteligencia artificial. El uso del conocimiento científico puede ser un buen antídoto para la mentira –aunque ya hayamos visto que también puede ser manipulable y por tanto, no es la panacea–, y espacios como el *hub* europeo de ciencia y comunicación del Parlamento Europeo, ESMH (<https://scien- cemediahub.eu/>) por sus siglas en inglés, son una buena práctica que se puede trasponer a los estados miembros y más allá de las fronteras de la Unión Europea, tal y como se ha hecho recientemente en España, donde se ha aprobado la creación de una oficina de asesoría académica y científica para que haya ciencia en el parlamento.

La creación de espacios comunes y de redes de personas dedicadas a la política, la ciencia y la comunicación, ya sea vinculada a asociaciones periodísticas o a instituciones de educación e investigación que intercambian ideas, información y respuestas de manera continuada, es necesaria para enfrentarse de manera democrática a la desinformación y a los riesgos sociales, políticos y económicos que de ella se derivan. Este es el momento de apoyar la ciencia, también la historiografía, y contar con ella para transmitir información rigurosa y contextualizada y para tomar las mejores decisiones políticas para toda la sociedad involucrando a la ciudadanía en la toma de decisiones políticas. La democracia necesita de información y verdad para poder funcionar, no de las mentiras del pasado ni de las del presente.

Deberíamos defender una forma responsable y rigurosa de usar información, sobre todo cuando esa información puede agravar la actual situación que vivimos, ayudando a crear más caos y desinformación. No podemos dejarnos llevar por medias verdades o interpretaciones que nos convengan en un momento concreto con el solo objetivo de dañar a nuestros adversarios políticos. Ahora más que nunca deberíamos proceder con una cautela máxima y evitar afirmaciones categóricas, ya que la situación es cambiante y pocas situaciones son descartables. El rigor científico y la concreción semántica tienen que ser extremos para no generar una situación de desinformación aún más grave que genere desconfianza en la verdad que conocemos. Este es el momento para apoyar la buena ciencia y para apoyarse en la misma para transmitir una información rigurosa y contextualizada y para tomar las mejores decisiones políticas para el conjunto de la ciudadanía. Debemos recordar constantemente a los medios de comunicación, redes sociales y personas usuarias de ambos, figuras públicas que crean o influyen en la opinión pública, la importancia de verificar y contrastar los datos para que no induzcan a error, y la necesidad de ser prudentes.

Por lo tanto, todas las personas debemos promover y contribuir activamente a mantener una sociedad informada, crítica y democrática. En este sentido, la educación juega un papel fundamental, incluida la educación digital o aún mejor la alfabetización digital. Para Marina Garcés, en la sociedad de la información, la ignorancia ha adquirido una nueva condición: ya no es una oscuridad exterior, virgen o salvaje, sino un recurso que puede ser producido a conveniencia, o sea, en un ejercicio de desinformación. En este sentido, la ignorancia interesa, y mucho. Son prueba de ello el interés académico por la agnotología (estudio de la producción social y estratégica de la ignorancia) o el interés mediático por la posverdad y las *fake news*. Cada vez somos más conscientes, como individuos y como colectividades, de que son más las cosas que no sabemos. Por tanto, es muy importante abordar el tema de la desinformación y hacerlo desde una manera holística y multidisciplinar y trazando complicidades y alianzas desde distintos ámbitos como la academia, los medios de información y los parlamentos, tal y como se hace en este encuentro y en este libro. Gracias por la iniciativa y hacerlo posible.

BIBLIOGRAFÍA

- ARENDRT, H. (1994). *Los orígenes del totalitarismo*, Planeta-Agostini, Barcelona.
- ARENDRT, H. (1999). *La mentira en política*. En Arendt, H., *Crisis de la República*, Taurus, Madrid.
- BRIDLE, J. (2020). *La nueva edad oscura. La tecnología y el fin del mundo*, Debate, España.
- CARBONELL, M., GÁLVEZ MUÑOZ, L. y RODRÍGUEZ, P. (2014). *Género y cuidados: respuestas sociales e institucionales al surgimiento de la sociedad de mercado en el contexto europeo*. *Áreas Revista internacional de Ciencias sociales*, 33: 17-33.
- Comisión Europea (2018). *La lucha contra la Desinformación en línea: Un Enfoque Europeo*, Com/2018/236 Final. <https://eur-lex.europa.eu/legal-content/es/TXT/?uri=CELEX%3A52018DC0236>
- El orden mundial (2020). *El mundo no es como crees*, Ariel, Barcelona.
- FOGEL, M. (1989). *Les cérémonies d'information dans la France du xvi^e au xviii^e siècle*, Fayard, París.
- GARCÉS, M. (2020). *Escuela de aprendices*, Galaxia Gutenberg, España.
- HIDALGO, C. (2017). *El triunfo de la información. La evolución del orden: de los átomos a las economías*, Debate, España.
- KAKUTANI, M. (2019). *La muerte de la verdad: notas sobre la falsedad en la era Trump*, Galaxia Gutenberg, España.
- MOLINERO, C. (2005). *La captación de las masas. Política social y propaganda en el régimen franquista*, Cátedra, Madrid.
- MASALHA, N. (2005). *Políticas de la Negación: Israel y los refugiados palestinos*, Bellaterra, Barcelona.
- NAVARRO, V. y TORRES, J. (2013). *Lo que debes saber para que no te roben la pensión*, Espasa Calpe, España.
- SADIN, É. (2020). *La inteligencia artificial o el desafío del siglo. Anatomía de un antihumanismo radical*, Caja Negra Editora.
- TARÍN, S. (2006). *Viaje por las mentiras de la Historia Universal*, Belacqua, Barcelona.

Capítulo 3

Desinformación y COVID-19.

La transformación del ecosistema informativo

RAÚL MAGALLÓN ROSA

Profesor del Departamento de Comunicación de la Universidad Carlos III de Madrid. Doctor “Europeus” en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid

Del mismo modo que hablamos de distintas fases de desescalada o diferentes olas de contagios debemos considerar que el fenómeno de la desinformación no ha sido homogéneo ni uniforme (Nielsen et al, 2020).

Los ritmos de desinformación en torno a la pandemia de COVID-19 se han visto afectados por cuestiones emocionales, políticas, científicas y también sociales (Brennen et al, 2020). La última fase de este periodo de posverdad, hechos alternativos, sesgos cognitivos y cámaras de eco ha sido la aparecida a partir del desarrollo de las diferentes vacunas contra la COVID-19.

Desde un punto de vista periodístico hay tres consideraciones que deberíamos tener en consideración:

- a. El periodismo no está en crisis, lo que está en cuestión es su papel de intermediación en la esfera pública.
- b. *Necesitamos poner en valor el buen periodismo, limitar los vectores de desinformación –también los periodísticos– y ser más críticos con aquellas voces políticas y mediáticas que dicen representar nuestro sistema de creencias pero que no tienen ningún problema en distorsionarlo para que sigamos mostrándoles un apoyo incondicional.*
- c. Que nuestros conocidos, amigos y familiares sean una fuente de confianza no significa que sean una fuente fiable.

Con estas premisas, debemos y podemos reflexionar sobre cómo está cambiando el ecosistema informativo con la pandemia y plantearnos una serie de cuestiones:

1. Mediáticamente hablando, ¿De dónde veníamos? ¿Podemos hablar de actualización o de reseteo del sistema informativo?
2. ¿Qué reflexiones nos ha traído la pandemia desde un punto de vista periodístico?
3. ¿Qué papel han jugado el miedo y la incertidumbre?
4. ¿Cómo explicar hoy la geopolítica y la economía sin la desinformación?
5. ¿Qué papel tienen las empresas tecnológicas?
6. ¿Qué papel tuvieron los verificadores en la mitigación de la desinformación?
7. ¿Cómo respondemos a este escenario de desinformación?
8. ¿Cómo trabajar la alfabetización mediática?
9. ¿Qué papel tuvieron y tienen los medios de comunicación? ¿Cómo afectará la situación económica?
10. ¿Regular los contenidos o regular la forma en la que se presentan los contenidos?

1. ¿DE DÓNDE VENIMOS MEDIÁTICAMENTE HABLANDO? ¿PODEMOS HABLAR DE ACTUALIZACIÓN O DE RESETEO DEL SISTEMA INFORMATIVO?

Vivimos un momento de normalización de todos los procesos de desinformación en la esfera pública. No asistimos sólo a un fenómeno que afecta a la desinformación de carácter político sino, y quizá sea más importante, a los bulos relacionados con la inmigración o la ciencia (Molina-Cañabate y Magallón-Rosa, 2020).

Antes de hablar de cómo informarnos bien, tenemos que crear y pensar las herramientas necesarias para no sentirnos desinformados (Nsoesie y Oladeji, 2020).

Estas herramientas pasan por la alfabetización, la transparencia de las empresas tecnológicas, la regulación de determinación vecto-

res de desinformación y un periodismo que no sólo se aleje del clicbait sino también de las declaraciones sin contrastar de los actores políticos.

2. ¿QUÉ REFLEXIONES NOS HA TRAÍDO LA PANDEMIA DESDE UN PUNTO DE VISTA PERIODÍSTICO?

La normalización de los procesos de desinformación, el miedo como impulsor de *sobredosis informativas*, el cansancio y la fatiga como mecanismo generador de autoprotección informativa o la polarización como herramienta estratégica de distorsión de la realidad se plantean como las problemáticas más evidentes (Sánchez-Duarte y Magallón-Rosa, 2020b).

Desde el punto de vista de la desinformación, en la actualidad cualquier cuestión de debate en el ámbito de la vida pública, cualquier cuestión política, implica más una batalla por su distorsión que el intento de comprensión.

El debate ahora está en ver qué papel tienen los medios de comunicación a la hora de polarizar, ejercer de cámaras de resonancia de los partidos políticos o contribuir a escenarios de incertidumbre a través de la información descontextualizada.

3. ¿QUÉ PAPEL HAN JUGADO EL MIEDO Y LA INCERTIDUMBRE?

La pandemia no sólo rompió nuestro relato sobre el futuro sino que, y quizá sea más importante, con el presente. Dejamos de controlar nuestro tiempo y con ello nuestras propias debilidades (Magallón-Rosa, 2020).

La desinformación triunfa porque apela a los sentimientos, y el principal sentimiento que hemos tenido durante estos meses ha sido miedo. Era una sensación compartida, no sabíamos que ocurriría, ni siquiera sabíamos qué desconocíamos, y habíamos perdido el control de nuestras vidas, lo que acrecentaba nuestra idea de incertidumbre.

Paralelamente, hemos visto como el miedo al otro también se puede presentar como respuesta a la falta de control de nuestros miedos. Y en este sentido, la (in)migración se presenta como una herramienta de propaganda y desinformación que muchas veces circula por debajo del radar de los medios de comunicación pero que acaba afectando a las cuestiones de relevancia que la ciudadanía considera que deben formar parte de la agenda pública y también a cómo los ciudadanos reinterpretan los mensajes sobre esta cuestión procedentes de los propios medios de comunicación.

4. ¿CÓMO EXPLICAR HOY LA GEOPOLÍTICA Y LA ECONOMÍA SIN LA DESINFORMACIÓN?

Si la realidad se detuvo cuando empezamos a comprender la importancia de la pandemia, la resaca del *tsunami de desinformación* nos permitió captar una visión panorámica de sus procesos, de sus formas de distribución y circulación, pero también de sus motivaciones y las primeras consecuencias.

Entramos en una nueva fase en la que los países con déficits democráticos evidentes pueden encontrar nuevas estrategias de influencia internacional a través de la desinformación (Nimmo et al., 2020).

5. ¿QUÉ PAPEL TIENEN LAS EMPRESAS TECNOLÓGICAS?

El componente económico, pero también el geopolítico, han redefinido el papel de las empresas tecnológicas (Botero-Marino-2020).

La pandemia nos dejó tres principales ideas sobre éstas: cada vez tienen un papel más importante desde un punto de vista político (Bugajski, 2020), cada vez hay más actores que las ven como un instrumento para lograr determinados fines y, por último, su capacidad para resolver sus propios problemas es mucho más limitada de lo que inicialmente podríamos pensar.

6. ¿QUÉ PAPEL TUVIERON LOS VERIFICADORES EN SU MITIGACIÓN?

Para responder a esta pregunta debemos previamente formular otras: ¿Cómo nos hubiera afectado localmente la *infodemia* si los *fact-checkers* no se hubieran unido a nivel mundial para verificar más de 9000 informaciones y contenidos falsos o engañosos? ¿Qué hubiera pasado sin ese trabajo de verificación de contenidos, mensajes engañosos y píldoras ideológicas que circulan *por debajo del radar* de los medios de comunicación?

Probablemente, el trabajo más importante que realizan en este momento los verificadores es el de limitar la desinformación que circula debajo del radar y de la agenda de los medios de comunicación, el de la verificación de contenidos que se comparten en las redes sociales y los sistemas de mensajería (Sánchez-Duarte y Magallón-Rosa, 2020a).

7. ¿CÓMO RESPONDEMOS A ESTE ESCENARIO DE DESINFORMACIÓN?

George Lakoff, hablará del sándwich de la verdad, señalando que “hay que comenzar con la verdad. El primer *frame* o marco mental obtiene ventaja. Hay que indicar la mentira. Evitar amplificar la mentira si es posible. Regresar a la verdad. Siempre repetir las verdades más que las mentiras”.

Daniel Funke (2020) señala dos elementos fundamentales: evitar repetir información errónea (diga lo que es verdad) y concentrarse en los hechos, no en los valores.

La batalla contra la desinformación no sólo está en detener su viralización o *hacer más sexy la verdad*, también está en la capacidad para generar de forma rápida dudas en la ciudadanía que hagan que ésta decida no compartir una información no contrastada.

8. ¿CÓMO TRABAJAR LA ALFABETIZACIÓN MEDIÁTICA?

El trabajo de alfabetización mediática y digital no ha hecho sino comenzar. Tenemos que saber qué podemos hacer en nuestro día a día para establecer una especie de barrera, de filtro. En caso de duda, no

compartas. En caso de duda pregunta. Por un lado, tenemos los números de Whatsapp de los *fact-checkers* para preguntarles sobre los mensajes que nos llegan, pero también podemos utilizar las propias creando listas de periodistas especializados en una temática y preguntando a los que trabajan sobre el terreno si el asunto es una cuestión más local.

Necesitamos umbrales de racionalidad y consenso en torno a la realidad para poder sentir que estar mejor informados tiene consecuencias positivas a nivel individual y social para nosotros.

9. ¿QUÉ PAPEL TUVIERON Y TIENEN LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN? ¿CÓMO AFECTARÁ LA SITUACIÓN ECONÓMICA?

Los medios de comunicación tuvieron que averiguar qué preguntas se hacían los lectores sobre la COVID-19 y llenar esas zonas de penumbra con datos y periodismo de servicio.

Muchas de las consecuencias del escenario actual deben ser explicadas a partir de 2008, cuando se normalizaron los EREs y cierres de medios, sobre todo en los medios locales y regionales.

La prensa local cumple una función de anclaje dentro de la comunidad. Si no podemos acceder a esas fuentes cercanas porque simplemente no existen, solo nos quedan las redes sociales y los medios nacionales, cuya función está mucho más orientada a polarizar y dividir todo en bloques estancos.

Por otra parte, habrá que ver si la buena noticia de los primeros meses de pandemia de que subieran las suscripciones a los medios digitales no se convierte en una *brecha informativa* entre quienes pueden permitirse ese acceso y los que no. Sobre todo desde el punto de vista de la propaganda política.

10. ¿REGULAR LOS CONTENIDOS O REGULAR LA FORMA EN LA QUE SE PRESENTAN LOS CONTENIDOS?

No es un debate sobre los contenidos sino sobre la forma en la que se presentan esos contenidos lo que puede encontrar más puntos de

acuerdo y consenso. En este sentido, la regulación de la desinformación se puede plantear desde –al menos– dos perspectivas:

1. La necesidad de legislar la forma en la que se presentan los contenidos como un mecanismo de transparencia y de defensa de nuestros derechos como consumidores y ciudadanos –evitando así la tentación de confundir forma con contenido–.
2. La posibilidad de regular vectores de desinformación a través de la actualización, inclusión y mejora de leyes existentes que han podido quedar obsoletas para describir y desarrollar el nuevo mundo digital.

El etiquetado de informaciones satíricas, una clara diferenciación de los contenidos patrocinados, mayor transparencia sobre aquellas webs que se definen como medios de información, conocer a qué grupo empresarial y qué otras webs forman parte del mismo conglomerado mediático –entre otras cuestiones por el trasvase de datos entre webs del mismo grupo y su uso en las llamadas *granjas de contenidos*–, o un reparto transparente de la publicidad institucional son mecanismos de adquisición de competencias como consumidores de información pero también de alfabetización de nuestros derechos como ciudadanos.

Puede que la intensidad que vimos en las primeras semanas de pandemia en cuanto a la desinformación no se vuelva a repetir, pero puede ser aún más peligroso que la normalicemos, aceptemos en nuestro relato cotidiano y dejemos de implementar soluciones a corto, medio y largo plazo. Todas ellas tienen que tener dos objetivos comunes: proteger la libertad de expresión e información y conseguir una esfera pública mucho más rica en matices pero también en el reconocimiento del otro.

BIBLIOGRAFÍA

- BOTERO-MARINO, C. et alt. (2020). *We Are a New Board Overseeing Facebook. Here's What We'll Decide*. The New York Times. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2020/05/06/opinion/facebook-oversight-board.html>
- BRENNEN, J. et alt. (2020). *Types, Sources, and Claims of COVID-19 Misinformation*. Reuters Institute for the Study of Journalism. Disponible

- en: <https://reutersinstitute.politics.ox.ac.uk/types-sources-and-claims-covid-19-misinformation>
- BUGAJSKI, J. (2020). *This is how Russia and China will exploit US elections*. TheHill. Disponible en: <https://thehill.com/opinion/national-security/495907-this-is-how-russia-and-china-will-exploit-us-elections>
- FUNKE, D. (2020). *PolitiFact: How to fact-check your friends and family on the coronavirus*. Tampa Bay Times. Disponible en: <https://www.tampabay.com/news/health/2020/05/25/politifact-how-to-fact-check-your-friends-and-family-on-the-coronavirus/>
- MAGALLÓN-ROSA, R. (2020). *Desinformación y pandemia. La nueva realidad*. Ediciones Pirámide, Madrid.
- MOLINA-CAÑABATE, J.P. y MAGALLÓN-ROSA, R. (2020). *Desinformación y periodismo científico. El caso de Maldita Ciencia*. Revista Mediterránea de Comunicación/ Mediterranean Journal of Communication, 11(2), Disponible en: <https://www.doi.org/10.14198/MEDCOM2020.11.2.4>
- NIELSEN, R. K. et al. (2020). *Navigating the 'infodemic': how people in six countries access and rate news and information about coronavirus*. Reuters Institute. Disponible en: <https://reutersinstitute.politics.ox.ac.uk/infodemic-how-people-six-countries-access-and-rate-news-and-information-about-coronavirus>
- NIMMO, B. et al. (2020). *Secondary infection report*. Graphika. Disponible en: <https://secondaryinfektion.org/downloads/secondary-infektion-report.pdf>
- NSOESIE, E. O. y OLADEJI, O. (2020). *Identifying patterns to prevent the spread of misinformation during epidemics*. Harvard Kennedy School Misinformation Review, 1(3). Disponible en: <https://doi.org/10.37016/mr-2020-014>
- SÁNCHEZ-DUARTE, J.M. y MAGALLÓN-ROSA, R. (2020a). *Infodemia y COVID-19. Evolución y viralización de informaciones falsas en España*. Revista Española de Comunicación en Salud. Suplemento 1. Disponible en: <https://e-revistas.uc3m.es/index.php/RECS/article/view/5417/3923>
- SÁNCHEZ-DUARTE, J.M. y MAGALLÓN-ROSA, R. (2020b). *Aprendizajes de pandemia: desinformación y COVID-19*. Telos, septiembre 2020. <https://telos.fundaciontelefonica.com/aprendizajes-de-pandemia-desinformacion-y-covid-19/>

Capítulo 4

Desinformación que mata. La crisis COVID-19

ÁNGEL BADILLO

Investigador Principal, Real Instituto Elcano

Como ya se ha mencionado en anteriores capítulos de este libro, desde hace unos años estamos sufriendo el fenómeno de la desinformación. Sin embargo, ahora esta ocurre en un contexto de pandemia global en el que estamos viviendo una dimensión de la desinformación que es particularmente cruda, porque las consecuencias no son las clásicas que podíamos atribuir a estos procesos sociales en términos de descrédito o de pérdida de legitimidad de los actores afectados, sino que se trata de consecuencias que afectan directamente a la salud de los ciudadanos, como se está viendo y se verá con el proceso de las vacunas y la desinformación en torno a ellas.

Raúl Magallón, en el capítulo 3 de este libro, ha hecho referencia a la mala gestión de los términos y de los orígenes de los procesos históricos de desinformación. Y es que, como ya se apuntaba hace un par de años en algún texto¹, se ha producido una hiperinflación de la utilización de términos como “posverdad”, “informaciones falsas” (*fake news*), “desinformación”, o incluso “propaganda”. Aunque a veces parecen intercambiables, indudablemente reflejan cuestiones distintas. La “posverdad”, por ejemplo, (o *post-truth* en inglés) es la distorsión deliberada de una realidad, que manipula creencias y emociones con el fin de influir en la opinión pública y en actitudes sociales². En cuanto a la mencionada hiperinflación en el uso de estos

¹ Disponible en http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano_es/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/lengua+y+cultura/dt8-2019-badillo-sociedad-de-desinformacion-propaganda-fake-news-y-nueva-geopolitica-de-informacion

² DEL, nueva entrada, 2017.

términos, destaco aquí una investigación del Real Instituto Elcano que comprobó cómo se había incrementado este fenómeno en torno a las *fake news* y la desinformación a partir de la presidencia de Donald Trump³.

Pero volviendo a la desinformación, es este un proceso que caracteriza sobre todo los contextos de gran enfrentamiento bélico, como ya menciona la Profesora Lina Gálvez en el capítulo 2. Así destaca la enorme desinformación que se produjo durante la Primera Guerra Mundial y aún más durante la Segunda Guerra Mundial, con un uso muy intensivo del cine o la radio, soporte este último ampliamente utilizado también durante la Guerra Civil Española. Más tarde se empleó la táctica de la desinformación durante el periodo de la Guerra Fría en el que este fenómeno se convierte en una de las principales razones de ser del KGB, los servicios de inteligencia soviéticos. Destaca en este caso el año 1968, con la llegada de Yuri Andropov al KGB, como uno de los momentos clave a partir del cual se produce una aceleración más fuerte de la desinformación como estrategia constante de la Unión Soviética. Naturalmente, existen referencias a procesos desinformativos anteriores a esta fecha. Por ejemplo, en el caso español, el *corpus* de la Real Academia recoge apariciones de este término a partir de los años cuarenta.

Ante esta evidencia, cabe preguntarse qué está pasando. Dado que no vivimos una guerra mundial, ¿estamos experimentando entonces un momento de Guerra Fría? ¿O es una polarización global –acelerada seguramente durante la Presidencia de Trump en Estados Unidos– la que explica el actual contexto de desinformación? Y, en todo caso, ¿cuáles son las condiciones que explicarían una aceleración de la desinformación en este momento en el contexto internacional?

Primero, la importancia de la esfera pública y en particular, de la opinión pública en todo el mundo. Este es un factor que cobra importancia las últimas décadas. Segundo, la importancia de la comunicación, aun con la pérdida de importancia de los medios de comunicación tradicionales. Y, tercero, el descubrimiento por parte de

³ Disponible en: http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano_es/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/lengua+y+cultura/comentario-badillomatos-we-the-media-polarizacion-politica-medios-eeuu

los estados de todo el mundo del papel clave que puede tener lo que en relaciones internacionales se denomina como *soft power*, una diplomacia pública o de formas de poder suave.

Si analizamos el primero de esos factores, vemos que tiene que ver con el ascenso de la democracia como forma de gobierno en todo el mundo. Cada vez hay más países democráticos y, de hecho, se puede comprobar la evolución del fenómeno observando la diferencia que había entre los países democráticos, autocráticos o modelos mixtos en el año 1977 y la registrada en el año 2017. El ascenso del modelo de democracia, evidentemente muy diverso y con desarrollos cualitativos distintos, resulta en que más de la mitad de los países del mundo son democráticos en el año 2017, según el trabajo del *Center for Systemic Peace*⁴.

¿Qué significa esto? Pues que en una democracia la opinión pública importa mucho. Por un lado, porque es la opinión pública la responsable no sólo de poner gobiernos, sino también de quitarlos. Por lo tanto, influir en la opinión pública es un elemento central de cualquier proceso social de poder que, en última instancia, es el poder electoral. Este es el poder que tiene la opinión pública, adquirido mediante un proceso de lucha, con mucho esfuerzo, hasta conseguir la extensión del sufragio universal en la mayor parte de los países en la segunda mitad del siglo XX (si bien algunos lo lograron en los años 20 y 30 del siglo pasado). Por otro lado, la opinión pública conforma el espacio público para la difusión de ideas. Entender la forma en que concebimos el papel de la esfera pública en la construcción de las democracias, en la construcción del pensamiento de la modernidad y en la construcción de los estados nación es muy importante. Pero este espacio también ha cambiado mucho desde el final del siglo XIX hasta nuestros días.

Es evidente que este espacio público se construye con herramientas y de manera distinta hoy respecto a mediados del siglo XX cuando se implantaron los grandes medios de masas. Es entonces cuando se extiende el sufragio universal y cuando la prensa, la radio y la televisión se perfilan como los principales mediadores del espacio público. Con el paso del tiempo y el incremento de actores y medios de co-

⁴ Disponible en: <http://www.systemicpeace.org/polityproject.html>

municación, el sistema nacional de medios se complejiza y aumenta su influencia puesto que construye el espacio público y contribuye a formar la opinión pública (que, aunque no es lo mismo que la opinión publicada, sí es una parte muy importante de la misma). Es a consecuencia de los procesos de alfabetización y extensión de la educación universal y obligatoria que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, cuando empiezan a constituirse los públicos masivos. La aparición en paralelo de las tecnologías audiovisuales, primero la radio y luego la televisión explica este fenómeno. Así, la información que antes había circulado sólo por escrito en los centros urbanos y entre públicos alfabetizados comienza a circular ya entre todos los públicos. Pues, al fin y al cabo, todos son los públicos llamados a elegir a sus gobiernos y representantes políticos.

Hacia el final del siglo XX y el principio del siglo XXI, hemos sido testigos de dos procesos de cambio muy importantes que definen el tiempo en el que estamos desde el punto de vista del espacio público. El primero es la mundialización. La circulación de la información que tenía lugar en el espacio público de la modernidad y de la sociedad de masas se ha multiplicado con la circulación mundial de la información. Evidentemente ya existía una cierta circulación mundial de la información desde la emergencia de las tecnologías eléctricas y la aparición del telégrafo en la segunda mitad del XIX. Sin embargo, esta no tiene parangón con la aceleración que se produce con el establecimiento de los satélites o los cables transoceánicos que no solo incrementan de manera exponencial la circulación mundial de la información, sino que además propician la aparición de actores dentro del sistema de medios que ya no son nacionales. No me refiero aquí sólo a las grandes agencias de información como Reuters, AP o EFE, sino también a verdaderos medios con públicos globales. Tengámoslo claro: existen públicos globales porque existen medios globales y, por supuesto, existen medios globales porque hay públicos globales que los demandan. Y esto tiene lugar con un cambio a veces poco mencionado en la era de Internet: la eclosión de los satélites de difusión directa a partir de los años 70 y 80 del siglo pasado. A partir de esos años la mediación en el espacio público global ya es mayoritariamente de naturaleza audiovisual, el número de actores es enorme y, además, muchos de ellos trascienden las fronteras nacionales. Hablar del sistema de medios como el gran

y único vertebrador del estado-nación como hemos hecho hasta ese momento ya no es posible.

En esta última parte se produce el proceso globalizador de la esfera pública. ¿Cómo? A través de las redes digitales globales que resultan de esa suma de redes que llamamos Internet y que produce primero una deslocalización de la mediación (que se va a producir mayoritariamente a través de las redes) y, segundo, una transformación del rol de los públicos (que son al mismo tiempo públicos receptores y también públicos emisores). Este es un hecho incontestable que figura en la propia esencia del diseño de la *world wide web* que hace Tim Berners-Lee en el Centro Europeo de Aceleración de Partículas (CERN) en los años 90. Con la eclosión de las redes sociales a finales de la primera década del siglo XXI (y, sobre todo, en esta década 2010-2020) se termina de fraguar la interconexión de los públicos globales. Y es que globalización y fragmentación son características propias de la esfera global hoy día, fundamentales para entender la dinámica actual de información. En definitiva, la fragmentación global que se produce en la esfera pública a través de la multiplicación de los soportes de los sistemas de mediación de la información es el primer factor que explica la desinformación actual.

El segundo factor sobre el que quiero detenerme son los cambios en la mediación. Hasta hace poco, eran los medios de comunicación los grandes mediadores de la información circulante en la esfera pública para el estado-nación. El número de dichos medios era escaso, no solo por razones tecnológicas, sino sobre todo por condiciones legales y económicas. Estos medios eran nacionales por lo que hace 40 ó 50 años, cualquier ciudadano de cualquier país sólo podía acceder a la información que le proporcionaban los medios dentro de su propio estado-nación y, por lo tanto, en ese sentido, estaban absolutamente vinculados, imbricados, a un sentido de la responsabilidad en la construcción de los estados-nación en los que aún vivimos, y en la consolidación de ese modelo con sufragio universal del mundo post-Westfaliano.

El escenario comienza a cambiar al final de los de del siglo XX, cuando los medios empiezan a dejar de ser los mediadores únicos a medida que se incorporan otras formas de mediación que, además, se caracterizan por ser globales. Y este contexto de globalización, de mun-

dialización de la circulación mundial de la comunicación y de la cultura, produce un nuevo sistema. En este nuevo sistema-mundo, los medios son innumerables, tanto por los procesos de desregulación (dentro y fuera de los estados-nación) como por la presión que supone el cambio tecnológico (la digitalización) cuyo abaratamiento de los costes simplifica la creación de medios de comunicación. Los medios ya no son los únicos mediadores, aunque siguen siendo los mediadores dominantes. Ya no son medios nacionales únicamente, sino que comparten espacio con “medios globales” y con sus correspondientes condiciones geopolíticas. Es decir, en estas últimas dos décadas se produce una transformación en la que los medios pasan a compartir la “función mediadora”.

Este término, recordando a Martín Barbero, es fundamental: los llamamos medios porque son mediadores, porque su función es la de mediar, la de ser los intermediarios de la circulación pública de información, pero ya no son los únicos. Ahora todos somos emisores con nuestra cuenta de Twitter, con nuestro blog, con nuestro canal de YouTube, con nuestro TikTok, con nuestro Twitch, o con otras herramientas. Todos somos también receptores en la medida en la que el abaratamiento y la difusión prácticamente mundial del acceso a estas redes, tanto de las tecnologías como de la accesibilidad a la propia red, nos pone a todos prácticamente en ese rol. En estas circunstancias, los medios cambian su rol. Primero, porque nos encontramos en un contexto de una fortísima erosión de los medios de comunicación tanto por motivos externos (intereses que han querido desacreditarlos), como internos (la gestión económica en un contexto de fuerte transformación de los mercados). Segundo porque, en relación con los factores internos, hay que destacar el escaso sentido de la responsabilidad que en algunos casos algunos medios han demostrado tener. Ese poder social fue definido hace varias décadas por James Curran como un “inmenso poder con ninguna responsabilidad”. El resultado de todo ello ha sido la pérdida de confianza y legitimidad que enmarca nuestro proceso de desinformación actual. Y aun con todo, esta realidad no es nueva. La idea de que los medios representan los intereses de la élite, o cuyo interés se centra en el control social, ya estaba en la cultural popular de los años 70 como rapeaba Gill Scott-Heron en 1970: “la revolución no saldrá en la tele”. Y es que los medios de comunicación no son herramientas de transformación social; al contrario, son herramientas de reproducción social.

Por otra parte, hay que abordar la cuestión de la polarización del debate político, asumida de manera muy natural por los medios (y tenemos trabajos muy interesantes al respecto en los últimos años⁵), que han acabado viéndose sometidos al fenómeno incluso en países que no estaban para nada acostumbrados a ello. El caso de los Estados Unidos es uno de los más recientes, pero no es el único. En el caso de países que ya teníamos sistemas políticos y mediáticos polarizados, como pueden ser los del sur de Europa, hemos visto cómo claramente los medios reproducen los clivajes del sistema político. Algo de esto hay en una mención que hizo Pepa Bueno en su ponencia magistral a la demanda que los espectadores, clientes o públicos de los medios hacen de una determinada lectura, con una cierta idea de militancia. Por cierto que esto puede recordar también al consumo de los medios y a los públicos de los medios en el principio del siglo XX.

Por último, no podemos finalizar este segundo apartado sobre los medios de comunicación sin analizar una última fractura muy importante: el modelo de negocio. Frente al modelo de los medios tradicionales tenemos el de la red y Google, el gran protagonista de las dos primeras décadas de la masificación de Internet que impone, además, un modelo basado en la (falsa) noción del “todo gratis”. En ese modelo el abaratamiento de los costes de funcionamiento hace que realmente los medios se encuentren atrapados en una situación muy complicada de la que es muy difícil salir: cómo seguir proporcionando información de calidad sin poder financiarla como se estaba financiando hasta este momento. Es decir, se produce un deterioro muy importante de los propios medios como instituciones económicas porque la inmensa mayoría de los medios de comunicación son de naturaleza privada.

Esta desconfianza en los medios de comunicación ha tenido muchas consecuencias. Desde afirmaciones que todos hemos oído como “son actores del sistema político y económico dominante”, “los medios no son fiables”, “son simplemente actores del bando que les corresponde” hasta una cierta “prescindibilidad”, puesto que “puedo

⁵ Disponible en: http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano_es/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/lengua+y+cultura/comentario-badillomatos-we-the-media-polarizacion-politica-medios-eeuu

ir directamente a las fuentes a través de las redes sociales”. Además, ha sido aprovechada sistemáticamente para desacreditar a los medios de comunicación. Reconocido es el caso de Donald Trump, que se ha convertido en uno de los grandes protagonistas de ese descrédito proclamando con frecuencia en sus mítines: “recordad que lo que estáis viendo y lo que estáis oyendo no está pasando”, es lo que dicen los medios, pero no es lo que ocurre. Estas son frases a las que estamos acostumbrados y que en los últimos años hemos visto, también, incluso en España. Por ejemplo, en la concentración de “negacionistas” de la pandemia de la COVID-19 en Colón en Madrid (como ejemplo de muchas otras concentraciones en los últimos años en nuestro país), hubo manifestantes que agredían o insultaban a los periodistas diciendo “ustedes no representan al público, representan a su parte, a sus intereses” o “periodistas terroristas”. El grito de “televisión manipulación” ha sido característico en los últimos años en manifestaciones o movilizaciones políticas.

En resumen, hay una pérdida de credibilidad del sistema mediático que es bastante evidente y también una de las causas del proceso de vaivén mediático que vivimos. Es verdad, no obstante, que esa pérdida de credibilidad no es igual en todas partes. En 2019 revisamos la situación de la percepción de la confianza en los medios de comunicación en relación con el grado de libertad del sistema de medios⁶. La conclusión es que se trata de dos variables con una distribución absolutamente regular. A mayor libertad en el sistema de medios, mejor evaluación del mismo en las clasificaciones de los organismos internacionales y mayor confianza de los ciudadanos en su sistema. Por lo tanto, cuidar de las condiciones de funcionamiento en términos de derechos y libertades en los sistemas de medios también es una garantía para que los ciudadanos confíen más en el sistema de medios que les presta ese servicio esencial para la democracia. España, en ese sentido, entre confianza y desconfianza del sistema de medios, está prácticamente clavada en la en la media europea.

⁶ Disponible en: http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/ri/elcano_es/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/lengua+y+cultura/dt8-2019-badillo-sociedad-de-desinformacion-propaganda-fake-news-y-nueva-geopolitica-de-informacion

Tras abordar los cambios en el espacio público y las razones de su globalizada fragmentación (primer factor), así como la evolución y transformación de los medios de comunicación como mediadores globales con un espacio compartido altamente competitivo, quisiera centrarme ahora en el tercer y último factor relevante para el contexto de desinformación que nos ocupa: la mayor conciencia y una mayor noción de la importancia de las acciones en la esfera pública con acciones de influencia. Dicho de otro modo, el *soft power* o “poder blando” de Joseph Nye⁷. La idea de que influir, no persuadir, por los mecanismos que sea (pero no de fuerza o “duros”), es tremendamente rentable para los países que lo practican. Nye afirma que tanto puedes influir desplegando una diplomacia cultural, científica o deportiva, como mediante el uso de sistemas de medios de alcance global o redes sociales (herramientas informacionales) que difunden información acorde a tus intereses.

Este nuevo contexto desinformativo se basa, por tanto, en tres ejes: (1) cambios en el espacio público, (2) cambios en la mediación y (3) cambios derivados de los nuevos actores globales interesados en influir en la esfera pública mediante *soft power* que, por cierto, es mucho más económico (decimos, a veces, en tono de broma que es más barata una campaña de comunicación que un portaaviones). El espacio público se ha fragmentado, se ha globalizado, ha cambiado la mediación, los medios de comunicación tienen ahora otros competidores, hay otras formas de circulación de la información que hacen el *bypass* a los medios de comunicación tradicionales y hay cada vez más actores en la esfera internacional interesados en transmitir mensajes acordes con sus intereses y éticas. Entonces, ¿cómo se produce la desinformación para la guerra híbrida?

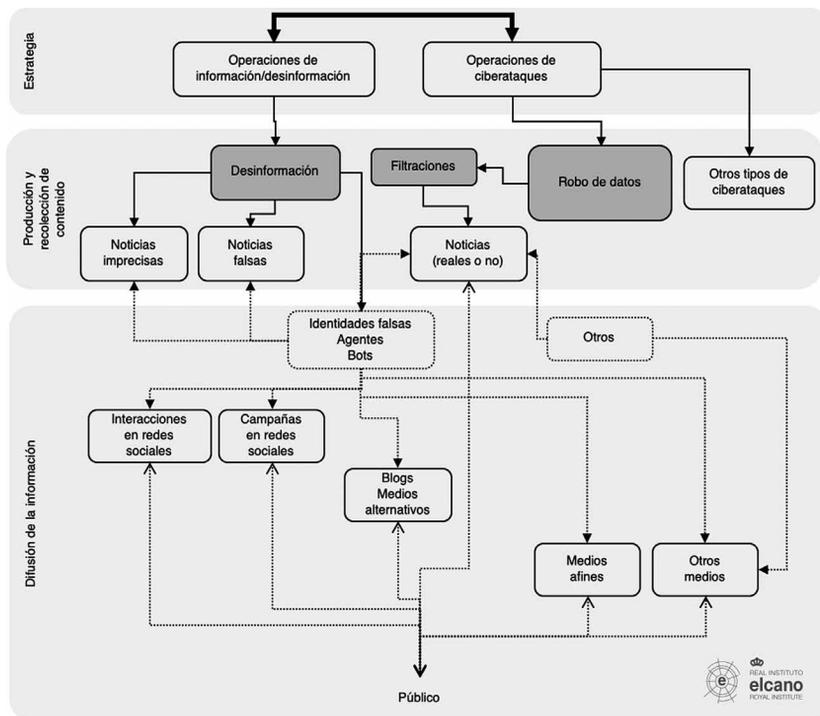
Hablamos de desinformación porque hay una intención, como lo establece el diccionario francés: existe el propósito de transmitir una noticia falsa como cierta aun conociendo la falsedad de la misma. Es decir, la desinformación tiene que parecer informacional. No es propaganda, debe tener una presentación formal con apariencia de verdad. Se presenta con la intención de engañar al interlocutor, haciendo que crea que una noticia falsa es cierta. Para estudiar este fenómeno,

⁷ Nye, Joseph: *Soft Power: The Means To Success In World Politics*, 2004.

en el Real Instituto Elcano diseñamos un modelo de análisis⁸ con el que trabajamos partiendo de la base de que, en primer lugar, como ha venido ocurriendo ya durante bastante tiempo, hay un nivel de guerra híbrida o de amenaza híbrida que combina las herramientas cibernéticas, los ciberataques, con las operaciones de información y desinformación. Esto genera una sinergia o simbiosis entre ellas de manera permanente cuya comprensión debe sumarse a la de los procesos en sí mismos; diferentes, pero frecuentemente combinados en todos los fines que persiguen. En segundo lugar, estudiamos todo tipo de herramientas de desinformación: publicaciones de noticias falsas o imprecisas, filtraciones, robos de datos con la intención de difundir informaciones que nunca sabes si son ciertas o no (porque como la fuente está robada, nunca puedes contrastarla con nada), etc. Y finalmente, en el último extremo de esta red, situamos las identidades falsas de agencias reales y medios reales destinados a difundir estas grandes cantidades de desinformación (algo que se explica con más profundidad en otros capítulos de este libro).

Y termino mi ponencia añadiendo unas breves reflexiones. La primera tiene que ver con la manera en la que las condiciones de desarrollo de la pandemia global han contribuido a producir un auge de estos procesos de desinformación. Es cierto que preexistían y que ya habíamos visto lo que estaba ocurriendo, fundamentalmente en la utilización muy sistemática por parte de Rusia de herramientas de desinformación hacia la Unión Europea (también en el caso de Ucrania o de ciertos países bálticos). Por lo tanto, no se ha producido ningún cambio en este sentido, aunque sí hay unos factores que evidentemente lo aceleran. Me refiero naturalmente a la situación de crisis sanitaria global y a la búsqueda intensiva de información a la que apuntan todos los indicadores (este año vamos batido todos los récords de audiencia de televisión, de radio, de lectura, de prensa electrónica, de acceso y de tiempo de consumo en internet). Por lo tanto, producir información para toda esa demanda, sobre todo en los primeros meses, ha sido enormemente rentable.

⁸ Disponible en: http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano_es/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/lengua+y+cultura/dt8-2019-badillo-sociedad-de-desinformacion-propaganda-fake-news-y-nueva-geopolitica-de-informacion



Fuente: Real Instituto Elcano⁹

En segundo lugar, hay un contexto generalizado de desconfianza en el sistema político y de polarización ideológica donde también es relativamente sencillo promover determinados tipos de mensaje. Y, como decía antes, la desconfianza en los medios de comunicación tradicionales junto con el auge de las nuevas formas de uso de las redes sociales permite, por ejemplo, la difusión personalizada o el *micro targeting* (recordemos el caso de Cambridge Analytica). Todo ello se ha traducido en una utilización despiadada de las redes sociales como herramientas para enviar información falsa a ciertos grupos de lecto-

⁹ Disponible en: http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano_es/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/lengua+y+cultura/dt8-2019-badillo-sociedad-de-desinformacion-propaganda-fake-news-y-nueva-geopolitica-de-informacion

res y reorientar así puntos clave para la opinión pública. Los ejemplos del referéndum del Brexit o las elecciones en Estados Unidos en 2016 y 2020 nos han mostrado la enorme eficiencia de las herramientas desinformativas.

¿Qué podemos hacer? Termino aportando cinco breves sugerencias sobre las líneas de actuación.

- a) A nivel geopolítico, esto no es un problema que se puede resolver de manera nacional. No es un tema contra el que pueda luchar un solo país y nos alegran las iniciativas que ha ido tomando la Unión Europea en este sentido en los últimos años. Es imprescindible pensar en desinformación, política y acción pública contra la desinformación en términos de coordinación y de acción multilateral.
- b) En segundo lugar, a nivel político, hay que garantizar que el combate a la desinformación no deteriore las garantías, libertades y derechos de nuestras democracias. Se trata de un punto muy importante que quiero subrayar porque hay un riesgo implícito en la lucha contra la desinformación que justifica determinados retrocesos en la forma en la que hemos gestionado en las últimas décadas los derechos y libertades en materia de libertad de expresión que es la espina medular de nuestra democracia. Por lo tanto, es muy peligroso y habrá que prestar mucha atención a cómo conseguimos desarrollar herramientas que, combatiendo la desinformación, no combatan la libertad de expresión.
- c) En tercer lugar, a nivel administrativo, una de las piezas clave es el aumento de la transparencia. Cuanta más transparencia en la relación entre Estado y ciudadanos, menos posibilidades de desinformar. Si cualquier ciudadano puede de una manera directa, sencilla y automática, comprobar cualquier dato ¿por qué va a creer una mentira o una noticia falsa que viene de cualquier fuente, cuando puede contrastarla él mismo?
- d) En cuarto lugar, una propuesta social. Es necesario una educación más intensiva de los ciudadanos acerca de los rasgos del nuevo ecosistema informativo. Yo quiero señalar aquí que los mejores agentes contra la desinformación no son los periodistas, no somos los investigadores, no son los políticos:

son los propios ciudadanos. Y, por lo tanto, es fundamental implicarlos, formarles en esta cuestión, hacerles conscientes de este proceso para que sean ellos los que detengan y los que detecten los procesos de desinformación.

- e) Y, por último, transversalidad. Una de las cosas que nos está preocupando en los últimos tiempos y que yo creo que todavía no ha emergido demasiado a la opinión pública, pero que está ahí, es la desinformación contra las grandes empresas. A medida que los estados están empezando a tomar conciencia, están comenzado a protegerse y a diseñar herramientas, instrumentos, contra la desinformación. En el caso de las empresas, este proceso es más lento.

Necesitamos la colaboración de los estados, de los grandes operadores, del sistema de información, los medios, los portales, los buscadores, las redes sociales. El ejemplo de lo que está haciendo la Unión Europea es muy interesante y productivo y la sociedad civil para comprender y gestionar de la mejor manera posible el ecosistema informacional en el que estamos insertos.

BLOQUE II
LA UE ANTE LAS NOTICIAS
FALSAS

Capítulo 5

El periodismo, un invento europeo de búsqueda y publicación de la verdad

CARLOS ELÍAS

*Catedrático de Periodismo de la Universidad Carlos III de Madrid y catedrático europeo Jean Monnet
“EU, desinformación y fake news”*

De todas las manifestaciones humanas de la cultura, una es esencialmente europea y tiene que ver con una obsesión de los europeos –desde los filósofos presocráticos incluso–: la búsqueda de la verdad. Mientras que todos los pueblos de la Tierra han desarrollado su pintura, arquitectura, narrativas mitológicas, religiosas o literarias; sólo Europa reflexionó sobre la lógica y el método científico basado en el empirismo para llegar a la verdad. La duda socrática es algo muy europeo y que ha condicionado una forma de pensar revolucionaria: se prefiere el empirismo frente al misticismo. Europa también aplicó esas premisas a cómo contar lo que sucedía en el mundo y ese fue el germen del periodismo moderno. Todos los pueblos han tenido su Homero –narradores que confunden realidad con leyenda; pero solo en Europa floreció una historia de acontecimientos lógicos y razonados que propusieron Heródoto (484-425 a.C.) y, sobre todo, Tucídides (460-396 a.C.). Existe un abismo entre Homero (siglo VIII a.C.) y Tucídides. Este último recopila pruebas y datos empíricos para explicar acontecimientos históricos sin que sea necesaria la presencia de los dioses o fuerzas incontrolables que alimenten teorías conspiranoicas. En cierta forma, el periodismo es la historia del tiempo presente, teniendo como base el método de Tucídides: hechos y datos.

La ciencia y el periodismo –ambos inventos culturales europeos– tienen el mismo objetivo: buscar la verdad y hacerla pública. Ambas, además, necesitan de una capacidad que solo se estimula en las sociedades libres: la curiosidad.

Por ello, la Unión Europea y, en general, Europa, pues Gran Bretaña, aunque después del Brexit no pertenezca a la UE, es absolutamente cultura europea –no así Rusia, que tiene otras particularidades– está en teoría muy bien preparada para hacer frente a la epidemia de las *fake news*. Sus ciudadanos sólo necesitan aplicar la duda socrática, el método científico y, por extensión, el método de verificación de una noticia y una fuente a toda la información que les llega. Un entrenamiento que debe aprenderse en las escuelas: cómo acceder a la verdad en un ecosistema medioambiental digital muy contaminado donde no es fácil separar lo falso de lo cierto. El proceso mental es el mismo que les supuso a los griegos superar a Homero y llegar a Tucídides.

Europa necesita crearse sus fortalezas que, en mi opinión, no son tanto su cine, su literatura, su política o su economía; sino un sistema de pensamiento basado en la duda socrática, la lógica aristotélica, el empirismo de Francis Bacon y el método científico de Galileo. El cine, la literatura, la doctrina jurídica, la pintura, la música o la arquitectura han existido en todas las culturas, muchas de las cuales han superado con creces a los logros europeos. Pero ninguna ha producido conocimiento sobre química; y, por ello, la formulación química no se hace en chino, hindi o árabe, sino en el alfabeto latino. El agua es algo apreciado en todas las culturas, pero para estudiarla químicamente hay que definirla como H₂O. En todas las zonas del mundo se siente la gravedad, pero para medirla tiene que hacerse con una fórmula matemática establecida en Europa y con números y letras usadas en la Europa de la época de Newton.

Esa forma de entender el mundo basada en el método científico de la física, la química, la biología y con lenguajes matematizados es una aportación exclusiva de la cultura europea y constituye una gran fortaleza frente a las *fake news*: porque la forma de verificación de una noticia sigue el patrón del método científico ideado por el italiano Galileo. Las interpretaciones del mundo moderno son diversas y difieren según la herencia cultural de cada pueblo. Sin embargo, la visión a partir de las cuatro ecuaciones del británico Maxwell que explican los fenómenos electromagnéticos son mundiales, no simplemente culturales. Y la explicación de por qué se calienta la comida en un microondas o por qué funciona internet o la televisión no admite interpretaciones más allá de Maxwell; porque Maxwell, a partir de matemáticas y experimentos, llega a la verdad. Y la verdad, a pesar de que los sofistas

griegos dijeran no que existía, filósofos mejores que ellos como Platón o Aristóteles no solo afirmaron que sí existía; sino algo aún más importante: el ser humano puede llegar a ella. Esa es la gran contribución de Europa y de la que bebe la ciencia y el periodismo. Otra contribución relevante es que no basta sólo con buscar la verdad, sino que hay que publicarla. Los antiguos egipcios o los alquimistas medievales producían conocimiento, pero al no publicarlos y someterlos a debate, no generaban ciencia. La difusión de los datos, su reproducibilidad y la discusión abierta son esenciales en esta cultura de acceso a la verdad.

La cultura europea no es sino una reflexión, actualizada en cada época histórica, sobre la muerte de Sócrates. Los europeos aún no nos hemos sobrepuesto a una ejecución en el 399 a. C. en Atenas. Una sentencia de muerte dictada por un jurado de atenienses en un clima muy polarizado de opinión pública sobre el filósofo griego que despertaba odios y elogios a partes iguales. El delito de Sócrates –y por el que fue condenado– fue decir la verdad: en su caso por criticar la recién instaurada tiranía, que había acabado con la democracia ateniense, y por cuestionar la existencia de dogmas –lo cual incluía, obviamente, a la religión–.

Pero su delito no fue tanto su pensamiento, sino la publicidad de su pensamiento. Su juicio, las circunstancias de éste y la aceptación de su muerte sigue siendo una de las mayores inspiraciones no sólo para los periodistas y científicos europeos; sino, en general, de toda la ciudadanía. El cristianismo –otra aportación europea– no deja de ser una actualización menos sofisticada, pero con narrativa más apasionada, del juicio de Sócrates. Incluso el juicio de Galileo o el juicio público que tuvo que soportar Darwin o Alan Turing, solo son variantes de aquel primer juicio en Atenas que aún hoy ilumina la llama de la libertad de expresión, de búsqueda de la verdad y, sobre todo, de la publicación de ésta pese a que incomode al poder y a la opinión pública.

Sócrates fue condenado a muerte. Muchos periodistas también mueren en la actualidad. Grecia jamás condenó al comediógrafo Aristófanes (444 a.C-385 a.C.) porque su papel era el de entretener al pueblo y ponerlo en contra de la verdad (como en su obra *Las Nubes* que ridiculiza a Sócrates). La ficción pocas veces molesta al poderoso. La verdad y los datos sí. ¿Cuántos cineastas o guionistas mueren al año en el mundo como consecuencia de su trabajo? Y, sin embargo, ¿cuántos

periodistas? ¿Y cuántos en Europa que se supone que es uno de los mayores espacios de libertad? El último periodista europeo asesinado –en el momento de escribir este capítulo– como consecuencia de su trabajo fue Yorgos Karaivaz, en abril de 2021 y lo fue en el mismo sitio donde mataron a Sócrates: en Atenas. La presidenta de la Comisión Europea, Úrsula von der Leyen, declaró en un tweet del 9 de abril: “*Murdering a journalist is a despicable, cowardly act. Europe stands for freedom. And freedom of press may be the most sacred of all. Journalists must be able to work safely. My thoughts are with the family of George Karaivaz. I hope the criminals are soon brought to justice*”. El crimen de Karaivaz se añadía a los casos de la periodista maltesa Daphne Caruana Galizia, clave en la publicación de los *Papeles de Panamá* y que fue asesinada en 2017 en Malta mediante una bomba lapa en su coche; o Jan Kuciak asesinado en 2018 en Eslovaquia por investigar y publicar reportajes sobre fraude fiscal de varios empresarios y políticos. En 2010 dos encapuchados tirotearon a Socratis Giolias, un reportero griego especializado en periodismo de investigación. Desde la cátedra Jean Monnet “UE, Desinformación y Fake News” –financiada por el programa Erasmus+ de la Comisión Europea– nos preocupa esta desprotección de los periodistas europeos que no ocurre en otras profesiones. Obviamente, no queremos que estos episodios se repitan con otros profesionales, pero sí nos preguntamos por qué el periodismo es tan especial que muchos, incluso en Europa, son asesinados. Y otros son señalados como “enemigos del pueblo” por los políticos. Exactamente lo mismo que sucedió con Sócrates.

También nos preocupa que la población aprenda pautas para detectar las *fake news* que vienen desde el poder o desde fuentes interesadas en la manipulación. De ahí que la cátedra haga hincapié en el uso de la cultura científica, del análisis de datos y de búsqueda de fuentes solventes para luchar contra la desinformación. Jamás se trata de limitar derechos como el de la libertad de expresión; sólo basta con practicar una cultura de duda socrática cuando leamos algo, de valoración lógica y empírica de los acontecimientos y, sobre todo, de tener en cuenta que una de las características de la cultura europea ha sido que la razón y la racionalidad ganen a la emoción y la emotividad. Que el dato gane al relato.

Las emociones son primarias, ni siquiera son exclusivamente humanas pues la mayoría de los vertebrados superiores sienten emoción.

nes. Pero la racionalidad sí es tremendamente humana. También la creación de relatos, de historias. Pero la particularidad de la Europa moderna es su Ilustración y su Enciclopedia: donde el relato más aceptado empezó a ser el científico sobre el religioso; el empírico sobre el místico. El lógico sobre el irracional. La Enciclopedia cambió la mentalidad del mundo al dedicarle más espacio a un matemático que a un rey o un santo. Voltaire, que estaba en Londres cuando murió Newton y asistió a sus funerales, quedó maravillado de que en Inglaterra los funerales de un matemático fueran tan importantes como los de un rey.

Por eso la ciencia es algo intrínseco de la cultura europea. Y por eso los asiáticos o los árabes con caligrafías maravillosas deben aprender la latina; no para leer a Virgilio o a Voltaire, sino porque la formulación química se hace en el alfabeto latino: porque la ciencia química –como la física– es europea. Los alquimistas árabes Jabir ibn Hayyan e Ibn Zakariya al-Razi obtuvieron y mejoraron en la Edad Media el “aceite de vitriolo”; es decir, el ácido sulfúrico: una sustancia tan relevante en la economía que el índice de industrialización de un país puede medirse por la cantidad de ácido sulfúrico que genera y gasta. Pero ese “aceite de vitriolo” de poco sirvió al mundo hasta que el francés Lavoisier convirtió una disciplina esotérica y mística como la alquimia en una ciencia como la química que se basa en empirismo, medidas, datos y método. A partir de ahí el “aceite de vitriolo” fue el ácido sulfúrico y terminó formulándose como H_2SO_4 también en los países árabes que lo habían descubierto. Esta es la esencia de Europa, no tanto la literatura, la filosofía o la religión –que en zonas como las árabes o asiáticas son mucho más ricas y, a mi juicio, interesantes–; sino la ciencia: el empirismo frente a la mística; los datos frente al relato. Y de todo eso bebe el periodismo, que no es comunicación, pues comunicación es todo y es nada: desde los relatos orales ancestrales hasta las redes sociales y las *fake news*. La comunicación no tiene ética ni épica; el periodismo sí.

Esa forma de acercamiento a la verdad –el método científico– fue fundamental para que la cultura europea se tornara hegemónica y para que, reitero, pese a que en otras partes del planeta no se estudie a Virgilio, Shakespeare o Cervantes, sí que aprenden con detenimiento las leyes de Newton o de Boyle, los modelos atómicos elaborados por los europeos o los descubrimientos de Lavoisier, Galileo, Darwin

o Einstein. Esa forma de ver y analizar el mundo –la ciencia (que ha conseguido vacunas que funcionan) sobre el chamanismo– también se generalizó en la forma de contar el mundo –el periodismo frente a los relatos de ficción–. Y eso generó una profesión que existe en pocos países del mundo –aunque en casi todos los europeos–: el periodismo; es decir, contar hechos, buscar solo fuentes solventes y procurar que las narrativas se basen en el empirismo y no en el misticismo. En lo racional frente a lo emocional. En la realidad frente a la imaginación.

Entre los humanistas europeos siempre ha existido cierto complejo de superioridad respecto a que la cultura de letras –o artística– europea es superior a otras. No es así en absoluto. Aún hoy en día queda ese sesgo eurocentrista cuando ciertas élites culturales se sorprenden, por ejemplo, de que series turcas tengan éxito en España. Lo tienen porque la buena ficción no conoce culturas ni fronteras. Y Turquía, que es una mezcla de culturas europeas y asiáticas, se enclava en un punto estratégico para que de ella emerjan buenas historias. Narrativas de ficción interesantes existen por todos lados, también en los pueblos aislados que desarrollan enormemente la imaginación. Pero si la buena ficción aparece en cualquier rincón de la Tierra –y en cualquier época–, no ocurre lo mismo con el periodismo. Si las series turcas son referente de buena ficción para millones de espectadores, no podemos decir lo mismo del periodismo turco. Si el cine chino o iraní produce obras maestras del séptimo arte, no podemos decir lo mismo de su periodismo.

En estos momentos asistimos a una encrucijada histórica en la que Asia –China, India, Japón, Corea del Sur– ha copiado las bases del método científico europeo y de ahí su prosperidad económica frente a otros lugares como Latinoamérica o África donde la cantidad de titulaciones STEM (ciencia, tecnología, ingeniería y matemáticas) es aún muy pequeña para poder avanzar, tanto en lo cultural como en lo social o económico. Sin embargo, el periodismo libre sólo aparece en la Unión Europea –y no igual en todos los países– en Gran Bretaña, en las antiguas colonias de este último país y en escasísimos países más.

Otra particularidad de Europa es que sus héroes siempre se han enfrentado al poder. Carlomagno no es un referente querido en Europa porque fue poderoso. Ni Cristóbal Colón, Luis XVI o Felipe II. Pero sí lo son Sócrates, Galileo o Alan Turing. La crítica al poder establecido ha sido la seña de identidad europea que se demuestra en

sus teorías científicas que han descabalgado a otras interpretaciones –mitológicas o religiosas– del mundo, pero que triunfaron por la fascinación que en Europa se ha tenido a quien critica el poder. Y ahí es donde ha florecido el periodismo, definido éste como una profesión que, a partir de datos empíricos –Francis Bacon–, lógica –Aristóteles–, método de verificación basado en el método científico –Galileo– se convierte en una herramienta para buscar la verdad y hacerla pública. Y lo hace usando las técnicas narrativas que la ficción ha creado para despertar el interés; de ahí también su fortaleza. Pero el periodismo no nace para ser estético, sino ético: para señalar los excesos del poder; para ser una especie de limpiacristales que ayuda a que la sociedad pueda ver más allá de la narrativa con la que el poder ejerce y ha ejercido siempre su propaganda.

El poder ya no es sólo político o económico. Ni cultural o deportivo. Ahora poderoso es también cualquiera que tenga acceso a redes sociales con millones de seguidores o a algoritmos diseñados para desinformar de manera masiva e instantánea. Por eso el periodismo y los periodistas –al combatir la mentira y buscar la verdad– son tan denostados por los que quieren ejercer el poder de forma impune. Para medir el totalitarismo de un país sólo hay que contabilizar cuántos medios críticos con el poder existen. Cuantos más medios críticos haya, más democrático es el país. Para medir la deriva totalitarista solo hay que detectar si el poder intenta desacreditar a los periodistas. La ciencia puede ser cómplice del totalitarismo –lo fue en el nazismo, lo fue en la Unión Soviética y ahora lo es en China– pero no el periodismo. En eso sí se diferencian ambas disciplinas que nacieron en Europa.

Otra diferencia entre ciencia y periodismo es que ya los científicos no son molestos para el poder. Son difíciles las historias de Galileo o Giordano Bruno en el siglo XXI. Es cierto que el poder –la Iglesia en este caso– se opuso a la ciencia: desde la física, pues combatió al heliocentrismo; la química, pues se opuso a la teoría atómica o a la electricidad; o a la medicina, pues prohibió las disecciones de cadáveres. Pero, aunque es cierto que aumenta el anticientifismo en muchas universidades occidentales, la vida de los científicos no corre peligro. El último científico masacrado por el poder fue Alan Turing en el siglo XX.

Sin embargo, los periodistas aún ponen en peligro sus vidas como consecuencia de su trabajo de buscar la verdad y hacerla pública. En

2020 fueron asesinados 42 periodistas. Y, según la Federación Internacional de Periodistas, en las últimas tres décadas han sido asesinados 2.650 periodistas en todo el mundo. Sin embargo, no han sido asesinados dos mil politólogos o cineastas, guionistas, economistas, sociólogos o físicos. Tampoco dos mil artistas, arquitectos, políticos o escritores de ficción. Esas otras profesiones viven seguras porque conviven bien con el poder. Siempre lo han hecho. En España, por ejemplo, el estado subvenciona sin problema el cine privado, pero no el periodismo privado. El cine casi nunca es molesto con el poderoso –por eso el Estado lo financia y por eso no se asesina a cineastas–, el periodismo siempre lo es. El poder puede tolerar una crítica desde la ficción; es más, hasta puede convenirle; pero no tolera una crítica desde los datos y el empirismo.

El periodismo, para serlo, tiene que ser crítico con el poder. Periodismo no es ni será entretenimiento. Es muy importante reivindicar el periodismo comprometido y crítico. Sin él, Europa no sería Europa.

Y en este sentido los tres textos que conforman esta parte mantienen ese espíritu europeo de buscar la verdad y luchar contra la desinformación. El general Ballesteros nos recuerda que *“como vemos la desinformación es uno de los instrumentos fundamentales de las amenazas híbridas que algunas potencias emplean contra terceros Estados, motivo por el cual son tratadas por el Sistema de Seguridad Nacional”*. Y, por otra parte, el catedrático de Derecho Constitucional y eurodiputado socialista Juan F. López Aguilar, nos señala en su texto que:

“desinformación no es cualquier cosa. Desinformar no es simplemente contar cosas cuya veracidad pueda ser sometidas a controversia o debate en la esfera de lo público. Eso sería lo que en inglés llamaríamos Misinformation. La Disinformation incorpora un desvalor de mayor alcance mediante la difusión dolosa e intencionada de contenidos contrastablemente falsos, cuya falsedad resulte rigurosamente verificablemente. La Desinformación presupone una intención política de engañar dolosamente (como lo expresamos en Derecho penal), mintiendo conscientemente a la opinión pública”.

La última parte de este módulo corresponde a Israel Doncel, responsable de Comunicación del Centro Sefarad-Israel, quien pone el

acento en las minorías como objetivo de las *fake news*. Doncel afirma que: “*las fake news son uno de los principales desafíos que tiene la defensa de la pluralidad en nuestras sociedades hoy. Y la suma de diplomacia pública y una comunicación efectiva, transparente, abierta, dialogante, dinámica y con multiplicidad de actores no es una herramienta esencial, sino la única posible*”.

En esta época marcada por la pandemia del COVID hemos descubierto, como señaló la periodista Pepa Bueno en estas jornadas, que necesitamos más que nunca a científicos y periodistas. Y los necesitamos porque ambos colectivos se dedican a lo mismo: a buscar la verdad y a hacerla pública. Y nunca la verdad ha sido un bien tan escaso y difícil de encontrar como ahora. Europa debe recordar que una de sus señas de identidad siempre fue la búsqueda de la verdad.

Capítulo 6

El Parlamento Europeo y la comisión especial contra la desinformación, las interferencias extranjeras en procesos electorales y la protección de derechos de la ciudadanía europea ante la difusión de “fake news”

JUAN F. LÓPEZ AGUILAR

Catedrático de Derecho Constitucional.

Eurodiputado socialista.

Presidente de la Comisión de Libertades Civiles,

Justicia e Interior del Parlamento Europeo

Son ya dos días –ayer y hoy– en que se viene desarrollando en este foro esta reflexión compartida sobre la desinformación y sobre la necesidad de articular una respuesta desde todos los espacios de responsabilidad, incluido el supranacional que integra los 27 Estados miembros (EEMM) de la Unión Europea y cuyo Parlamento es la única institución directamente electiva de la arquitectura de la Unión. Y creo que, seguramente, ese es quizás el punto de vista complementario que yo puedo aportar.

Sé que ya ha habido en esta jornada alguna atención al punto de vista del Parlamento Europeo (PE), pero quizás aquí y ahora puedo aportarles el mío desde la Presidencia de la Comisión de Libertades, Justicia e Interior (Comisión LIBE del PE). Esta es la Comisión de mayor carga de trabajo legislativo del PE. Y es la que, por cierto, se ocupa del desarrollo legislativo de los derechos fundamentales consagrados en la *Carta de Derechos Fundamentales de la Unión Europea* (CDFUE), que entró en vigor con el *Tratado de Lisboa* (TL). Seguramente ese punto de vista es el que puede aportar o complementar

algo a lo que seguramente ustedes han escuchado. Acabo de escuchar la intervención anterior del general Ballesteros que, básicamente ha presentado el historial –el *record* histórico, como solemos decir– de las deliberaciones y hasta el momento propuestas y consecuciones de la UE, incluido el del planeamiento estratégico que hasta la fecha ha estado residenciado efectivamente, sobre todo, en el Servicio Europeo de Acción Exterior y del que es una pieza fundamental el *Strat-Com Team*.

Esa unidad estratégica –*Task Force*, en la lexicología que es tan característica de la jerga europea– intenta aportar lo que podríamos considerar que serían las piedras miliars del camino a proseguir para intentar que la UE pueda responder ante esta amenaza que se viene denominando *híbrida*, y hacerlo de manera consistente con sus valores. La primera reflexión que quiero aportar es la de que es un lugar común –seguro que ha estado en todas las intervenciones– que la desinformación ha existido siempre, desde siempre, y por tanto no es ninguna novedad.

Desde los *Protocolos de los Siete Sabios de Sión* y la guerra desinformativa de *propaganda y contrapropaganda* que fue tan decisiva en la Segunda Guerra Mundial (IIGM, 1939/1945), de cuya devastación trae causa la construcción europea, podemos incluso recordar algunos episodios muy recientes, historia contemporánea, que nos ponen de manifiesto que este fenómeno ha sido, es y sigue siendo tan universal como transtemporal, en la medida en que recorre la historia entera de humanidad. Ha estado, en efecto, presente en todas las etapas de la historia. ¿Por qué es tan preocupante ahora?

Apunto la combinación de al menos dos elementos. Por un primer lado, el carácter irreversible de la *globalización* que es la escala definitiva de lo humano. Porque la globalización ha acarreado de manera inexorable la disolución total y definitiva de las *fronteras y distancias* entre las comunidades humanas tal y como las conocíamos hasta esta fase de la historia –este último cuarto de hora– que ha supuesto la revolución de los transportes y de las comunicaciones lanzada por primera vez hacia una dimensión panplanetaria.

Pero se trata, al mismo tiempo, de una globalización instrumentada –especialmente, sobre todo– a través de la *revolución digital e informacional en red*. Es ésta una revolución tecnológica imparable

y absolutamente transformadora de lo humano que impone, por tanto, a *la política* unas condiciones de ejercicio desconocidas hasta la fecha. Y es que, ante la enormidad absolutamente abrumadora de la sobreinformación en la red y ante la inabarcable complejidad de la globalización, es cada vez más la gente que propende a abrazar, como fórmula de autoprotección, la elección de lo sencillo, de lo simplificado frente a lo complejo, aunque la simplificación comporte muy a menudo una respuesta engañosa, cuando no estúpida sin más, además de desesperadamente inútil a los efectos de entender –no ya digamos “frenar”– los impactos que nos dañan de esa globalización que tanto nos cuesta asimilar. Esta combinación de los dos elementos expuestos hace que cada vez más gente –ante la enormidad de la información disponible en esa revolución digital que ha universalizado su acceso a mayor volumen en tiempo real que nunca antes en la historia– elija las mentiras en las que prefiere creer. Porque esas son exactamente aquellas mentiras elegidas en la medida en que acomodan los propios prejuicios. Son aquellas mentiras para los que cada individuo, cada persona, hombre o mujer, se manifiesta, consciente o inconscientemente, formateado previamente para su asimilación. De modo que, ante la enormidad de la información disponible, ante la absolutamente abrumadora, inasible, incuantificable información disponible en las redes y en las plataformas digitales, en tiempo real como nunca antes en la historia, cada vez más gente propende a seleccionar las mentiras que ha elegido creer. Y esa mercancía averiada, por supuesto, tiene oferta y demanda. Por lo que, además de demanda, tiene infinitas ofertas, cuya saturación sumatoria hace en efecto vulnerables los valores que debemos preservar si es que la democracia quiere sobrevivir en cuanto Estado de Derecho, derechos garantizados e imperio de la Ley democráticamente legitimada.

Y esto es lo que hace que la UE tenga la imperiosa obligación de localizar la *base jurídica* (*Legal Basis*) desde la que responder, actuar y legislar. Porque indudablemente, claro que sí, la libertad de expresión (*Free Speech*) y la libertad de comunicación (*Freedom of the Press*), que no son la misma cosa –no lo son en el artículo 20 de la Constitución española y tampoco lo son en la *Carta de Derechos Fundamentales de la Unión Europea* (CDFUE, arts.11.1 y 11.2), son valores fundamentales en toda comunidad política democráticamente constituida. Y están consagrados como tales en el artículo 2 del *Tra-*

tado de la Unión Europea (TUE), que es un pilar esencial del TL del que tanto hemos hablado últimamente.

Conforme al art.2 TUE (que consagra los antiguos “*criterios de Copenhague*”), cuando en la UE hablamos de *Estado de Derecho* estamos hablando de derechos fundamentales protegidos por un Poder Judicial independiente en una estructura de separación de poderes que fomente el pluralismo político y proteja a las minorías. Son los *valores comunes* constitutivos de la UE según el artículo 2 del TUE, que ha estado tan situado durante estos últimos años en el meollo de muchas discusiones todavía hoy en curso, y cuya garantía de respeto ha resultado decisiva para desbloquear, tras largas negociaciones y, simultáneamente, el *Marco Financiero Plurianual* (MFF), el Presupuesto de la UE, el Fondo de Recuperación tras la crisis del COVID que en la jerga europea se denomina *Next Generation EU* y el Reglamento que establece la llamada *Regla de condicionalidad del Estado de Derecho* (*Rule of Law Conditionality*).

Sí, así es. Pero el caso es que, sin duda, la libertad de expresión y la libre comunicación son absolutamente irrenunciables para lo que podemos llamar *Constitución europea*. Y, sin embargo, el *constitucionalismo* –también el de la escala europea–, como movimiento histórico, nos enseña desde siempre que no hay ninguna libertad –por más que se halle consagrada en el máximo nivel de juridicidad, y ésta lo está– que sea absoluta o ilimitada. Todas están delimitadas por los derechos y libertades de los demás. Y, por supuesto, todas las libertades tienen límites expresos en la preservación de valores que el propio ordenamiento considera indisponibles.

Así, el valor de la *seguridad nacional*, como el valor de la *salud pública*, están consagrados como tales en el artículo 11 del *Convenio Europeo de Derechos Humanos* (CEDH), que es el círculo concéntrico dentro del cual se encuadra la propia UE como experiencia de integración supranacional fundada y regida por el Derecho, y en el artículo 6 de la *Carta de Derechos Fundamentales de la Unión Europea*. (CDFUE).

Porque, de acuerdo con el tenor del art.2 TUE, los *valores comunes* fundantes de la integración europea –como son la preservación del pluralismo, la protección de las minorías y la garantía judicial de los derechos fundamentales– no pueden resultar arrasados ni masiva-

mente violados, sin más, por un supuesto ejercicio de la “libertad de expresión” que de hecho incite al odio o a la estigmatización negativa de categorías enteras de personas, antesala que conduce a la violencia contra ellas. La violencia es el corolario inexorable del discurso del odio. El discurso del odio conduce al crimen de odio contra enteras categorías de personas. La libertad de expresión y de comunicación han de estar *delimitadas*, por tanto, entre otras consideraciones, por la previsión de esos males que conviene prevenir con la herramienta del Derecho. De esa premisa arrancan los trabajos del PE desde los que se ha puesto en marcha la *Estrategia Europea de Respuesta contra la Desinformación*.

Desinformación no es cualquier cosa. *Desinformar* no es simplemente contar cosas cuya veracidad pueda ser sometidas a controversia o debate en la esfera de lo público. Eso sería lo que en inglés llamaríamos *Misinformation*. La *Disinformation* incorpora un desvalor de mayor alcance mediante la difusión dolosa e intencionada de contenidos contrastablemente falsos, cuya falsedad resulte rigurosamente verificablemente. La Desinformación presupone una intención política de engañar dolosamente (como lo expresamos en Derecho penal), mintiendo conscientemente a la opinión pública. Por eso *desinformar* consiste demasiado a menudo en una estrategia consciente y deliberadamente orientada a influir en la conformación de estados de opinión que favorezcan la perpetración de atentados, lesiones, agresiones o amenazas contra valores, derechos y bienes jurídicos que debemos preservar y sustentar.

Resulta por ello imperativo que los poderes públicos articulen la respuesta para la preservación del ordenamiento democráticamente legitimado. El PE –única institución de la arquitectura europea directamente legitimada por el sufragio universal directo de 450 millones de ciudadanos/as europeos/as– se ha tomado muy en serio ser parte de esa respuesta en su trabajo como legislador (colegislador con el Consejo) y en su exigente demanda de iniciativas a adoptar por parte de la Comisión Europea.

Baste pensar, para corroborarlo, en algunos datos particularmente ilustrativos en el decurso del *histórico* de la construcción europea en sus círculos concéntricos del Consejo de Europa (47 EEMM) y de la UE (27 EEMM, todos ellos Parte del Consejo de Europa). Des-

de 2015, hemos visto un conflicto armado prolongado entre Rusia y Ucrania. Por primera vez, desde que se puso en marcha el proceso de integración supranacional a escala regional europea tras la IIGM, hemos visto guerra entre dos EEMM del Consejo de Europa. No se pierda de vista: solíamos inflar mucho el pecho diciendo que la construcción europea había descartado “para siempre” cualquier escenario de guerra en el continente europeo que tanta sangre derramó a lo largo de la historia, alcanzando el paroxismo en las dos Guerras Mundiales del “*olvidado siglo XX*” que explicó Tony Judt. Pero hemos visto, lamentablemente, que –por lo menos en el círculo concéntrico del Consejo de Europa, donde eso no pasaba durante décadas– la guerra ha regresado, la conflagración armada entre sus EEMM ha vuelto de nuevo a ocurrir. Ucrania y Rusia –no se pierdan de vista– son ambos EEMM del Consejo de Europa que se han hecho la guerra entre sí. Como también, por cierto, Rusia contra Georgia, y Armenia contra Azerbaiyán, son claros *casos de guerra* entre dos EEMM del Consejo de Europa, nada menos.

A partir de ahí, no sólo las últimas elecciones presidenciales en Ucrania se han demostrado expuestas masivamente a la desinformación, verosíblemente rusa, orquestada a todo trapo. Vinieron después las elecciones presidenciales estadounidenses de 2016, con la misma interferencia masiva: y así volvió a materializarse en las presidenciales de EEUU de 2020. Por descontado, también las elecciones europeas (al PE) de 2019 estuvieron gravemente expuestas a la amenaza *híbrida* de la desinformación y los ataques masivos a las candidaturas y plataformas en liza desde identidades falsas (*trolls*). Para empeorarlo todo, emerge con una irrefrenable eficacia disruptiva la creciente difusión del denominado *Deep Fake*: ¡Se trata de la posibilidad tecnológica de suplantar a un *personaje* –es decir, a una persona– en su discurso y en su comunicación pública, haciendo que una personalidad pública –un mandatario/mandataria– aparezca en las redes sociales haciendo cosas que nunca ha hecho o diciendo cosas que nunca ha dicho, llevando así al paroxismo la apariencia de “veracidad” de lo que, sin embargo, es contrastablemente falso! Y esto, sin duda ninguna, es una enorme amenaza a la que la UE tiene la obligación de responder.

Por eso, ante la vista de este cuadro de problemas, en el PE hemos ido enlazando Resolución tras Resolución, Pleno tras Pleno, pidiendo de la UE una respuesta de la envergadura del reto. Y la res-

puesta normalmente debe encontrar su alojamiento en las respectivas *allocations*, esto es, la respectiva “*rúbrica presupuestaria*” que ha de prever una partida presupuestaria de gasto con que poder respaldar la aplicación de esa respuesta. En eso también hemos estado. Calificamos como “ridícula”, por insignificante, la primera consignación presupuestaria que fue asignada a ese objetivo. Pero lo cierto es que después esa financiación del esfuerzo a acometer para garantizar la seguridad de las “*EU Critical Infrastructures*” ha venido creciendo a impulsos de la *Task Force* instituida y puesta en marcha con ese preciso objetivo en el ámbito del *Servicio Europeo de Acción Exterior*, primero bajo la dirección de la *High Rep* Mogherini y actualmente, bajo el *Alto Representante* Borrell.

Pero la última Resolución y el último debate parlamentario relevante que tuvo lugar en el Pleno del PE fue nada menos que en junio del año 2020. En junio evaluamos todos los pasos dados hasta el momento y la constitución del (así llamado) *Fact Checking Unit*: Se trata de una unidad de comprobación de hechos falsos. Y en esa Resolución aprobada por el PE se examinaron los varios instrumentos de que dispone la UE para contrarrestar la desinformación, yendo desde la garantía del pluralismo informativo y la implicación de las plataformas informativas *online* hasta lo que denominamos la *Digital Literacy*, esto es, la promoción de la alfabetización digital y el autoempoderamiento de los usuarios de información en la red. Estamos disponiendo, así pues, de la promoción de campañas en las que la ciudadanía aprenda a autodefenderse frente a la desinformación, la intoxicación y la manipulación informativa. Y que aprenda a hacerlo combinando todos esos elementos que ya han sido evocados: desde el entendimiento informado que ayude a la mejor comprensión de lo que realmente sucede, pasando por el fomento de la transparencia en las plataformas digitales (mediante su colaboración) hasta alcanzar, en último término, la optimización de rendimientos de esa unidad de *Fact Checking* que permita verificar los contenidos contrastablemente falsos. En síntesis, *Raising Awareness* –es decir, alerta–, *alfabetización digital* y verificación de hechos contrastablemente falsos.

Todo ello ha de hacerse compatible, en todo caso, con la preservación de los derechos fundamentales de la libertad de expresión y de la libre comunicación que, insisto, que no son una misma cosa. Una cosa es la *libre expresión* (“decir lo que te dé la gana” con los límites

fijados por el Código Penal en tutela de otros bienes) y otra, muy diferente, la *libre comunicación* que está sujeta a unos parámetros para la delimitación de su garantía constitucional, entre los cuales en España se consagra expresamente (art. 20.1,d CE) el de la *veracidad* de la información, por lo que la jurisprudencia del Tribunal Constitucional español ha establecido su doctrina, una y otra vez consolidada, que no toda difusión de contenidos está protegida constitucionalmente si no ha sido “contrastada diligentemente”; no digamos si esa información ha sido de hecho difundida desde un medio periodístico profesionalizado, porque ese periodismo está sujeto a esa especial obligación “profesional”, que media entre el público y las empresas de comunicación, que es la de contrastar con una “diligencia mínima” el carácter “veraz” de la información difundida.

Pues bien, con todos estos elementos, en el PE no solamente hemos puesto la vista –en el *European Democracy Action Plan*– en la relación reforzada de los medios de comunicación con otras plataformas digitales para mejor prevenir el extremismo, la radicalización, la difusión de contenidos contrastablemente falsos, la intoxicación y la manipulación sino también, además, en el esfuerzo de escrutar todas las medidas jurídicas y legales al alcance del PE en el cumplimiento de su función como legislador europeo. Incluyendo la siguiente relación de ítems a discutir: la regulación de la publicidad política dirigida a los patrocinadores de contenidos de pago en los diferentes canales de producción y distribución; las plataformas *online*; la responsabilidad de los anunciantes; las consultorías políticas; el llamado *Código de Buenas Prácticas*; y, por supuesto, también las específicas medidas para fortalecer la necesaria seguridad de los periodistas en el ejercicio de su actividad informativa. Un valor éste que también requiere ser protegido dentro de la propia UE y por el PE que debate –a menudo– la situación y los problemas del periodismo y los atentados contra periodistas en el mundo. Créanme que los debates en el PE acerca del asesinato de dos periodistas que investigaban asuntos de corrupción en Malta y en Eslovaquia han sido particularmente intensos.

Pero hay en estos momentos dos objetivos legislativos que han sido claramente apuntados por la *Comisión sobre Desinformación*, de la que soy miembro, y que merecen aquí una reseña especial. Efectivamente, en mi calidad de Presidente de la *Comisión de Libertades, Justicia Interior* del PE, he considerado que era relevante formar par-

te de esta *Comisión Especial*. Una Comisión que puede llamarse de Investigación (*Special Inquiry Committee*) en la medida en que entraña una modalidad parlamentaria de conocimiento y debate sobre determinados asuntos de interés público, con dos objetivos revestidos de carácter esencial. El primero: exigir de la Comisión Europea, mediante su *scrutiny* y control parlamentario, una respuesta normativa a la altura del envite de la desinformación en red; y hacerlo apuntando cuáles tienen que ser los criterios legislativos de la iniciativa, y cuáles pueden ser las reglas para encuadrar las responsabilidades de los *servicios digitales*, protegiendo a los usuarios en sus derechos fundamentales. El segundo, asegurar que en el llamado *Digital Services Package* (un *Paquete* en que se encuadran varias iniciativas legislativas en curso de tramitación en esta Legislatura 2019/2024 del PE), la UE se sitúa en la vanguardia de la regulación de los servicios digitales y de la regulación de la *Inteligencia Artificial* (AI) y de sus aplicaciones.

Todo ello habrá de hacerse desde el obligado respeto a los derechos fundamentales protegidos por la CDFUE al establecer las reglas y las funciones que deberán cumplir las plataformas *online* en su calidad de *Gate Keepers* –es decir, como aseguradoras de los derechos de los usuarios– y al mismo tiempo en observancia de las reglas de la competencia. Sabido es que la relación de la UE con los *gigantes de la red* ha sido seguramente la más tensa y conflictual de entre todos los actores que tienen una vocación globalmente relevante. *Facebook, Twitter, Amazon, Google...* han solido mirar con una gran preocupación (habitualmente acompañada de todas las artes de influencia) las iniciativas de la UE; y muy particularmente las iniciativas legislativas tramitadas en el PE con el fin de asegurar las reglas de la competencia y el cumplimiento por las plataformas *online* de los derechos fundamentales de la ciudadanía europea (arts.7 y 8 CDFUE, privacidad y confidencialidad en el tratamiento de los datos personales) garantizados, por cierto, por la regulación que hemos adoptado también en el PE. La *Comisión LIBE*, que presido, fue la responsable de asegurar la privacidad y la confidencialidad de los datos personales de la ciudadanía europea mediante la aprobación, la pasada Legislatura (2014/2019) del *GDPR (General Data Protection Regulation)*, *Reglamento de Protección de Datos* de la UE, que es una Ley europea vinculante para los EEMM y directamente invocable por la ciudada-

nía y las empresas ante los Tribunales de Justicia de los EEMM y ante el TJUE que garantiza su primacía, eficacia y aplicación uniforme.

Estos son, pues, los cometidos esenciales de la Comisión que se domina en la jerga del PE, como la *Comisión INGE*, que es la *Comisión Especial sobre Desinformación, Interferencias extranjeras en Procesos Electorales y su Protección frente a las Fake News*, de la que, reitero, soy miembro.

De modo que, para terminar, lo que estamos intentando hacer es no solamente ser parte de un debate necesario –no pierdan de vista los derechos fundamentales en juego–, sino exigir también respuestas legislativas y aportarles valor añadido europeo en la escala europea supranacional del PE. Con una legislación europea que es siempre determinante del trabajo legislativo que posteriormente desarrollan los Parlamentos nacionales de los EEMM. La legislación aprobada por el PE encuadra en estos momentos un porcentaje altísimamente mayoritario de la legislación que se adopta en los Parlamentos nacionales. Lo que resulte del trabajo del PE deberá, por tanto, ser transpuesto en las leyes nacionales por los respectivos procedimientos legislativos de los Parlamentos nacionales.

Por eso es ahora crucial esclarecer la base jurídica (*Legal Basis*) desde la que podemos hacerlo a escala supranacional europea. La base jurídica desde la que podemos hacerlo y los concretos instrumentos a los que podemos recurrir. Concluyo, pues, subrayando que habitualmente, cuando hablamos de derechos fundamentales y del papel legislador del PE frente a los amenazas a los derechos fundamentales consagrados en la CDFUE, hay siempre dos dimensiones estrechamente imbricadas: una primera, educativa, con campañas ambiciosas de *alfabetización digital* como potencial armadura de la ciudadanía frente a las manipulaciones más groseras y flagrantes de las que no quieren ser víctimas, a diferencia de aquellos que *compran* en las redes mentiras y falsedades simplemente porque las han elegido, lo que, seguramente resulta inevitable en el contexto del desarrollo de las nuevas tecnologías ante el que nos encontramos. Y una segunda, *penal*, que corresponde también al PE en la escala supranacional actuando como *legislador penal europeo*. No hay, por el momento, una respuesta penal mínimamente adecuada para la determinación de las responsabilidades de quienes transgredan y violen de forma

especialmente grave las reglas y normas vinculantes. Y hablamos no solamente de *reglas de autocontrol* –o, como suele decirse, *códigos de conducta*–, sino también de reglas jurídicamente vinculantes en lo relativo al equilibrio que deben observar siempre los derechos fundamentales de la libre expresión y libre comunicación (que, insisto, son derechos distintos) respecto de la preservación de otros bienes constitucionales que estimamos merecedores de protección (como serían, en el contexto de la lucha contra la pandemia del *Covid*, la Seguridad Nacional, la Salud Pública, la integridad constitucional de los EEMM de la UE y los valores comunes sobre los que ésta se funda).

En base a esta presentación, me gustaría efectuar todavía algunas puntuaciones adicionales.

La imparable revolución digital como revolución tecnológica ha hecho que esos contenidos falsos se puedan difundir y viralizar sin freno. Durante un tiempo prolongado, esto ha venido sucediendo y planteando desafíos que se ciernen, incluso, sobre la identificación de su origen y su geolocalización. La difusión de esos contenidos manifiestamente falsos ha tenido y sigue teniendo un efecto tóxico, sumamente contaminante, sobre el conjunto del proceso informativo en la sociedad democrática. Del mismo modo en que las redes sociales han deteriorado el *lenguaje de la política*, las redes sociales no solamente han *influido* sino *determinado* el derrumbamiento la *comunicación política* tal y como la conocíamos y veníamos practicándola. De modo que cada vez es más frecuente que *la política* se comunique sola y exclusivamente a través de aforismos ultrasimplificadores, prácticamente apodícticos, con una banalización del lenguaje y del mensaje al mismo tiempo que es a menudo infantilizante del conjunto de la sociedad.

Por la misma razón, y con la misma fuerza, la difusión de contenidos falsos en la red ha contaminado gravemente el *proceso informativo* que se sustancia a través de los llamados *medios de comunicación convencionales*, tal y como lo conocíamos hasta ahora. De modo que cada vez más frecuente que en esos *medios de comunicación convencionales* se emitan noticias falsas que debieron haber sido contrastadas para merecer la protección del art.20 CE. Sucede, sin embargo, que ante los así llamados *medios de comunicación convencionales* (prensa impresa y empresas audiovisuales), la respuesta del Derecho

parece mejor armada que frente a las redes sociales y plataformas digitales, a través de las ya viejas *Leyes Orgánicas de Protección del Honor, la Intimidación y la Propia Imagen* (LO 1/82), y de *Rectificación* (LO 2/84) que se emplean cada vez más a menudo, que integran, con el Código Penal, los instrumentos y remedios legalmente disponibles para intentar la depuración de responsabilidades por la difusión de contenidos manifiestamente falsos, tanto en lo civil como en lo penal.

De modo que lo que estoy señalando es que proteger nuestros derechos –nuestra dignidad personal y nuestra participación en un proceso democrático con todas las garantías para la formación de una opinión pública libre en una sociedad abierta– se está poniendo más difícil cada minuto que transcurre en la vertiginosa revolución digital de la globalización.

Cabe exigir, por tanto, un sello muy autoexigente por parte de los *medios de comunicación convencionales* a la hora de preservar los estándares de reconocimiento periodismo profesional como mediador del derecho a la libre información (mediante la emisión de “información veraz”, diligentemente contrastada, art.20 CE) entre las empresas que se dedican a esa actividad mercantil y el público –esto es, la ciudadanía que tiene “derecho a saber”– para así contrarrestar esta fenomenología que mezcla desinformación, intoxicación y manipulación en las redes sociales, tan gravemente disruptiva para el proceso democrático de conformación de una *opinión pública libre* en una *sociedad abierta*. Particularmente, preocupante resulta, en efecto, el riesgo cierto de que esa disrupción del proceso de emisión y difusión de “información veraz” contamine de forma irreversible el modo de comunicar de los medios de comunicación que consideramos convencionales; esto es, la prensa escrita, impresa y la audiovisual generalmente revestida de cierta reputación de “seriedad” y de credibilidad.

La idea complementaria que me gustaría apuntar está relacionada con la afectación de las formulaciones y retóricas populistas sobre la composición del PE y sobre el proceso europeo. En otras palabras, sobre la transformación de *la política* y consiguientemente, del *paisaje de la política* en los EEMM y, en la escala supranacional, en ese PE que resulta ser la única institución directamente electiva de la UE. De hecho, el PE nunca había llegado a ser más poderoso en toda la historia de la UE que desde la entrada en vigor del *TL* que lo convierte,

definitivamente, en un *Parlamento legislador* con poder para legislar sobre un arco competencial de una amplitud y profundidad sin precedentes en la historia de la UE.

La entrada en vigor del TL supone que prácticamente 80 competencias y materias que estaban hasta entonces reservadas a la *cooperación intergubernamental* pasan a ser *competencia legislativa* del PE en pie de igualdad con el Consejo. Entre ellas, el *Espacio de Libertad, Justicia y Seguridad (ELSJ)*, Título V TFUE, arts.67 a 89) que ocupa el 25% de la agenda legislativa y votos legislativos del PE. Por eso la, *Comisión LIBE* que tengo el honor de presidir es la Comisión de mayor carga legislativa y densidad de reuniones, debates y votos del PE, seguida de lejos (con un 13%) por la Comisión de Energía y Medio Ambiente (*Comisión ENVI*).

Pero ese PE que ahora legisla sobre derechos fundamentales, que legisla sobre derecho penal, sobre cooperación judicial, sobre garantías procesales, como nunca antes en la historia, se ha visto sin embargo afectado por esa sucesión de *episodios de crisis* que ha tenido lugar casi de forma imparable desde que entró en vigor el TL a la *Carta Derechos Fundamentales de la Unión Europea* (CDFUE). Porque eso sucedió ¡en el año 2009!, que es, paradójicamente, el año en que la UE se sumerge en una *montaña rusa* en la que ha ido empatando sucesivos episodios de crisis, nunca del todo bien resueltos, uno detrás de otro. Desde la *Gran Recesión* –¡cómo la recordamos, vaya si nos dolió!– a la *deuda soberana*; de ahí a la mal llamada *crisis de los refugiados* y la amenaza a la construcción europea y a su mandato de solidaridad que representan los llamados *regímenes iliberales* (Hungría y Polonia a la cabeza), cada vez más ofensivamente antieuropeos, causando problemas al conjunto de la locomotora; para pasar de ahí al *Brexit* y, como corolario, la prolongada pandemia del *Covid* y sus estragos brutales. Una sucesión de *episodios de crisis* de una profundidad y gravedad carentes de precedentes desde la IIGM, con la exasperación de todas las desigualdades a todo lo ancho de la UE y de sus EEMM.

Todo esto ha sucedido en el lapso de los últimos diez años, en coincidencia temporal con el período de vigencia del TL y la CDFUE, extremando por lo tanto la dañina distancia entre la promesa europea de su Derecho vigente y su capacidad de rendimiento y de resultados prácticos que resultantes consonantes con los valores, principios y

mandatos de su ordenamiento europeo. De modo que, efectivamente, en estos últimos diez años hemos visto una transformación del paisaje en el PE y de su composición, cuya característica principal consiste en la multiplicación –sin precedentes, absolutamente impactante– de escaños antieuropeos y eurófobos en el PE. Baste para explicarlo un dato bien ilustrativo: es sabido que, históricamente, las dos principales fuerzas del PE (PPE y S&D, por su orden) se bastaban por sí solas para garantizar –durante más décadas desde su primera elección directamente democrática por sufragio universal (1979)– la mayoría absoluta del PE. De los 40 años transcurridos desde entonces, prácticamente 30 años describieron una representación y dinámica parlamentaria en que la primera fuerza y la segunda aseguraban la mayoría absoluta (“mayoría cualificada”, en la jerga del PE). Hace 25 años que el PPE es primera fuerza (desde 1994) y el PS la segunda. Lo digo sin alegría, porque yo soy un socialista. Pero dejó de ser así desde las elecciones de 2019 (en las que la participación, por cierto, rebotó con fuerza al alza y superó la media del 52% en el conjunto de la UE). De modo que, actualmente, para conformar una mayoría absoluta en el PE hay que ensanchar el espectro de la suma de los votos proeuropeos que derroten la suma de los eurófobos, de modo que los declinantes PPE y PS (S&D) deben ahora sumar a Verdes y Renew/Liberales (cuando no también a GUE/Izquierda Unida), porque se ha multiplicado el número de escaños de extrema derecha y Grupos que la representan. Son varios los Grupos de extrema derecha en el PE en los que se suman nacionalistas eurófobos, xenófobos y fascistas de diversa laya, con un discurso extremista y populista que practica hasta la náusea el discurso y la retórica del odio contra todo y contra todos.

Con lo que, innegablemente, persisten a la vista de todos algunas dificultades enormes para comprender (primero) y manejar (después) estas serias amenazas a la integración europea puestas de manifiesto cada vez que discutimos sobre desinformación en la UE. Son muchos los escaños reaccionarios y rabiosamente eurófobos que se revuelven cada vez que la emprendemos, dicen, “contra Rusia”, toda vez que un denominador común de las voces cacofónicas de toda esa extrema derecha reside precisamente en su recurso retórico de pretender comparar el PE (representación directa del pluralismo político, ideológico, nacional y lingüístico de la ciudadanía europea que lo es de los EEMM) con “el Soviet Supremo de la Unión de la extinta Unión

Soviética”. Porque, efectivamente, equiparan *ad nauseam* –y lo hacen de manera ofensiva tanto contra la verdad como contra la inteligencia– a la UE fundada y sometida a Derecho con la extinta Unión Soviética (de cuya huida proceden algunas de las adhesiones de la *Gran Ampliación* que tuvo lugar a partir de 2004).

Sí. Eso forma parte de la retórica de la extrema derecha a todo lo largo y ancho de la UE, con la que a menudo encubren sus rocambolescas complicidades con las estrategias del Kremlin. Y ésta era, llamativamente, una de las características más resonantes del discurso de Nigel Farage (ultraderechista británico). A lo largo de los ¡20 años! en que mantuvo escaño en el PE, el líder de la extrema derecha británica se ufanaba de ser el motor eficiente del *Brexit*... Hasta que efectivamente lo consiguió ¡con la irónica consecuencia de perder su escaño y desaparecer de nuestra vista! ¡Por fin “libres” de Farage! El caso es que su discurso consistía, continuamente, en arrearle a la UE y arremeter demagógicamente contra ella con la grotesca acusación de ser “un monstruo burocrático como la Unión Soviética”... mientras mantenía relaciones privilegiadas con el Kremlin. Lo mismo que Marine LePen, la extrema derecha francesa. ¡De modo que, sin duda ninguna, la coyunda de intereses entre la eurofobia abonada al nacionalismo reaccionario y las interferencias auspiciadas desde el Kremlin resulta en sí misma expresiva de cómo nacionalismos de toda laya y populismos reaccionarios practican con avaricia las técnicas de la desinformación, de la manipulación y de la intoxicación mediante la continua emisión y difusión *viralizada* de un océano de mensajes contrastablemente falsos dirigidos a esa gente –es decir, ciudadanía como usted, o como yo– que ha decidido *comprarlos* y se manifiesta dispuesta a comprar contumazmente esa *mercancía averiada!*

Hay, ahí fuera, mucha gente que quiere comprar la idea de que la UE estaría destinada a su fracaso. Del mismo modo que en España hay mucha gente que quiere comprar la idea de que la democracia española es “deficiente” o que no resiste los estándares de un examen riguroso de “calidad democrática”, del mismo modo en que hay gente que quiere comprar esa idea manifiestamente falsa, la hay que, por concurrentes motivos, está dispuesta a comprar cualquier mentira que la soporte. Y esto forma parte del problema. De modo que, en conclusión, quienes tengamos la cabeza sobre los hombros, quienes tengamos en la vida pública sentido de la responsabilidad, tenemos

la obligación imperiosa e impostergable de emplearnos muy a fondo para desactivar esa ominosa deriva, netamente antidemocrática, de desinformación e interferencias –extranjeras o *apátridas*, vengan de donde vengan– en procesos electorales y en la conformación de una opinión pública libre en una sociedad abierta.

Capítulo 7

Las minorías como objetivo de las “fake news”: comunicación y diplomacia pública frente a la desinformación

ISRAEL DONCEL MARTÍN

*Responsable de Comunicación del Centro Sefarad-Israel,
profesor asociado y doctorando en Investigación en Medios
de Comunicación de la Universidad Carlos III de Madrid*

LA CRISIS DE LA COVID-19 COMO PARADIGMA

Pocas semanas después de que la COVID-19 comenzara a ocupar portadas en periódicos de todo el mundo, esa parte de Internet llamada *dark web*, que se oculta de los grandes algoritmos y que suele servir como reducto para grupos extremos, comenzaba a difundir el titular “Jews Control Chinese Lab That Created Coronavirus”¹ (Los judíos controlan los laboratorios chinos que han creado el Coronavirus) (Cassen, 2020). De esta forma se culpaba a las comunidades chinas y judías de haber creado y propagado un virus hasta ahora desconocido para el gran público. Esta información era una clara muestra de xenofobia y antisemitismo que comenzaba a expandirse en una suerte de efecto “bola de nieve”, utilizando en una primera etapa redes sociales que enarbolan el “discurso libre” como Gab o Parler, para pasar después a otras de consumo masivo como Twitter.

Hacia el mes de marzo de 2020, el uso de denominaciones como “virus chino” ya abundaba y reforzaba la creencia de que las comunidades asiáticas eran creadoras y portadoras de la COVID-19. De he-

¹ Cassen, F. (3 de mayo de 2020). ‘Jews Control Chinese Labs That Created Coronavirus’: White Supremacists’ Dangerous New Conspiracy Theory. *Haaretz Daily Newspaper*. Recuperado de: <https://www.haaretz.com/jewish/premium-the-jews-control-the-chinese-labs-that-created-coronavirus-1.8809635>

cho, esta denominación obtuvo uno de sus más importantes “altavoces” cuando el presidente de los Estados Unidos, Donald J. Trump, la utilizó en una rueda de prensa a finales de ese mismo mes², provocando que esas palabras se repitieran por todo el mundo. A consecuencia de la generalización de este término, representantes de estas comunidades se vieron en la obligación de lanzar en Francia la campaña #JeNeSuisPasUnVirus (#YoNoSoyUnVirus) como respuesta ante las repetidas muestras de racismo sufridas³. El ocho de mayo de 2020, el secretario general de Naciones Unidas, Antonio Guterres, alertaba de que “la pandemia sigue desatando una oleada de odio y xenofobia, buscando chivos expiatorios y fomentando el miedo”. Para entonces, otras minorías ya se habían sumado a la lista de “culpables” de la pandemia. Así, la plataforma Media Scanner había detectado ese mismo mes más de medio centenar de *fake news* en las que se aportaban supuestas pruebas de cómo las comunidades musulmanas habían sido las causantes de la expansión del virus en India⁴. Entre ellas se encontraba el video de un grupo de musulmanes esparciendo supuestamente su saliva en utensilios de cocina con el propósito de propagar el contagio o un peluquero musulmán que hacía lo mismo con el cabello de sus clientes. Todo este contenido se convertía rápidamente en viral y constataba así que las acusaciones infundadas contra ciertas minorías en diferentes partes del mundo se estaban propagando casi más rápido que el propio virus.

Sin embargo, lo que podría suponer una gran amenaza para las democracias modernas hoy en día no es tanto el surgimiento de este tipo de noticias falsas, que tienen como objetivo a las minorías culturales de cada país o región, sino la medida en las que estos montajes infor-

² Rogers, K.; Jakes, L., y Swanson, A. (18 de marzo de 2020) Trump Defends Using ‘Chinese Virus’ Label, Ignoring Growing Criticism. *The New York Times*. Recuperado de: <https://www.nytimes.com/2020/03/18/us/politics/china-virus.html>

³ Fouché, A. (29 de enero de 2020). Coronavirus: French Asians hit back at racism with ‘I’m not a virus’. *BBC*. Recuperado de: <https://www.bbc.com/news/world-europe-51294305>

⁴ Media Scanner. (9 de mayo de 2020). *Fake Alert: Long List of Islamophobic fake news which is going viral during Coronavirus Pandemic*. <https://mediascanner.in/fake-alert-long-list-of-islamophobic-fake-news-which-is-going-viral-during-coronavirus-pandemic/>

mativos son asumidos como ciertos por parte de la ciudadanía. En el caso de la COVID-19, esta asunción viene propiciada por la situación de incertidumbre vivida y por la consiguiente búsqueda de certezas. “Este deseo de resolución es la razón por la cual los sentimientos de incertidumbre nos llevan a procesar la información de una manera más sistemática y profunda con la esperanza de encontrar respuestas”⁵ (Menon y Kyung, 2020).

Es precisamente este paso, en el que las audiencias asumen y toman como ciertos los discursos de las noticias falsas, el que deriva posteriormente en manifestaciones de odio dentro y fuera del mundo *online*. En este sentido, el profesor Raúl Magallón (2019) señala que “para llegar a ese escenario, lo primero que hay que hacer es neutralizar el cortafuegos racional”⁶. Y destaca la teoría de Deen Freelon (2018) sobre la “información personalizada”. Es decir, cómo el hecho de que los algoritmos nos recomienden informaciones que sigan la línea de las ya consumidas previamente nos puede dificultar el contrastar las informaciones que recibimos. De esta forma, tal y como señala el catedrático Carlos Elías (2018), “cuando la opinión pública no se informa por los medios, sino por las redes sociales, las «cajas de resonancia» de los conspiranoicos, donde solo interactuamos o elogiamos lo que está de acuerdo con nuestra ideología, configuran nuestra narrativa”⁷.

En este sentido, merece la pena destacar aquí la importancia que la falta de una correcta formación en el consumo de información por parte de las audiencias ha tenido y sigue teniendo en la propagación de estos montajes informativos contra minorías. De hecho, un estudio realizado por el Pew Research en 2018⁸ demostraba que tan solo el

⁵ Menon, G. y Kyung, J. Ellie. (9 de junio de 2020). When More Information Leads to More Uncertainty. *Harvard Business Review*. Recuperado de: <https://hbr.org/2020/06/when-more-information-leads-to-more-uncertainty>

⁶ Magallón, R. (2019). *Unfaking News. Cómo combatir la desinformación*. Madrid: Pirámide.

⁷ Elías, C. (2018). Fakenews, poder y periodismo en la era de la posverdad y hechos alternativos. *Ámbitos. Revista Internacional de Comunicación*. Recuperado de: https://e-archivo.uc3m.es/bitstream/handle/10016/30256/fakenews_elias_2018.pdf?sequence=1&isAllowed=y

⁸ Pew Research Center. (14 de junio de 2018). *Political awareness, digital savviness and trust in the media all play large roles in the ability to distinguish between*

26% de los adultos estadounidenses podía diferenciar en su totalidad cinco hechos de cinco opiniones.

Por tanto, no es de extrañar que durante esta crisis se haya propiciado una peligrosa suma de los factores previamente expuestos: la necesidad de respuestas fáciles y sencillas ante un virus inexistente hasta este momento, las “burbújas informativas” o lo que Raúl Magallón (2019) llama “desinformación personalizada” y unas audiencias todavía poco formadas en el consumo de la información. Una fórmula que ha generado el caldo de cultivo perfecto para la propagación de las *fake news* y sobre todo para la asunción de las mismas como informaciones veraces.

De esta manera, a medida que el 2020 avanzaba, ya pudimos ver algunos hechos que demostraban los efectos que la creencia en este tipo de noticias falsas tuvieron en el público. En mayo, el estudio *The Oxford Coronavirus Explanations, Attitudes, and Narratives Survey* revelaba que uno de cada cinco ingleses creía que la COVID-19 era una creación judía con intereses financieros⁹ (Edmundo, 2020), mientras que otro casi 20% acusaba a los musulmanes de tener alguna responsabilidad en la expansión del virus. En julio la organización Stop AAPI Hate denunciaba haber registrado ya más de 800 ataques racistas contra las comunidades asiáticas relacionados con el coronavirus¹⁰ (Do, 2020), tan solo en estado de California. En septiembre, la Unión Europea alertaba en un informe del auge de las *fake news* que culpan a los judíos de la COVID-19¹¹. Y en noviembre, tras unas protestas con motivo de las medidas aplicadas contra la pandemia,

factual and opinion news statements. https://www.journalism.org/2018/06/18/distinguishing-between-factual-and-opinion-statements-in-the-news/pj_2018-06-18_fact-opinion_0-01/

⁹ Edmonds, D. R. (25 de mayo de 2020). One in five English people believe COVID is a Jewish conspiracy - survey. *The Jerusalem Post*. Recuperado de: <https://www.jpost.com/diaspora/antisemitism/one-in-five-english-people-believe-covid-is-a-jewish-conspiracy-survey-629187>

¹⁰ Do, A. (6 de julio de 2020). “¡Ustedes comenzaron el corona!”. Los incidentes de odio anti-asiáticos aumentan, superando los 800, los activistas piden ayuda. *LA Times*. Recuperado de: <https://www.latimes.com/espanol/california/articulo/2020-07-06/comenzaste-el-corona-a-medida-que-los-incidentes-de-odio-anti-asiaticos-aumentan-superando-los-800-los-activistas-piden-ayuda>

¹¹ EFE. (10 de septiembre de 2020). La UE alerta del auge de ‘fake news’ que culpan a los judíos de la Covid-19. *La Vanguardia*. Recuperado de: <https://www.>

aparecían en España diferentes pintadas en las que se asociaba el virus con la estrella de David¹².

Una buena parte de las teorías conspiranoicas que empezaban a tener cada vez más presencia en la opinión pública tenían alguna minoría cultural en el centro de la culpabilidad.

EL SISTEMA DE LAS FAKE NEWS QUE SEÑALAN A LAS MINORÍAS

Es evidente que las *fake news*, en su papel de constructos falsamente informativos diseñados para la desestabilización social a través del ataque a las minorías, han vivido un proceso de sofisticación más acelerado que la capacidad de una buena parte de la sociedad para detectarlas. Tal y como señala Kimberly Grambo (2019), para el caso de Estados Unidos, “el fracaso del público estadounidense en anticipar o detectar noticias falsas online evidencia que, especialmente donde se va a hacer dinero, la tecnología evoluciona a un ritmo más rápido que la psicología humana”¹³.

Los datos sobre el tiempo que pasamos en Internet parecieran mostrarnos que desde el año 2019 hemos llegado a una estabilización después de más de siete años de importantes subidas¹⁴. Aunque el 2020 ha hecho que pasemos más tiempo en nuestros hogares, invirtiendo así algo más de tiempo en Internet, lo cierto es que difícilmente esa cantidad puede aumentar mucho más, dado que incluso en algunos países ya supera el tiempo medio que permanecemos despiertos. Esto nos ofrece un escenario histórico idóneo para analizar las moda-

lavanguardia.com/internacional/20200910/483392048754/union-europea-alerta-fake-news-judios-culpables-covid-19.html

¹² European Jewish Congress. (2 de noviembre de 2020). *Spanish Jews condemn antisemitic graffiti in Barcelona*. <https://eurojewcong.org/news/communities-news/spain/spanish-jews-condemn-antisemitic-graffiti-in-barcelona/>

¹³ Grambo, K. (2019). Fake News and Racial, Ethnic, and Religious Minorities: A Precarious Quest for Truth. *University of Pennsylvania Journal of Constitutional Law*, 21. Recuperado de: <https://scholarship.law.upenn.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1700&context=jcl>

¹⁴ We are social. (2021). *Digital 2021*. Recuperado de: <https://wearesocial.com/digital-2021>

lidades de *fake news* que tienen a minorías como objetivo. Todas ellas son fruto de un largo desarrollo en el proceso de conquista de nuestra atención, que hoy en día habría llegado a un punto máximo en lo que se refiere al tiempo disponible por parte de las audiencias.

De este modo, tomando como referencia el diseño de su argumentación y la intencionalidad en su construcción, podemos señalar una clasificación específica para las noticias falsas y bulos que atacan a grupos minoritarios.

En primer lugar, se encontrarían los montajes audiovisuales que, utilizando un falso caso particular, son utilizados como demostración de la culpabilidad de todo un colectivo. Estarían aquí videos como el difundido el mes de abril del 2020 en el que se mostraba un funeral de judíos ultraortodoxos siendo disuelto por la policía de Nueva York con cañones de agua¹⁵ (Lajka, 2020), y que despertó en las redes sociales el debate sobre la culpabilidad de las comunidades ultraortodoxas en la propagación del virus. O el falso video del vendedor musulmán de frutas en Bangalore que, siendo supuestamente positivo en COVID-19, escupía sobre unas uvas con el ánimo de propagar el contagio¹⁶. En este tipo de casos, se deja que sea el espectador quien extrapole a todo el colectivo la acusación y que use el video o la fotografía en redes sociales y otras plataformas como prueba de ello. Como tal, estos videos no suelen incluir un texto con un mensaje claro y rotundo, por lo que el espectador se genera su propia conclusión con una mayor seguridad de no haber sido manipulado.

Por otro lado, podríamos encontrar las construcciones informativas que siguen las estructuras propias de los medios de comunicación y que, mediante la utilización de un tono aparentemente objetivo, buscan validar informativamente una acusación realizada contra determinada minoría, a través de unas pruebas falsas. En este tipo de

¹⁵ Lajka, A. (13 de abril de 2020). Video does not show police clearing a Jewish funeral with a water cannon. *AP News*. Recuperado de: <https://apnews.com/article/8751330134>

¹⁶ Karnataka State Police Factcheck. (26 de abril de 2020). *It's Not True That A Corona Positive Grape Seller in JP Nagar, Bengaluru Was Spitting on Grapes to Spread the Virus*. <https://factcheck.ksp.gov.in/its-not-true-that-a-corona-positive-grape-seller-in-jp-nagar-bengaluru-was-spitting-on-grapes-to-spread-the-virus/>

casos la colectivización de la culpabilidad se realiza de forma directa y apenas se deja margen para la interpretación del espectador. Se englobarían aquí las falsas informaciones que señalan el virus como “una creación sionista”, por ejemplo. También encontramos en esta categoría videos en formato de reportaje o documental que utilizan “expertos” anónimos o científicos excluidos de su sector.

Otro de los tipos que cabe señalar en esta clasificación serían los titulares o imágenes estereotipados utilizados en medios de comunicación que, si bien pueden contener textos en los que se ofrece una información contrastada, alientan por sí mismo al lector a crearse acusaciones falsas contra minorías. Y, aunque unos correctos estándares de calidad dentro de los medios hacen que no sean muy habituales, en ocasiones podemos ver casos como el del *Le Courier Picard* (Francia), que publicó los titulares “Alerte jaune” (Alerta amarilla) o “Le péril jaune?” (¿Peligro amarillo?)¹⁷ (*Midi Libre*, 2020), fomentando la idea de que las comunidades asiáticas eran las causantes de la pandemia. Merece la pena destacar que el propio medio se disculpó días más tarde ante la presión social. Podríamos incluir también en este apartado la repetición de manera constante de imágenes de comunidades judías ultraortodoxas para ilustrar los peligros de la expansión del virus mediante contagio por contacto humano. Ya que, si bien se dieron este tipo de casos, la utilización intencionada de estas imágenes repetidamente y de forma continuada en extensos espacios de tiempo dentro de informativos de televisión o videos online puede llevar a la falsa conclusión por parte del público de que estos grupos ultraortodoxos, que por otro lado son especialmente minoritarios, fueron los culpables de que las cifras de contagio crecieran en todo el mundo.

Otra de las tipologías que podemos encontrar son los mensajes personales que, a través de redes sociales o plataformas de mensajería, realizan afirmaciones falsas, sin ningún tipo de argumentación ni prueba. Este tipo de contenidos son generados desde la perspectiva del fomento del odio y a veces se valen del anonimato para ofrecer comentarios aún más ofensivos. Estos mensajes suelen ser “la punta

¹⁷ *Midi Libre*. (27 de Enero de 2020). “Alerte jaune” : après sa Une polémique sur le coronavirus, le *Courier Picard* s’excuse. <https://www.midilibre.fr/2020/01/27/alerte-jaune-apres-sa-une-polemique-sur-le-coronavirus-le-courrier-picard-sex-cuse,8690474.php>

del iceberg”, es decir, la parte más visible de lo que generan las *fake news*. Un ejemplo muy claro de este tipo de bulos lo pudimos ver en abril de 2020 en la ciudad de Santoña (España), cuando seis audios de WhatsApp que acusaban a las comunidades gitanas de expandir los contagios, se difundieron entre los vecinos, provocando numerosos comentarios racistas¹⁸ (Sánchez, 2020). Y, por descontado, también deberíamos incluir en esta categoría –en la que los mensajes que se ofrecen inducen claramente a conclusiones falsas contra minorías– todos aquellos comentarios vertidos por líderes de gobiernos u organizaciones que, efectivamente son ofrecidos como personales, pero con una influencia que supera con creces la de una persona anónima. La mención realizada anteriormente al presidente Donald J. Trump, o las palabras del líder del partido turco Refah, Fatih Erbakan, afirmando que “el virus sirve a los objetivos del sionismo”¹⁹ (Eichner, 2020) serían ejemplos de ello.

Por último, encontraríamos las caricaturas o “memes” que se expanden en las redes sociales y que asocian hechos falsos con determinadas minorías o las ridiculizan aprovechando esta vinculación, fruto de las noticias falsas de tono objetivo que comentábamos previamente. Aquí podremos encontrar las imágenes que ha recogido la Antidifamation League (2020), en las que se utilizan motivos antisemitas mezclados con acusaciones de creación y propagación del virus a las comunidades judías²⁰. Estos montajes son una simplificación del contenido de las *fake news*, que se realiza con el propósito de alcanzar a un mayor número de público, utilizando un lenguaje más visual.

Aunque de diferente estructura y diseño, estos distintos tipos tienen en común la utilización de prejuicios y estereotipos ya usados en otros mensajes para convertirlos en supuestas informaciones veraces.

¹⁸ Sánchez, G. (27 de abril de 2020). Los gitanos, nuevo foco de mensajes racistas que les acusan de extender el coronavirus en España. *El Diario*. Recuperado de: https://www.eldiario.es/desalambre/gitanos-bulos-racistas_1_5894352.html

¹⁹ Eichner, I. (23 de marzo de 2020) En Turquía responsabilizan a los judíos por el coronavirus. *Ynet en español*. Recuperado de: <https://www.ynetspanol.com/actualidad/mundo-judio/articulo/H13sTYUII>

²⁰ Antidifamation League. (22 de abril de 2020). *Coronavirus: Antisemitism*. <https://www.adl.org/blog/coronavirus-antisemitism>

DIPLOMACIA PÚBLICA Y COMUNICACIÓN, TÁNDEM CONTRA LA DESINFORMACIÓN

Los ataques producidos contra las minorías presentes en una sociedad pueden constituir ataques mismos contra la convivencia de dicha sociedad. El pluralismo es una de las grandes riquezas sociales y “si algo nos ha enseñado el lento proceso de aprendizaje democrático es que no debemos exonerarnos de las garantías y limitaciones que ha impuesto la democracia para resistir cambios que pueden ser para peor. Y la parte más importante, incluso en momentos excepcionales, es proteger el pluralismo” (Innerarity, 2020)²¹. Si entendemos este pluralismo que señala el filósofo Daniel Innerarity en su sentido más amplio, veremos cómo la protección de las minorías supone una importante misión de los estados.

En este sentido, la diplomacia pública desarrolla aquí un papel de capital importancia. Entendida según la definición de Bruce Gregory, la diplomacia pública “ha llegado a significar un instrumento utilizado por estados, asociaciones de estados y algunos actores subestatales y no estatales para comprender culturas, actitudes y comportamientos; para construir y gestionar relaciones; e influir en pensamientos y movilizar acciones para promover sus intereses y valores”²² (Gregory, 2011, como se citó en Pamment, 2014).

Las numerosas iniciativas de diplomacia pública que, de manera especial en Occidente, los estados han puesto en marcha han permitido en buena medida que los intentos de polarización extrema y de propagación de la intolerancia a través de las *fake news* hayan chocado frontalmente con una sociedad que conoce mejor lo diferente, convive con otras identidades culturales y entiende esa convivencia como parte de un enriquecimiento social.

²¹ Innerarity, D. (2020). Understanding, Deciding, and Learning: The Key Political Challenges in Times of Pandemic. En Poliares, Miguel; W. Khan, Paul (Eds.), *Democracy in Times of Pandemic* (págs. 122-135). Londres, Reino Unido: Cambridge University Press.

²² Pamment, J. (2014). Diplomacy: Digital and Public. En Pérez de Agreda, E.; Rubio, R., y Manfredi, J.L. (Eds.), *La Diplomacia pública como reto de la política exterior* (págs. 30-43). Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación.

Basta pensar en qué hubiese pasado si todas estas *fake news* hubieran llegado a una sociedad en la que no hubieran existido las instituciones culturales de diplomacia pública que nos han permitido conocer la literatura, las tradiciones, el arte o el pensamiento que se genera más allá de nuestras fronteras; los programas de intercambio que han facilitado a nuestras generaciones más jóvenes experimentar el modo de vida de otros países; las campañas desarrolladas en otras latitudes para ofrecer un mejor conocimiento de nuestros países y sus posicionamientos frente a temas clave, o la labor de *think tanks* y centros internacionales de enseñanza como el Instituto Cervantes, el British Council, el Istituto Italiano di Cultura o el Institut Français.

En todas y cada una de estas iniciativas, la comunicación pasa por ser el aliado principal de la diplomacia pública. Tal y como señala el profesor Rafael Rubio (2014), “la diplomacia considerará la comunicación como una herramienta esencial para lograr sus objetivos, la transparencia se consolidará como el pilar de la persuasión y la seguridad de las transmisiones requerirá otros fundamentos. La coherencia entre el decir, el hacer y el ser obliga a la inclusión de la comunicación en la planificación estratégica”²³.

Sin embargo, como veíamos anteriormente, las *fake news* se expanden y logran influencia con una gran celeridad. Y ello nos debe llevar a un replanteamiento de la alianza entre comunicación y diplomacia pública como herramienta contra la desinformación, teniendo el mundo online como principal campo de trabajo. Identificaremos aquí cuatro líneas estratégicas para esta alianza.

1. APRENDER EL IDIOMA

En primer lugar, debe ser prioritaria la adaptación al lenguaje digital, más allá de las campañas de marketing que tratan de vender una marca país. Precisamente una de las maneras de aprovechar “la diplomacia pública es aprender el «idioma» de las plataformas digitales, de la misma

²³ Rubio, R. (2014). La diplomacia pública: nuevos actores en un escenario nuevo. En Pérez de Agreda, E.; Rubio, R., y Manfredi, J.L. (Eds.), *La Diplomacia pública como reto de la política exterior* (págs. 10-19). Madrid, España: Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación.

manera que aprenderían el idioma de un país anfitrión. Esto implica que las personas e instituciones adopten nuevas formas de representarse a sí mismas, desde la etiqueta hasta la «netiqueta»²⁴ (Pamment, 2014). Solo un lenguaje correctamente adaptado a los públicos de cada país y a su manera de percibir la realidad puede ayudar a explicar la gravedad de las acusaciones infundadas contra minorías y la riqueza de la pluralidad.

Esto implica una correcta identificación de los públicos entre los que estas noticias falsas tienen una mayor repercusión, y un conocimiento sociológico profundo de los mismos, con el ánimo de identificar sus “marcos mentales”, dado que “la verdad, para ser aceptada, tiene que encajar en los marcos de la gente. Si los hechos no encajan en un determinado marco, el marco se mantiene y los hechos rebotan”²⁵ (Lackoff, 2007).

2. DIÁLOGO TRANSPARENTE

La diplomacia pública encuentra en las *fake news* dirigidas contra minorías un ataque frontal al trabajo que viene realizando desde hace décadas y es por ello más necesario que nunca desarrollar un trabajo de comunicación estratégica que amplifique los mensajes y llegue a una mayor parte de la sociedad. Pero no se trata de establecer lo que Carlos Elías (2018) llama “narrativas hegemónicas” –ya inservibles en nuestro tiempo– sino de crear un proceso de escucha activa e interacción constante que lleve al diálogo social y al conocimiento intercultural. A menudo confundido con la propaganda de un país, el trabajo de la diplomacia pública está llamado a utilizar una comunicación transparente, bidireccional, abierta y ética. Es por ello que tratar de imponer determinados discursos o mensajes con estrategias exclusivamente publicitarias o unilaterales, puede provocar justamente el efecto contrario, es decir, el triunfo de los discursos “contra-hegemónicos” (Elías, 2018).

²⁴ Pamment, J. (2014). Diplomacy: Digital and Public. En Pérez de Agreda, E.; Rubio, R., y Manfredi, J.L. (Eds.), *La Diplomacia pública como reto de la política exterior* (págs. 30-43). Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación.

²⁵ Lackoff, G. (2007) *No pienses en un elefante*. Madrid, España: Complutense.

3. UNA AGENDA NO MARCADA POR LOS ESTADOS

Atrás quedaron los años en los que eran los Estados, de la mano de los medios de comunicación, los que marcaban los temas de debate para la sociedad civil y sus preocupaciones. Los grupos extremos que generan las *fake news* contra minorías han sabido ver a la perfección cómo la conversación global está deslocalizada y viene marcada por una multiplicidad de actores difícil de concretar. Solo una comunicación consciente de este hecho puede ayudar a una diplomacia pública que se centre verdaderamente en el ciudadano y que sepa participar de esa conversación.

La relación entre estados y sociedad civil ha cambiado de forma sustancial. Así, “cuando la población se identifica más con problemas internacionales que con aquellos definidos por el Estado, están reubicando la autoridad en una organización no estatal, lo que permite a los actores no estatales acumular legitimación moral e influir en el comportamiento de los estados y obliga a los estados a asumir un cambio en la definición del público objetivo de su labor comunicativa”²⁶ (Rubio, 2014). Será labor de la estrategia de comunicación para la diplomacia pública monitorear esas identificaciones de la ciudadanía y dar seguimiento a una agenda en la que, sin lugar a dudas, las *fake news* tratarán de incluir sus ataques contra las minorías.

4. TRABAJAR EN RED

Por otro lado, es fundamental tener en cuenta que este trabajo de comunicación estratégica para la diplomacia pública no puede desarrollarse en solitario, sino que debe ser una labor en red. Es decir, si realmente se quiere llevar a cabo un diálogo activo que favorezca el conocimiento y la integración de las minorías, creando así una mayor

²⁶ Rubio, R. (2014). La diplomacia pública: nuevos actores en un escenario nuevo. En Pérez de Agreda, E.; Rubio, R., y Manfredi, J.L. (Eds.), *La Diplomacia pública como reto de la política exterior* (págs. 10-19). Madrid, España: Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación.

cohesión social, esto solo puede hacerse involucrando en esta planificación de comunicación a múltiples actores.

De este modo las entidades estatales no solo tendrían un papel de difusión de mensajes y fomento del mutuo conocimiento, sino que también serían dinamizadores de un diálogo en el que participen desde las propias minorías hasta agentes sociales, pasando por personas e instituciones de gran influencia social. De hecho, en la mayoría de las ocasiones, no sirve solo con involucrar a la minoría en cuestión, sino que es necesario convertir la estrategia en un diálogo que provenga de diferentes actores.

Un ejemplo de ello nos lo aporta uno de los mayores expertos en diplomacia pública, el profesor Nicholas J. Cull (2013), cuando nos habla de que “la muy criticada campaña “Valores compartidos” lanzada por la subsecretaria Charlotte Beers para reconstruir la relación de Estados Unidos con el mundo árabe incluyó un componente digital interactivo innovador en la forma de un sitio web llamado www.opendialogue.org operado en conjunto con el Consejo para el Entendimiento Musulmán Estadounidense que invitó a musulmanes de todo el mundo a compartir sus experiencias sobre los Estados Unidos y su gente. Pronto se publicaron más de mil historias, pero es insignificante cuando se compara con la enormidad del desafío de la opinión pública estadounidense en el mundo islámico. Fue un espectáculo secundario de un espectáculo secundario. El presupuesto se fue a otra parte”²⁷. Y es que solo una parte mayoritaria de la sociedad puede solucionar un peligro que afecta a la convivencia de una parte mayoritaria de la sociedad. O dicho en palabras del Relator Especial de Naciones Unidas para la libertad de Religión o Creencia, Ahmed Shaheed, “la crisis de la COVID-19 ha destacado la necesidad de establecer redes de colaboración para fomentar el entendimiento mutuo, promover el diálogo e inspirar la solidaridad”²⁸ (United Nations Human Rights, 2020).

²⁷ Cull J., Nicholas. (2013, marzo). The Long Road to Public Diplomacy 2.0: The Internet in U.S. Public Diplomacy. *International Studies Review*. Recuperado de: <https://ash.harvard.edu/files/cull.pdf>

²⁸ United Nations Human Rights. (17 de abril de 2020). *Rise in antisemitic hatred during COVID-19 must be countered with tougher measures, says UN expert*.

En esta estrategia comunicativa en red, hay uno de los actores que merece una mención especial: las propias redes sociales. Al igual que con el resto de las *fake news*, la colaboración con las plataformas es esencial para tratar que estos contenidos que polarizan la sociedad en contra de las minorías no tengan recorrido. “Contrarrestar el discurso de odio en línea tampoco tendrá éxito si los medios de comunicación masivos o las redes sociales no toman en serio los informes de odio cibernético contra judíos y otras minorías”²⁹ (United Nations Human Rights, 2020).

Además, aunque no es el propósito del presente texto, sí merece la pena señalar que el trabajo comunicativo de la diplomacia pública en defensa de las minorías como objetivo de las *fake news*, debe ir acompañado de la actuación legal que permita poner ante la justicia los casos que desestabilicen la cohesión social. Tal y como señala Kimberly Grambo (2019), para el caso estadounidense, “cuando las noticias falsas difunden narrativas falsas sobre grupos minoritarios vulnerables, surge un conjunto de preguntas completamente diferente en relación con el equilibrio entre los derechos de la Primera Enmienda y las amenazas al orden público”³⁰. Y es que “las noticias falsas que difunden información errónea sobre grupos minoritarios pueden interpretarse como una forma de difamación grupal, que muchos países de todo el mundo colocan al alcance de la supervisión gubernamental, a veces incluso a través de la ley penal”³¹ (Waldron, 2012).

A lo largo de la historia, las grandes crisis mundiales han sido vistas por muchos como una oportunidad para culpabilizar a los grupos culturales, étnicos o religiosos minoritarios de los males sufridos por toda la sociedad. El discurso no es nuevo. Pero sí lo son las herramientas y la construcción de los mensajes. Las *fake news* son uno de los principales desafíos que tiene la defensa de la pluralidad en nuestras sociedades hoy. Y la suma de diplomacia pública y una comunicación

Recuperado de: <https://www.ohchr.org/EN/NewsEvents/Pages/DisplayNews.aspx?NewsID=25800&LangID=E>

²⁹ *Ídem*.

³⁰ Grambo, K. (2019). Fake News and Racial, Ethnic, and Religious Minorities: A Precarious Quest for Truth. *University of Pennsylvania Journal of Constitutional Law*, 21. Recuperado de: <https://scholarship.law.upenn.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1700&context=jcl>

³¹ Waldron, J. (2012). *The Harm in Hate Speech*. Cambridge, EE.UU.: The Mit Press. (págs. 39-41)

efectiva, transparente, abierta, dialogante, dinámica y con multiplicidad de actores no es una herramienta esencial, sino la única posible.

BIBLIOGRAFÍA

- Antidifamation League. (22 de abril de 2020). Coronavirus: Antisemitism. <https://www.adl.org/blog/coronavirus-antisemitism>
- CASSEN, F. (3 de mayo de 2020). 'Jews Control Chinese Labs That Created Coronavirus': White Supremacists' Dangerous New Conspiracy Theory. Haaretz Daily Newspaper. Recuperado de: <https://www.haaretz.com/jewish/.premium-the-jews-control-the-chinese-labs-that-created-coronavirus-1.8809635>
- CULL J., Nicholas. (2013, marzo). The Long Road to Public Diplomacy 2.0: The Internet in U.S. Public Diplomacy. International Studies Review. Recuperado de: <https://ash.harvard.edu/files/cull.pdf>
- DO, A. (6 de julio de 2020). “¡Ustedes comenzaron el corona!”. Los incidentes de odio anti-asiáticos aumentan, superando los 800, los activistas piden ayuda. LA Times. Recuperado de: <https://www.latimes.com/espanol/california/articulo/2020-07-06/comenzaste-el-corona-a-medida-que-los-incidentes-de-odio-anti-asiaticos-aumentan-superando-los-800-los-activistas-piden-ayuda>
- EDMUNDS, D. R. (25 de mayo de 2020). One in five English people believe COVID is a Jewish conspiracy - survey. The Jerusalem Post. Recuperado de: <https://www.jpost.com/diaspora/antisemitism/one-in-five-english-people-believe-covid-is-a-jewish-conspiracy-survey-629187>
- EFE. (10 de septiembre de 2020). La UE alerta del auge de ‘fake news’ que culpan a los judíos de la Covid-19. La Vanguardia. Recuperado de: <https://www.lavanguardia.com/internacional/20200910/483392048754/union-europea-alerta-fake-news-judios-culpables-covid-19.html>
- EICHNER, I. (23 de marzo de 2020) En Turquía responsabilizan a los judíos por el coronavirus. Ynet en español. Recuperado de: <https://www.ynetspanol.com/actualidad/mundo-judio/article/H13sTYUII>
- ELÍAS, C. (2018). Fakenews, poder y periodismo en la era de la posverdad y hechos alternativos. Ámbitos. Revista Internacional de Comunicación. Recuperado de: https://e-archivo.uc3m.es/bitstream/handle/10016/30256/fakenews_elias_2018.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- European Jewish Congress. (2 de noviembre de 2020). Spanish Jews condemn antisemitic graffiti in Barcelona. <https://eurojewcong.org/news/communities-news/spain/spanish-jews-condemn-antisemitic-graffiti-in-barcelona/>

- FOUCHÉ, A. (29 de enero de 2020). Coronavirus: French Asians hit back at racism with 'I'm not a virus'. BBC. Recuperado de: <https://www.bbc.com/news/world-europe-51294305>
- GRAMBO, K. (2019). Fake News and Racial, Ethnic, and Religious Minorities: A Precarious Quest for Truth. *University of Pennsylvania Journal of Constitutional Law*, 21. Recuperado de: <https://scholarship.law.upenn.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1700&context=jcl>
- INNERARITY, D. (2020). Understanding, Deciding, and Learning: The Key Political Challenges in Times of Pandemic. En Poliaries, Miguel; W. Khan, Paul (Eds.), *Democracy in Times of Pandemic* (págs. 122-135). Londres, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Karnataka State Police Factcheck. (26 de abril de 2020). It's Not True That A Corona Positive Grape Seller in JP Nagar, Bengaluru Was Spitting on Grapes to Spread the Virus. <https://factcheck.ksp.gov.in/its-not-true-that-a-corona-positive-grape-seller-in-jp-nagar-bengaluru-was-spitting-on-grapes-to-spread-the-virus/>
- LACKOFF, G. (2007) *No pienses en un elefante*. Madrid, España: Complutense.
- LAJKA, A. (13 de abril de 2020). Video does not show police clearing a Jewish funeral with a water cannon. AP News. Recuperado de: <https://apnews.com/article/8751330134>
- MAGALLÓN, R. (2019). *Unfaking News. Cómo combatir la desinformación*. Madrid, España: Pirámide.
- Media Scanner. (9 de mayo de 2020). Fake Alert: Long List of Islamophobic fake news which is going viral during Coronavirus Pandemic. <https://mediascanner.in/fake-alert-long-list-of-islamophobic-fake-news-which-is-going-viral-during-coronavirus-pandemic/>
- MENON, G. y KYUNG, J. ELLIE. (9 de junio de 2020). When More Information Leads to More Uncertainty. *Harvard Business Review*. Recuperado de: <https://hbr.org/2020/06/when-more-information-leads-to-more-uncertainty>
- Midi Libre. (27 de Enero de 2020). «Alerte jaune» : après sa Une polémique sur le coronavirus, le Courrier Picard s'excuse. <https://www.midilibre.fr/2020/01/27/alerte-jaune-apres-sa-une-polemique-sur-le-coronavirus-le-courrier-picard-sexcuse,8690474.php>
- Pamment, J. (2014). Diplomacy: Digital and Public. En Pérez de Agreda, E.; Rubio, R., y Manfredi, J.L. (Eds.), *La Diplomacia pública como reto de la política exterior* (págs. 30-43). Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación.

- Pew Research Center. (14 de junio de 2018). Political awareness, digital savviness and trust in the media all play large roles in the ability to distinguish between factual and opinion news statements. https://www.journalism.org/2018/06/18/distinguishing-between-factual-and-opinion-statements-in-the-news/pj_2018-06-18_fact-opinion_0-01/
- RUBIO, R. (2014). La diplomacia pública: nuevos actores en un escenario nuevo. En PÉREZ DE AGREDA, E.; RUBIO, R., y MANFREDI, J.L. (Eds.), *La Diplomacia pública como reto de la política exterior* (págs. 10-19). Madrid, España: Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación.
- ROGERS, K.; JAKES, L., y SWANSON, A. (18 de marzo de 2020) Trump Defends Using ‘Chinese Virus’ Label, Ignoring Growing Criticism. *The New York Times*. Recuperado de: <https://www.nytimes.com/2020/03/18/us/politics/china-virus.html>
- SÁNCHEZ, G. (27 de abril de 2020). Los gitanos, nuevo foco de mensajes racistas que les acusan de extender el coronavirus en España. *El Diario*. Recuperado de: https://www.eldiario.es/desalambre/gitanos-bulos-racistas_1_5894352.html
- United Nations Human Rights. (17 de abril de 2020). Rise in antisemitic hatred during COVID-19 must be countered with tougher measures, says UN expert. Recuperado de: <https://www.ohchr.org/EN/NewsEvents/Pages/DisplayNews.aspx?NewsID=25800&LangID=E>
- WALDRON, J. (2012). *The Harm in Hate Speech*. Cambridge, EE.UU.: The Mit Press. (págs. 39-41).
- We are social. (2021). *Digital 2021*. Recuperado de: <https://wearesocial.com/digital-2021>

Capítulo 8

La UE frente a las campañas de desinformación

MIGUEL ÁNGEL BALLESTEROS MARTÍN

Director del Departamento de Seguridad Nacional

El Consejo Europeo del 19 y 20 de marzo de 2015, en sus conclusiones¹ establecía la necesidad de contrarrestar las campañas de desinformación procedentes de Rusia, e invitaba a la alta representante a que, en cooperación con los Estados miembros y las instituciones de la UE, preparase antes de junio de ese año un plan de acción sobre comunicación estratégica para hacerlas frente.

La primera consecuencia fue la creación, dentro del Servicio Europeo de Acción Exterior (SEAE), del *East StratCom Team*². Un grupo de trabajo compuesto por dieciséis profesionales con diferentes perfiles relacionados con la comunicación, que hablaban varios idiomas, incluido el ruso. En la actualidad el grupo cuenta con 27 miembros.

El grupo de trabajo se creó para hacer frente a las campañas de desinformación procedentes de Rusia, mediante una comunicación proactiva de las políticas y actividades de la Unión Europea en Rusia y en los países de la Asociación Oriental: Armenia, Azerbaiyán, Bielorrusia, Georgia, Moldavia y Ucrania. Todo ello de acuerdo con el Plan de acción sobre comunicación estratégica que se aprobó en junio de 2015³.

Inicialmente su trabajo consistía en informar y analizar las tendencias de desinformación, explicar y exponer las narrativas de desinfor-

¹ <https://www.consilium.europa.eu/media/21872/st00011es15.pdf>

² https://eeas.europa.eu/headquarters/headquarters-homepage_en/2116/%20Questions%20and%20Answers%20about%20the%20East%20StratCom%20Task%20Force

³ <http://archive.eap-csf.eu/assets/files/Action%20Plan.pdf>

mación y crear conciencia sobre la desinformación proveniente de Rusia o de fuentes rusas que eran difundidas en el espacio mediático de los países del Este de la Unión.

Su objetivo era y sigue siendo obtener una imagen lo más completa posible de las campañas de desinformación procedentes de Rusia, pero no tiene como objetivo analizar opiniones, ni busca “poner en la lista negra” a nadie. Simplemente verifica los hechos e identifica la desinformación proveniente de territorio ruso, del idioma ruso y de los medios de los países vecinos del Este. Se centra en el mensaje de desinformación, no en el mensajero.

Este grupo de trabajo junto a otros tres más (‘South Task Force’, ‘Western Balkans Task Force’, ‘Middle East and North Africa (MENA) Task Force’) se encuadran en la actualidad en la División de Comunicaciones Estratégicas (StratCom) del SEAE.

El *East StratCom Team*⁴ dispuso de un presupuesto de 1,1 millones de euros en 2018. El presupuesto de la División de Comunicaciones Estratégicas aumentó a 3 millones de euros en 2019, hasta alcanzar los 5 millones actuales.

El 14 de octubre de 2016, el Parlamento Europeo aprobó un informe sobre la comunicación estratégica de la Unión (2016/2030(INI))⁵ para contrarrestar la propaganda de terceros en su contra, y en ella, entre otras cuestiones, se hace hincapié en la responsabilidad que incumbe a los Estados miembros de contrarrestar de manera activa, preventiva y cooperativa las operaciones de información hostiles en sus territorios o destinadas a socavar sus intereses; insta a los Gobiernos de los Estados miembros a que desarrollen sus propias capacidades de comunicación estratégica.

Un año y medio después, el 26 de abril de 2018 la Comisión Europea aprobó la Comunicación sobre la Lucha Contra la Desinformación en Línea, COM (2018) 236⁶, donde se define la desinformación

⁴ https://eeas.europa.eu/headquarters/headquarters-homepage_en/2116/%20Questions%20and%20Answers%20about%20the%20East%20StratCom%20Task%20Force

⁵ https://www.europarl.europa.eu/doceo/document/A-8-2016-0290_ES.html

⁶ <https://eur-lex.europa.eu/legal-content/ES/TXT/PDF/?uri=CELEX:52018DC0236&from=es>

como la *«información verificablemente falsa o engañosa que se crea, presenta y divulga con fines lucrativos o para engañar deliberadamente a la población, y que puede causar un perjuicio público»* e incluye en este perjuicio público las amenazas a los procesos democráticos y a bienes públicos tales como la salud, el medio ambiente o la seguridad, entre otros.

La Comisión considera que *“la desinformación es una potente herramienta de influencia, que resulta barata y a menudo es económicamente rentable. Hasta el momento, la mayoría de los casos conocidos han sido artículos escritos, a veces complementados con imágenes auténticas o con contenido audiovisual fuera de contexto. Pero ahora se dispone de nuevas tecnologías, asequibles y fáciles de usar, para crear imágenes y contenidos audiovisuales falsos (Deep fakes), lo que ofrece métodos de manipulación de la opinión pública más potentes”*.

Más adelante se indica que *“los propios usuarios también desempeñan un papel en la difusión de desinformación, que tiende a viajar más rápidamente en las redes sociales debido a la propensión de los usuarios a compartir contenido sin verificarlo previamente. El volumen y la velocidad del flujo de contenido en línea aumentan el riesgo de compartir desinformación indiscriminadamente”*. Y es que, según el profesor Manuel Torres, las nuevas tecnologías nos han hecho más vulnerables frente a la mentira. La propaganda siempre se ha enfrentado al papel pasivo del consumidor, en Internet este se convierte en un consumidor activo: retuitea, hace comentarios a las noticias, lo que le convierte en un actor que con su credibilidad da fuerza al mensaje convirtiéndolo en propaganda participativa.

En esa comunicación, la Comisión anunció su propósito de convocar un *“Foro multilateral sobre desinformación para proporcionar un marco de cooperación eficaz entre las partes interesadas relevantes, incluidas las plataformas en línea, la industria publicitaria y los principales anunciantes, los medios de comunicación y los representantes de la sociedad civil, para garantizar el compromiso de coordinar y aumentar los esfuerzos para combatir la desinformación. Este foro es independiente del Foro de internet de la UE sobre contenido terrorista en línea.*

El primer resultado del foro debería ser un código de buenas prácticas sobre la desinformación para toda la UE, que vería la luz en

julio de 2018, con objeto de que tuviera efectos cuantificables antes de octubre de 2018.

El Procedimiento de actuación contra la desinformación aprobado en España también contempla la colaboración público-privada con estos mismos colectivos. Y en noviembre ya se celebró una primera reunión exploratoria de lo que puede llegar a constituir un foro donde debatir entre todos los temas relacionados con la desinformación que afectan a la Seguridad Nacional.

La UE también abordó el tema de “*los verificadores de datos que han surgido como un elemento integral de la cadena de valor de los medios, verificando y evaluando la credibilidad del contenido sobre la base de hechos y pruebas*”. Estos deben actuar basándose en unas normas muy rigurosas, como el código de principios de la Red internacional de verificación de datos (International Fact Checking Network).

La Comisión también habilitó el uso del programa *Horizon 2020* para movilizar tecnologías y estudiar la posibilidad de contar con apoyo adicional para facilitar el empleo de herramientas para combatir la desinformación, acelerar el plazo de comercialización de actividades innovadoras de gran impacto y fomentar las alianzas entre investigadores y empresas. Y es que es imprescindible disponer de herramientas que faciliten la búsqueda y el análisis de las campañas de desinformación.

Con vistas a las elecciones al Parlamento Europeo de 2019, la Comisión pidió a las autoridades nacionales que implementaran procedimientos para la identificación, mitigación y gestión de los riesgos que suponen para los procesos electorales, los ciberataques y la desinformación.

España puso en marcha su primer Procedimiento de actuación frente a la Desinformación en marzo de 2019 para atender a este requerimiento de la UE y disponer de una herramienta útil para detectar injerencias en las elecciones nacionales y de la UE que tendrían lugar a lo largo de 2019.

La Comisión considera que “*los medios informativos de calidad —incluidos los públicos— y el buen periodismo desempeñan una función importante en el suministro de información diversa y de alta calidad. Al garantizar un entorno mediático plural y diverso, pueden descubrir, contrarrestar y diluir la desinformación*”.

Y anima a los Estados miembros a estudiar regímenes de ayudas aplicables horizontalmente para abordar los fallos de mercado que obstaculicen la sostenibilidad del periodismo de calidad, además de medidas de apoyo para actividades específicas, como la formación de periodistas o la innovación en servicios y productos.

Según la Comisión *“la comunicación y la sensibilización por parte de los poderes públicos es una parte fundamental de la respuesta a la desinformación. Además de la detección y el análisis de datos, una comunicación estratégica precisa de actividades de difusión adecuadas para contrarrestar las falsas narrativas”*.

Todo lo dicho explica porque el Procedimiento de lucha contra la desinformación en España afecta de lleno a la Secretaría de Estado de Comunicación (SEC) ya que según el Real Decreto 136/2020, de 27 de enero, por el que se reestructura la Presidencia del Gobierno, La SEC tiene como misiones entre otras:

- La coordinación de la política informativa del Gobierno y la elaboración de los criterios para su determinación, así como el impulso y la coordinación de la política de comunicación institucional del Estado.
- La gestión de la comunicación ante situaciones de alerta nacional.
- Responsable de las relaciones con los medios de comunicación.

El 13 de junio de 2018, el Comunicado de la Comisión Europea titulado *“Una Europa que protege”*⁷, indica que *“las actividades híbridadas por parte de agentes estatales y no estatales siguen suponiendo una amenaza tan seria como grave para la UE y sus Estados miembros. Los períodos electorales, por ejemplo, han resultado un objetivo especialmente estratégico y vulnerable”*.

La Alta Representante, Federica Mogherini, declaró entonces: *«En una era caracterizada por el brote de nuevos desafíos en todas partes del mundo, estamos reforzando nuestra actividad dentro de la Unión Europea para repeler las amenazas híbridadas, tanto en el ámbito de la*

⁷ https://ec.europa.eu/commission/presscorner/api/files/document/print/es/ip_18_4123/IP_18_4123_ES.pdf

ciberdelincuencia como en el de la desinformación o el de la contra-inteligencia. Junto con nuestros Estados miembros y nuestros socios, como la OTAN, estamos trabajando para reforzar nuestras capacidades de hacer frente a estos desafíos y de aumentar nuestra resiliencia con respecto a los riesgos químicos, biológicos, radiológicos y nucleares a fin de proteger eficazmente a nuestros ciudadanos.»

Como vemos la desinformación es uno de los instrumentos fundamentales de las amenazas híbridas que algunas potencias emplean contra terceros Estados, motivo por el cual son tratadas por el Sistema de Seguridad Nacional.

El Consejo Europeo de los días 13 y 14 de diciembre de 2018, aprobó un Plan de Acción contra la desinformación⁸ en el que se establece que:

- *“Los Estados miembros deben complementar y respaldar las acciones de las instituciones de la Unión incrementando sus capacidades nacionales y apoyando los aumentos de recursos necesarios para las instituciones de la Unión”.*
- la Comisión y la Alta Representante piden a los Estados miembros que cooperen para llevar a cabo las acciones establecidas en el presente Plan de Acción.

Por otro lado, presenta como objetivos principales el desarrollo de capacidades en el seno de la Unión y el fortalecimiento y la cooperación entre sus Estados miembros. En su implementación, se han abordado estrategias, mecanismos y herramientas para hacer frente a la desinformación, entre ellas, la puesta en marcha del Sistema de Alerta Rápida de la Unión Europea RAS⁹.

En este sentido el Plan recoge que:

- *“Con vistas a la creación del sistema de alerta rápida, cada Estado miembro deberá designar, de acuerdo con su estructura institucional, un punto de contacto (POC), idealmente perteneciente a los servicios encargados de las comunicaciones*

⁸ <https://eur-lex.europa.eu/legal-content/ES/TXT/PDF/?uri=CELEX:52018J-C0036&qid=1604669612930&from=EN>

⁹ https://eeas.europa.eu/headquarters/headquarters-homepage_en/59644/Factsheet:%20Rapid%20Alert%20System

estratégicas. Este punto de contacto compartirá las alertas y garantizará la coordinación con todas las demás autoridades nacionales pertinentes, así como con la Comisión y el SEAE". (eso señala a la SEC en España como POC.

- *“Las instituciones de la Unión y los Estados miembros deben mejorar su capacidad de reaccionar y comunicar eficazmente”*.
- *“Debe reforzarse la cooperación entre los Estados miembros y las instituciones de la Unión, especialmente en lo que se refiere al intercambio de información, el aprendizaje común, la sensibilización, el envío activo de mensajes y la investigación”*.

El Sistema de Alerta Rápida (RAS) es un elemento importante del enfoque general de la UE para abordar la desinformación. Es uno de los cuatro pilares del Plan de Acción contra la desinformación. Más concretamente, es el segundo pilar, denominado “Refuerzo de las respuestas coordinadas y conjuntas a la desinformación” en el que se establece que se *“creará un sistema de alerta rápida para alertar instantáneamente sobre campañas de desinformación”*.

En España para dar una respuesta coordinada y conjunta se aprobó un Procedimiento en marzo de 2019 reformado en octubre de 2020 dentro del Sistema de Seguridad Nacional que es quien coordina toda la actividad relacionada con la seguridad y no olvidemos que la desinformación es parte de las amenazas híbridas.

La actividad del RAS comienza en marzo de 2019¹⁰, y es gestionado por la División de Comunicaciones Estratégicas (Grupos de Trabajo y Análisis de la Información) del Servicio Europeo de Acción Exterior.

El RAS dispone de las siguientes plataformas:

- Hub de Cooperación. Su objeto es el de facilitar la cooperación efectiva entre los miembros del RAS con la finalidad de desarrollar acciones conjuntas)
- Hub de Investigación y Análisis. Dedicado al examen de la detección, análisis y la presentación de informes sobre la des-

¹⁰ https://eeas.europa.eu/delegations/ecuador/59644/factsheet-rapid-alert-system_fi

información y/o interferencias realizados o proporcionados por las instituciones de la UE, los EEMM y terceros, además de contener un repositorio de narrativas para hacer un seguimiento de las narrativas generales.

- Hub de Comunicaciones Estratégicas. Espacio destinado a proporcionar intercambio de material que ha sido utilizado por los EEMM o por las instituciones de la UE para hacer frente a la desinformación, así como compartir mejores prácticas y lecciones aprendidas.

El pasado 3 de diciembre de 2020, de la Comisión Europea aprobó un nuevo Plan de Acción para la Democracia Europea, dirigido a empoderar a los ciudadanos y construir democracias más resistentes en toda la UE. En él anuncian medidas destinadas a promover elecciones libres y justas, fortalecer la libertad de prensa y luchar contra la desinformación, que serán implementadas a lo largo del 2021 y 2022, y se revisarán en 2023.

Para contrarrestar la desinformación, el Plan propone:

- Desarrollar la caja de herramientas de la UE para contrarrestar la interferencia extranjera. (Toolbox).
- Emitir orientaciones para disponer de con un Código de prácticas sobre desinformación reforzado y establecer un marco de seguimiento permanente.
- Impulsar la alfabetización mediática, concienciar y apoyar a la sociedad civil.

LA CONTRIBUCIÓN DE ESPAÑA AL PLAN DE LA UE CONTRA LA DESINFORMACIÓN

El Procedimiento de actuación contra la desinformación publicado en el BOE el pasado día 5 de noviembre está inspirado en el procedimiento de la UE y así la Comisión Permanente contra la desinformación es un órgano que realiza misiones equivalentes a las que realiza el RAS.

EL POC ante el RAS es la Secretaria de Estado de Comunicación ya que es el organismo a quien corresponde teniendo en cuenta sus misiones

Con la finalidad de dar cumplimiento a los requerimientos establecidos por la Unión Europea e implementar a nivel nacional las políticas y estrategias promulgadas en el ámbito de la lucha contra la desinformación, se ha desarrollado el Procedimiento de actuación Contra la Desinformación¹¹, aprobado el pasado 6 de octubre por el Consejo de Seguridad Nacional (CSN) y publicado en el Boletín Oficial del Estado (BOE) el 5 de noviembre de 2020.

El Plan apunta a la necesidad de una acción coordinada y acorde a nuestros valores democráticos que haga frente a los riesgos y amenazas para nuestra sociedad, el incremento de nuestras capacidades con el objetivo de hacer frente a la desinformación y se refuerce nuestra resiliencia.

El procedimiento no trata de hacer frente a las noticias falsas (*fakes news*), sino que establece los instrumentos necesarios para participar en los mecanismos que la Unión Europea ha puesto a disposición de los Estados miembros para reforzar las capacidades de respuestas coordinadas y conjuntas frente a las campañas de desinformación e influencia. Cabe resaltar nuestra participación activa en el mecanismo de alerta rápida de la Unión Europea RAS¹² y en la red europea de procesos electorales¹³.

¹¹ <https://boe.es/boe/dias/2020/11/05/pdfs/BOE-A-2020-13663.pdf>

¹² https://eeas.europa.eu/headquarters/headquarters-homepage_en/59644/Factsheet:%20Rapid%20Alert%20System

¹³ https://ec.europa.eu/info/policies/justice-and-fundamental-rights/eu-citizenship/electoral-rights/european-cooperation-network-elections_en#cooperationnetworkelections

BLOQUE III
PERIODISMO CONTRA
DESINFORMACIÓN

Capítulo 9
**Periodismo frente a desinformación:
2020, el año de la pandemia
y de las “fake news”**

JUAN CARLOS SÁNCHEZ ILLÁN

*Profesor en el Departamento de Comunicación
de la Universidad Carlos III de Madrid*

De acuerdo con el adagio clásico, en tiempos de crisis o de guerra, a nadie le interesa la Verdad, con mayúsculas, en su sentido más filosófico y profundo. Los medios periodísticos, que debieran ser ante todo éticos y responsables, quedan estrictamente subordinados a determinados fines políticos o estratégicos. El Periodismo, como institución y como actividad profesional, desaparece y todo el ecosistema comunicativo se convierte en el terreno de la propaganda y la desinformación sistemáticas. Una Verdad cuya búsqueda y transmisión debería ser, precisamente, la esencia del ejercicio profesional e institucional del Periodismo. Y es que, “en la era de la mentira” –como ha señalado recientemente el escritor y columnista Javier Cercas–, “el buen periodismo es más necesario que nunca. Aquel que no se limita a contar la verdad, sino que además desenmascara mentiras. O al menos no acepta ser cómplice de ellas”¹.

A más gravedad en la crisis, además, se producen más aguas revueltas y más ganancia para fabuladores interesados. Se genera un contexto en el que *la mentira se convierte en un arma de futuro*, según otro clásico lugar común en circulación (Farmer, 2021). La crisis sanitaria de la Covid-19 ha exacerbado, indudablemente, todos los peores síntomas latentes en este ámbito, haciendo aflorar cualquier suerte de

¹ “En la era de la mentira”, *El País*, 20 de diciembre de 2020.

teorías descabelladas y acientíficas, supuestas conspiraciones de todo género, simples delirios...

La victoria de Donald Trump en las elecciones de noviembre de 2016 ha desafiado la lógica académica de las ciencias sociales y ha sido considerada la prueba más efectiva de que ese instrumento conocido como internet –que se presuponía que abriría un periodo de esperanza y progreso ilimitado para la Humanidad–, también podía emplearse para todo lo contrario, para extender la desinformación al servicio de las ideas más reaccionarias. Y esto ha sido así, porque “la información quiere ser libre, pero lo mismo pasa con la desinformación”, como ha mostrado Andrew Marantz (2021).

En cualquier caso, la intencionalidad y la planificación son los elementos clave en el que podríamos denominar un nuevo “ecosistema desinformativo”, en el que los bulos se han convertido en artefactos de difusión masiva, a través de las todopoderosas redes sociales. De hecho, el creciente poder de los intermediarios de internet –tales como Facebook, Twitter y Youtube– y el enorme impacto difusor de la desinformación digital no ha hecho sino crecer en medio de la pandemia sanitaria (Iosifidis y Nicoli, 2021).

La pandemia de Covid-19 ha desatado, al mismo tiempo, una auténtica *infodemia*. La pandemia se ha convertido así en una *infodemia*. La crisis del coronavirus ha disparado exponencialmente la difusión de bulos. La excepcionalidad que ha condicionado el coronavirus constituye una especie de tormenta perfecta para que arraigue la desinformación. Vivimos, pues, en tiempos de *infodemia*, es decir, de gran avalancha de información, en la que se mezcla lo verdadero y lo falso, lo relevante y la basura. Hemos perdido definitivamente la capacidad hermenéutica que proporcionaba la –más asentada– cultura clásica.

Personas de todo el mundo están abrumadas por una exponencial avalancha de información, a la que no da tiempo en convertir en conocimiento significativo y útil: alguna confusa, contradictoria, alguna precisa, otra inventada y toda accesible con una velocidad impensable hasta hace unas décadas.

En el caso de España, sin ir más lejos, el panorama histórico de los medios de comunicación social –prensa, radio y tv–, inscrito en el sistema político y económico por su afinidad con los partidos constitu-

cionales, ha quedado, en buena medida, plenamente desbordado. Los mecanismos y resortes de la propaganda clásica han sido rápidamente superados por la inmediatez y la masividad de las redes sociales. No es, por tanto, un fenómeno históricamente nuevo, sino exponencialmente amplificado por los nuevos recursos que ofrece la red de redes.

Las nuevas tecnologías de la información y la comunicación sirven ahora, con más eficacia que nunca, para el siempre efectivo recurso a la emoción más que a lo racional, de acuerdo a las contrastadas doctrinas de Goebbels. Por si fuera poco, en el caso de España no existe siquiera un mínimo consenso ni sobre los hechos o las evidencias materiales. Todo está permanentemente en discusión. El axioma del buen Periodismo, los hechos son sagrados y las opiniones son libres, nunca ha sido efectivamente respetado ni siquiera al abordar los hechos históricos del pasado más reciente (Sánchez Illán, 2018).

En todo caso, una cuestión pendiente –que habría que resolver– es la evaluación de hasta qué punto sirve la mentira para ampliar las bases de un movimiento político o tan solo para afirmar a los ya convencidos. Igualmente, habría que afrontar el reto de la regulación –o de la intervención– de los poderes públicos en este ámbito tan plurimorfo, caótico y que implica a tantos agentes: operadores de redes, creadores de contenidos, sociedad civil, medios de comunicación y partidos y élites políticas en general.

En el aciago 2020, en todo caso, vivimos completamente rodeados de noticias y datos falsos que no dejan de repetirse sin ningún tipo de freno. De hecho, los difusores y consumidores de *fake news* suelen ser negacionistas convencidos, que no dan credibilidad a ningún tipo de intento de verificación, venga de agencias públicas o privadas. Se trata de difundir el odio y la desconfianza hacia los políticos, que prosperan a sus anchas en el mundo de las falacias. Sin embargo, para referirnos a las falsedades, quizá en un esfuerzo por mantener la concordia, se ha empezado a utilizar eufemismos para aludir a cosas absurdas y, en muchos casos, incluso delictivas: posverdad, teorías marginales, pensamiento líquido, medias verdades, verdades o hechos alternativos, hipérboles...

Desde el ámbito profesional y académico, una vez más, hay que insistir todo lo que sea necesario en que la Verdad sí que importa.

Una *Era de la Posverdad* sin límites sería una era de la irracionalidad deliberada, en abierta oposición a todos los grandes avances de la Humanidad. Precisamente, posverdad o mentira emotiva es un neologismo que describe la distorsión deliberada de una realidad, en la que los hechos objetivos tienen menos influencia que las apelaciones a las emociones y a las creencias personales, con el fin de crear y modelar la opinión pública e influir en las actitudes sociales. La única defensa contra los embusteros taimados, la defensa más fiable, es la alfabetización especializada, de modo que todos nosotros nos convirtamos en pensadores críticos, como ha sostenido el psicólogo cognitivo Daniel J. Levitin, en su reciente ensayo *La mentira como arma* (2019).

Un pensamiento crítico en forma de Educación concebida con mayúsculas, cívica e integral, entendida tal como ya se hizo por los ilustrados en la segunda mitad del siglo XVIII y sería recogido en la Constitución de 1812, en el apartado de Derechos políticos. Una Educación, mutatis mutandis, que también podría inspirarse en un sentido orteguiano e institucionista, al modo esbozado en el proyecto (presentado en 1914) de la Liga para la Educación Política Española, fundado en la labor de medios periodísticos independientes y de calidad, la misión docente investigadora de la Universidad y el debate abierto y plural del Ateneo, más que una esfera política completamente viciada y al servicio del más puro marketing electoral.

La alfabetización mediática es más necesaria que nunca, un conjunto de habilidades de pensamiento crítico y analítico, que se movilizan para la búsqueda de información fiable, para proteger incluso nuestra salud física y la salud de la propia comunidad global. Es trascendental que el público sepa contrastar adecuadamente y cuáles son las fuentes fiables de información. Y esto es así, sobre todo, porque los nuevos medios y los movimientos políticos y sociales alternativos solo disponen de los cauces no convencionales para difundir sus programas y se han lanzado a este universo de la falacia comunicativa con auténtica voracidad. La mentira se ha convertido en una herramienta política de trabajo más. Han hecho de la desinformación, bulos y mentiras sistemáticas su propia esencia y su manera de ser y estar, con la que llamar la atención de las audiencias y espectadores, ya que no disponen de apoyos en los medios de comunicación clásicos e *insti-*

tucionalizados. Y lo cierto es que, para ellos, no hay ningún tipo de incentivos para no difundir *fake news* en el panorama actual, es un verdadero juego de ganar-ganar.

Por otro lado, nunca ha sido tan fácil mentir y manipular a discreción, pero también es cierto, al mismo tiempo, que nunca ha sido tan fácil verificar las informaciones o desinformaciones, si así se desea. Esto conduce a pensar en la validez de la clásica teoría de que el usuario se convence de lo que quiere y busca básicamente reforzar sus ideas. La alfabetización mediática, hay que insistir una vez más, es la principal medida de contención. En definitiva, la mejor defensa es proporcionar, desde el ámbito profesional y académico, herramientas y estrategias para valorar la información y verificar que muchas cosas simplemente no son tal como se nos dice. Es, pues, más que necesario fomentar la educación en medios para formar a la ciudadanía, de modo que sepa discernir las noticias falsas, intoxicaciones y bulos en todos los contextos en que se han desarrollado a lo largo de la Historia (Winston y Winston, 2021). Es una tarea pedagógica que ha de permitir concienciar sobre la desinformación, formar en la conciencia crítica, enseñar a identificar el origen de la información y saber cómo contrastarla. Los peligros de la comunicación sin filtros por Internet son cada vez más visibles, dada la falta de referentes ideológicos para el ser humano –como había sucedido en buena parte de la contemporaneidad, la necesidad de lo comunitario en tiempos individualistas, los efectos indeseables de la polarización política, de la manipulación de las masas, de lo fácil que es llegar, en definitiva a un futuro distópico, como ha mostrado Alejandro M. Gallo, en su monumental *Crítica de la razón paranoide* (2021).

El fenómeno actual de la desinformación en las redes sociales requiere, en suma, una aproximación plural y transdisciplinar: con las iniciativas de *fact-checking* –como las de Clara Jiménez Cruz desde su empresa de verificación en red Maldita.es– que se han desarrollado para combatir bulos, rumores y noticias falsas y con las propuestas de alfabetización mediática, encaminadas a formar a la ciudadanía contra la desinformación, como las propuestas académicas de Concepción Cascajosa Virino, desde la Universidad Carlos III de Madrid y de Jaume Duch Guillot, desde su responsabilidad como Director General de Comunicación en el Parlamento Europeo.

BIBLIOGRAFÍA

- FARMER, L. S. J. (2021). *Fake News in Context*. Londres y Nueva York: Routledge.
- GALLO, A. M. (2021). *Crítica de la razón paranoide* (2 vols.). Madrid: Reino de Cordelia.
- IOSIFIDIS, P. y NICOLI, N. (2021). *Digital Democracy, Social Media and Disinformation*. Londres y Nueva York: Routledge.
- LEVITIN, D. J. (2019). *La mentira como arma*. Madrid: Alianza Editorial.
- MARANTZ, A. (2021). *Antisocial. La extrema derecha y la 'libertad de expresión' en internet*. Madrid: Capitán Swing.
- SÁNCHEZ ILLÁN, J.C. (2018). *La Guerra Civil y el franquismo son noticia: Periodismo y Memoria histórica*, en Eiroa, Matilde (coord.). *Historia y Memoria en Red. Un nuevo reto para la historiografía*. Madrid: Síntesis, págs. 171-198.
- WINSTON, B. y WINSTON, M. (2021). *The Roots of Fake News. Objecting to Objective Journalism*. Londres y Nueva York: Routledge.

Capítulo 10

La desinformación y las “fake news” desde la primera línea mediática

CLARA JIMÉNEZ CRUZ

Periodista. Cofundadora y CEO de @maldita_es

En primer término, para quien no sepa que es Maldita.es, voy a empezar por explicarlo, porque me parece que es importante aclarar esta cuestión. Somos un medio independiente. Además, somos una fundación, no una empresa privada. No tenemos ánimo de lucro y somos *copyleft*, que significa que todo lo que hacemos se puede reproducir siempre que se cite y no se modifique.

Hacemos eso que en inglés se llama *fact checking*, y que en castellano se llama verificación y que en nuestro lema profesional del *malditismo* se llama periodismo para que no te la cuelen. Nos dedicamos a monitorizar el discurso público y político y a verificarlo. Por todo ello, efectivamente, nos quieren y nos odian a partes iguales. Además, habitualmente cada día nos odia una persona o grupo diferente, lo que también está bien, desde nuestra perspectiva de lucha contra los oscuros intereses de la desinformación y las *fake news*.

En nuestra actividad diaria, nos dividimos en productos nicho. Hay alguno que puede que algunas personas les suene incluso más que Maldita.es. Maldita Hemeroteca o Maldito Bulo son ahora los más conocidos. Pero, además, tenemos otros proyectos como Maldito Dato que se dedica a la verificación del discurso político y la transparencia o Maldita Ciencia que se centra en el discurso científico y sanitario. También tenemos una rama –que empezó recientemente– que se llama Maldita Tecnología, para intentar explicar a la ciudadanía cómo funcionan los últimos avances tecnológicos.

Creemos que la vida on line ya se ha convertido en la vida misma y las idénticas cosas que nos preocupan en el mundo real tenemos que enfrentarlas en la dimensión virtual. Por eso es importante cómo

legislamos para parar la desinformación. Antes, cuando hablábamos de desinformación, se hacía alusión a las taxonomías y me parece importante empezar por ahí y que tengamos muy claros los términos. El General Ballesteros, por ejemplo, está desde Seguridad Nacional creando grupos de trabajo precisamente para que sepamos a qué nos estamos refiriendo cuando hablamos de cada cosa.

Creo que también es importante que además de los términos, tengamos claro los contenidos y formatos de los que hablamos cuando se trata de desinformación. A mí siempre me gusta mucho tratar de mostrar la realidad que nos encontramos. Los periodistas, los políticos y los ciudadanos informados están en una conversación que se produce a un nivel superior y hay que ser consciente de que una parte muy grande de la sociedad en realidad no está en esa conversación, pendiente de esos mismos temas. La gente que trabaja diez, doce horas al día y que no lee todos los periódicos, como a lo mejor podemos hacer los periodistas, los políticos o la gente ultra informada, tiene otras preocupaciones. En Twitter, por ejemplo, tienen mucho peso los temas que interesan a los periodistas. Pero en Twitter estamos cuatro, no está toda España. Nuestra conclusión es que hay que estar pendiente del resto de la conversación y así trabaja Maldita.es, escuchando cuáles son las necesidades de los ciudadanos y dándoles respuestas a partir de las verificaciones. Nos encontramos preguntas como las que se refieren a este bulo sobre que un mosquito puede dejar embarazada a una mujer con un solo picotazo. Podéis pensar que esto no se lo cree nadie, pero es un contenido por el que nos han preguntado más de una vez en Maldita.es. Tanto es así que hemos llegado a escribir un desmentido.

Hay algunas cosas que creo que son esenciales cuando hablamos de desinformación para entender por qué el fenómeno nos afecta tanto ahora. Hace veinte años, sin ir más lejos, +los bulos iban poco más allá de la historia de Ricky Martin, el perro y la mermelada, y la desinformación funcionaba de otra manera. Pero ha habido una pérdida de la credibilidad en los medios de comunicación tremendamente grande. Yo empecé a trabajar cuando esa pérdida de credibilidad se estaba produciendo y la he padecido a lo largo de mi carrera profesional.

Creo, además, que la crisis económica entre 2008 y 2015 ha diezmado las redacciones. Se despidió a muchos periodistas que no se

volvieron a contratar después y, por lo tanto, tenemos a menos periodistas haciendo las mismas noticias que antes. O incluso más, porque el modelo de negocio que han seguido en los medios de comunicación digitales hasta ahora ha consistido en hacer publicidad que se paga mucho menos que en los medios de comunicación tradicionales, ya sea en papel, en tele o en radio. Y al final tienes que hacer muchas páginas vistas, es decir, muchas noticias en las que puedas incrustar publicidad, que la gente visite. Todo eso genera también ciertas malas praxis. Si tienes a menos periodistas haciendo más información es probable que esa información sea peor. Y eso no es culpa de los periodistas, es culpa de los editores que deciden que cada periodista tiene que hacer cinco noticias al día y no una. Además, tiendes a buscar noticias que vayan a generar atención. Y no siempre las noticias más importantes son las noticias más atractivas y sexys, por decirlo de alguna manera.

Luego ha habido una cosa buena y una cosa mala al democratizarse la información. Podemos leer setenta periódicos al día, pero también se ha democratizado la desinformación. Cualquiera fabrica una pieza de desinformación, la lanza al aire y eso se pone en circulación y se empieza a viralizar. Es muy fácil crear algo que tenga apariencia de medios de comunicación, pero que en realidad no lo es.

Hay una serie de patrones de consumo que han influido mucho en cómo percibimos la información y cómo nos relacionamos con ella. Estos datos son del Digital News Review del Reuters Institute que yo creo que es una fuente muy buena para entender cómo se está moviendo al mundo del periodismo y de la información y del consumo de información. Para que os hagáis una idea, el 79 por ciento de los españoles consumen medios digitales, el 73 por ciento lo hace móvil y el 34 por ciento de los españoles consume información a través de WhatsApp. Esa es una de las cosas que más estamos viendo que influyen en cómo la desinformación afecta a la gente. Estos datos de uso del móvil explican la pérdida *del ancla en la información*. Nosotros nos referimos al ancla como aquellas referencias que nos hacían poder interpretar que un medio de comunicación era fiable. Tú antes tocabas el papel del periódico y sabías que ibas a consumir información. Oías los pitos de la radio y sabías que venía el boletín horario. Sin embargo, ahora puedes mirar cientos de veces al día el móvil o redes sociales y por los formatos que vemos, es altamente probable

que no seas capaz de saber si eso es un medio fiable o no porque no tienes referencias.

Este es un ejemplo. Ahí se ven, al mismo tiempo, una noticia real y un bulo, pero al final la desinformación se parece mucho físicamente cuando la ves en la pantalla del móvil a la información veraz y contrastada. A lo mejor le das la misma credibilidad porque no ves el contexto y no ves que hay cosas que no cuadran en la noticia de “Urdangarín tendrá una paga en Suiza para sus gastos”. En realidad, viene de una página satírica en la que hay otras noticias como, por ejemplo, esta que con el titular “Le dijo a la Guardia Civil que iba a 200 por hora porque si no el coche se le amariconaba”. Si ves la noticia de Urdangarín en este contexto pues probablemente no le darías la misma fiabilidad.

Este fenómeno tiene otra vuelta de tuerca cuando consumimos en WhatsApp. Y no se olvide que el consumo en WhatsApp en España es muy superior al resto de Europa. Estamos a nivel de Brasil, de India, de Nigeria, de países que tienen problemas graves con la desinformación. En WhatsApp cuando consumes ni siquiera ves el link. Muchas veces consumes videos, consumes audios, consumes capturas, consumes cosas que están absolutamente sacadas de contexto y de las que no tienes anclas a las que agarrarte para saber si son información o no.

El Reuters Institute sacó también durante la pandemia un informe de la información sobre la COVID-19, en el que se abordaba dónde se estaba consultando esa información y la credibilidad que le daban en diferentes países: Alemania, Argentina, Corea del Sur, España, Estados Unidos y Reino Unido. En España, el 21 por ciento de los españoles confiaba en WhatsApp para informarse sobre la COVID-19 y el 27 por ciento dice que ni confía, ni deja de confiar. Estos porcentajes dan margen para la aparición de la desinformación brutal que hemos visto en las cadenas de WhatsApp durante la pandemia. Un margen muy grande en realidad. Es verdad, por otra parte, que hay un 49 por ciento que no confía en las aplicaciones de mensajería, pero la otra mitad de la población muestra algún grado de confianza en la información sobre la COVID-19 que le ha llegado por este medio.

Nosotros tenemos una estrategia muy centrada en WhatsApp, porque lo que venimos viendo en los años que llevamos desarrollando

Maldita.es es que la desinformación nace en WhatsApp. Primero la detectamos en WhatsApp y luego ya la vemos en el resto de sitios. Al final nos hemos centrado en poner la escucha en WhatsApp para poder adelantarnos, porque otra de las cosas que hemos ido viendo es que cuanto antes publicas un desmentido, cuanto antes cortas la desinformación, antes se frena y deja de viralizarse.

Para que os hagáis una idea, durante la COVID-19, que yo creo que no nos ha cambiado a todos de forma visible, hemos pasado de recibir unas doscientas cincuenta consultas al día a través de WhatsApp a más de dos mil. Para poder manejar esto, porque no es nada fácil, hemos desarrollado un chatbot de WhatsApp –que es el primero español– para hacer verificación. Permite verificar el contenido directamente. Los usuarios nos remiten la consulta sobre un bulo y automáticamente se les manda una respuesta si ya está verificado. Y si no, lo investigamos y mandamos el desmentido. Además, a nosotros nos permite nutrir una base de datos extensísima sobre los bulos que se están moviendo en WhatsApp. Cuántas veces nos han preguntado por un bulo, en qué formatos está circulando... El chatbot nos da mucha información para entender cómo está siendo el fenómeno y cuáles son las estrategias que tenemos que seguir para atajarlo. Para que se pueda constatar un poco cómo ha sido con la COVID-19, que es el tema que más hemos visto los últimos meses, hemos llegado a desmentir 852 contenidos de desinformación y hemos respondido a 650 preguntas. Porque en Maldita.es estamos constantemente en comunicación con los ciudadanos para saber cuáles son sus necesidades. Esas necesidades de la conversación de abajo como se mostraba al principio, no de lo que se está hablando arriba.

Hay algunos temas que yo creo que han sido predominantes durante la COVID-19. En el primer tercio de la pandemia vimos sobre todo cosas relacionadas con la prevención, como las falsas curas, con querer entender cómo funcionaba el virus y con teorías de la conspiración. Yo creo que respondían mucho a la incertidumbre y al miedo que tenía la gente ante una enfermedad nueva. En el segundo tercio, sobre todo hemos visto desinformación relacionada con el confinamiento y en el tercer tercio con la desinformación política. Eso nos preocupa bastante, porque nos da la sensación de que esta va a ser la dinámica a partir de ahora. Además, está pasando no sólo en España, también en Brasil y en Estados Unidos. Lo que hemos empezado a

ver es mucha desinformación política, muy polarizada. Hay mucho pensamiento científico que, lo creamos o no, también genera mucha polarización. Por primera vez en España, por ejemplo, hemos visto carteles anti científicos en la calle, algo que yo creo que nunca había pasado. Por lo menos nosotros no teníamos constancia.

Los datos del CIS sobre la vacuna creo que todos son indicativos de que empezamos a tener una masa crítica de población que no cree en la ciencia y nos debe de preocupar, sobre todo en una situación de pandemia. Por si se quiere ahondar un poco más en todo esto, en cómo ha sido la desinformación en Europa, hicimos un balance con otros cinco verificadores europeos. De este modo, AFP (Francia), CORRRECTIV (Alemania), Pagella Politica/Facta (Italia), Full Fact (Reino Unido) y Maldita.es (España) nos hemos puesto manos a la obra para compartir y comparar contenidos y hemos publicado un informe en PDF y en formato multimedia que se puede consultar en <http://covidinfodemicurope.com/>

Hay una cosa que nos tiene que preocupar especialmente con la desinformación, que tiene que ver con cómo se está polarizando este país. Yo sé que todos lo vemos, pero es que además los datos cada vez lo muestran más, según evidencias del Digital News Report. Me parece que es especialmente interesante, porque muestra cómo hay un porcentaje muy grande de españoles que quieren que los medios de comunicación ratifiquen lo que ellos ya opinan. No quieren información, no quieren que les den los datos y los hechos y que luego ya ellos decidan. Lo que quieren es que les *toque la patata*. Somos el segundo país dentro de los que analiza el Reuters Institute en el que más nos gusta que los medios de comunicación ratifiquen nuestra opinión por delante de Estados Unidos y por detrás de Brasil. Insisto, seamos conscientes del nivel de polarización en el que estamos.

No quiero acabar sin decir dos cosas más. Estamos hablando mucho de desinformación en la Unión Europea y de la legislación que viene. A mí me alegra mucho ver cómo nos hemos alejado de esa idea de legislar contenidos para intentar legislar la distribución. Eso es algo que cuando yo llegué al grupo de expertos de alto nivel de la Comisión Europea en el año 2018 no estaba tan claro y ahora parece que sí lo está. Y creo que también está bastante claro que no solamente es una cuestión de legislación, que hay que invertir en educación,

en alfabetización mediática, en tecnología y también en periodismo porque desgraciadamente la gente no paga por la información. Vamos a ver cada vez más la necesidad de invertir en medios fiables y de prestigio para que se puedan sostener.

Luego hay algunas cosas sobre las que creo que hay que tener mucho cuidado a la hora de legislar. Una es que con la legislación, como la hagamos mal, Internet deja de ser lo que conocemos. Hay que tener muy claro eso. Dos, que se nos puede quedar obsoleta, rapidísimo. Hay que hacer una legislación que sea lo suficientemente flexible como para que cuando entre en vigor no se haya pasado ya la época. También hay que tener mucho cuidado con la idea de que cualquier iniciativa sea percibida como censura. Yo creo que borrar contenidos no es el camino que deben seguir las plataformas, que quien quiera consumir mentiras tiene que poder hacerlo y que lo que hay que intentar es que no tengan el impacto que tienen a día de hoy, porque le podamos ofrecer contexto sobre esas mentiras a la gente para que luego tome una decisión sobre qué se cree y que se deja de creer. Yo creo que a la gente no le gusta que le engañen, no le gusta que le mientan y que cuando se le dan los datos y los hechos, al final termina cambiando de opinión.

Hay que tener mucho cuidado con poner la aplicación de la ley en manos de las plataformas. Ahora mismo eso ya es así y hay que ver cómo se arregla. Yo creo que Facebook no tiene que ser quien decida qué es y qué no es discurso de odio. Ese no puede ser el papel que juegue Facebook, porque al final lo que le estamos dando es las llaves del debate público a multinacionales que no están ni siquiera en Europa y que, bueno, tienen unas ideas y unos movimientos que no creo que sean los que deban regir cómo es nuestro debate público.

Hay que tener mucho cuidado con esa idea de identificar a todos los usuarios para poder perseguirlos penalmente, porque la realidad es que hay mucha gente que comparte esa información sin saberlo y por lo tanto esa idea de intentar perseguir por la vía penal a aquella persona que postea una mentira no tiene mucho sentido. También porque muchas veces es muy difícil saber cuál es el origen de esa información. Sobre todo, teniendo en cuenta que, por ejemplo, en el caso de España la desinformación empieza en Whatsapp y luego se mueve al resto de plataformas. Es imposible saber quién ha puesto en

movimiento algo en WhatsApp. Y tampoco queremos que nadie nos lea las conversaciones de WhatsApp. Por eso hay que tener mucho cuidado con ese tipo de ideas y con cómo se implementan. Y aquí lo voy a cerrar.

Quisiera, eso sí, recordar que Maldita.es es una fundación sin ánimo de lucro. Los recursos para su funcionamiento están publicados en la página web. Publicamos nuestras cuentas cada año y nuestros financiadores: <https://maldita.es/malditas-cuentas-de-donde-vienen-donde-van-nuestros-ingresos>

Hay una parte de Maldita.es que se financia con las aportaciones de *los malditos* y *las malditas*, como nosotros les llamamos. También nos financiamos a través de las colaboraciones con medios de comunicación –que hacemos diferentes personas– en el equipo con Onda Cero, con Radio Nacional, Televisión Española o eldiario.es. Hay parte que se financia con las alianzas tecnológicas que tenemos establecidas con Facebook y con Google. Y también a través de filantropía, becas, premios, etc... Además, tenemos una plataforma, o sea, un proyecto educativo a través del cual impartimos cursos, talleres y charlas en más de cien instituciones a lo largo del año, que también trae dinero a la caja. Por otra parte, también aceptamos dinero público. Hay algunos concursos públicos a los que nos hemos presentado tanto de la Unión Europea como en España.

En este apartado, asimismo, yo creo que aquí hay dos cosas. Los colegios y sobre todo los profesores, están muy abiertos a que haya formación en alfabetización mediática y, de hecho, nosotros tenemos un grupo de profesores que se han acercado pidiéndonos apoyo y estamos elaborando materiales para ellos. Quien parece que no se ha terminado de poner las pilas es el Ministerio. Creo que tiene que hacer un esfuerzo para que esto sea una materia transversal y ya va tarde, la verdad.

Por otro lado, también es necesario formar a periodistas locales, para que difundan el conocimiento en y sobre sus localidades. Yo creo que hay dos aspectos a tener en cuenta. Los periodistas que salen ahora de las facultades e incluso los periodistas que ya están trabajando en activo tienen que saber verificar. Así pues, al margen de que el periodismo ya es verificación de por sí, hay una serie de aptitudes de verificación digital que a mí me parece que hay que enseñarle a

cualquier periodista que está en una redacción, porque eso es lo que te evita abrir un informativo con una imagen de hace cinco años porque te la has encontrado en Twitter. Al mismo tiempo, hay que saber verificar las cosas y los datos y a partir de ahí que tengan que ser los periodistas locales y de cercanía o no, no es lo importante. Creo que todos los periodistas tienen que saber verificar. Punto.

Otra nueva pregunta es si el deepfake es una nueva amenaza o simplemente una evolución de la desinformación. Yo tengo ciertas dudas. Entiendo que nos tenemos que preparar para desmontarlos y se está invirtiendo mucho en tecnología e inteligencia artificial para poder detectarlos de manera rápida y eficaz. También creo que la realidad es que a día de hoy no se están utilizando, porque cuesta muchos recursos generarlos. Todos los que hemos visto se han generado ex profeso para enseñar que se pueden hacer, pero no hemos visto todavía ninguno. Creo que estamos muy preocupados con esa idea de los deepfakes y los bots rusos y eso está bien. O sea que me parece que está bien preocuparse, pero creo que tenemos que ser conscientes que tenemos un problema mucho mayor, que es que más de la mitad de la población española le llega a una cadena que dice que hay que chupar ajos para protegerse de la COVID y se la cree. Creo que ese es el verdadero drama. Si la gente se cree algo que haces con un “paint” en dos minutos, eso es lo que nos debería de preocupar. Tenemos, en suma, un notable problema social con la gente que se cree cualquier cosa que le llega al móvil.

Capítulo 11

El fenómeno de la desinformación desde el ámbito institucional

JAUME DUCH GUILLOT

*Abogado, profesor universitario y periodista.
Portavoz y Director General de Comunicación
del Parlamento Europeo*

En los capítulos anteriores, ya se ha hablado mucho de desinformación, de noticias falsas, de cómo está actuando la Unión Europea tanto a nivel legislativo como a nivel práctico. Este apartado se centrará también en el ámbito del periodismo, enfocado en las instituciones europeas.

¿Qué pueden hacer las instituciones europeas para ayudar a que el periodismo sea eficaz en la lucha contra la desinformación? Mi primer mensaje es que a la desinformación se la ataca con información, y la información no puede venir directamente de una institución, de un gobierno, de un parlamento. La información tiene que venir siempre a través de los medios de comunicación, pero obviamente, de medios de comunicación de calidad.

Es bueno recordar también por qué tenemos que luchar contra la desinformación desde la Unión Europea, replantearse cuál es el nivel de responsabilidad que nosotros tenemos que asumir y, sobre todo, qué es lo que está en juego, porque es importante para nosotros. Tanto el general Ballesteros como Juan Fernando López Aguilar se han referido a ello, yo lo resumo en tres puntos:

1. Como la desinformación atenta contra la calidad democrática de la Unión Europea, atenta a su vez contra la libertad de expresión. Un Parlamento tiene que defender el pluralismo y el pluralismo mediático, porque si no hay pluralismo mediático tampoco va a haber pluralismo político.

2. La desinformación degrada el debate político, socava la autoridad legítima de gobiernos o de sistemas políticos democráticos, y con ello también la credibilidad de los propios expertos o científicos, como hemos visto estos últimos meses con la pandemia.
3. Históricamente la desinformación ha sido un gran problema para la Unión Europea. Hemos discutido sobre las últimas tres décadas, yo empecé trabajando efectivamente en temas de comunicación y de información a principios de los 90 y ya en ese momento el gran problema del proyecto europeo eran la desinformación y la falta de información de calidad. El desconocimiento.

En los servicios de comunicación del Parlamento Europeo siempre hemos pensado que hay que ayudar a informar a la gente de la manera lo más objetiva posible: qué es, qué no es la Unión Europea, qué hace, incluso con sus sombras, pero también con sus luces. Hay veces que creemos, ha mostrado Clara Jiménez, que el nivel de información de la gente es bastante alto. Y existe una diferencia muy grande entre lo que podríamos considerar “la élite” –gente que busca informarse– y “la masa” –gente que se informa sin necesariamente buscarlo. La divergencia llega a ser considerable en política nacional, y en política europea, aún más grande.

La Unión Europea es un sistema democrático supranacional y por lo tanto también tiene que garantizar a ese mismo nivel que la gente pueda participar, se pueda informar y pueda tomar decisiones libres de interferencias o de manipulaciones ilegales.

Un buen ejemplo es la última campaña de las elecciones europeas, donde desgraciadamente volvimos a ver muchos ejemplos de desinformación. Algunos métodos eran antiguos, pero también hemos visto otros más recientes, sobre cómo explotar vulnerabilidades, distorsionar, polarizar el debate público o dividir a la sociedad para extender un mensaje político concreto sobre la base de la desinformación.

Quizá vimos menos de lo que esperábamos. Estábamos muy preocupados y al final la campaña fue más *limpia* de lo que pudimos prever. Esto puede haberse debido a que nos preparamos para ello y a la muy buena coordinación entre los Estados miembros y las propias instituciones europeas.

Pero sí hubo desinformación. En las redes sociales, pero también en los medios de comunicación, fundamentalmente en medios de comunicación online. Hubo intentos de polarizar, de apoyar movimientos extremistas, hubo historias recurrentes sobre la supuesta rusofobia de la Unión Europea, hubo campañas para acusar a la inmigración de acabar con los valores europeos...

Y hubo, como desde hace muchos años, campañas acusando a la Unión Europea de no ser democrática, asegurando que es elitista, burocrática y que malgasta el dinero público. El corolario de toda esa narrativa es que la Unión Europea no sirve para nada y el Parlamento Europeo por supuesto tampoco: por lo tanto, no era importante ni necesario ir a votar.

Otro gran ejemplo de desinformación es el Brexit. El Brexit es resultado, entre otras cosas, de una de las campañas de desinformación más largas de la historia contemporánea. No empezó dos años antes del día del referéndum, sino en los años 70 y 80. Mi experiencia personal me ha permitido ver cómo empieza y cómo se desarrolla un proceso de desinformación. Y hay siempre un elemento fundamental, que es el papel del periodismo.

La desinformación no son solo las llamadas noticias falsas, la falta de información también es desinformación. Y esa falta de información muchas veces es responsabilidad directa de quienes pueden informar, que son los medios de comunicación, y no lo hacen. A veces no basta con tener una prensa de calidad, por supuesto que hay que tenerla, pero al mismo tiempo hay que asegurarse de que esa prensa de calidad no esté mayoritariamente en manos de capital extranjero, que no pertenezca a monopolios, que no haya una interferencia política que la desvirtúe o que no caiga en el populismo periodístico en busca del *click*, que es un fenómeno que vemos constantemente en internet.

En el caso del Brexit, hay que insistir, no solo vimos todos estos elementos, sino que además pudimos ver, por ejemplo, medios de información públicos –como la BBC– dictando normas para sus periodistas que obligaban a dar la misma visibilidad a las dos campañas, a los dos argumentos. Lo que esto provocaba era dejar de lado u obviar el sentido crítico del propio periodista, que es el que de alguna manera tenía que ayudar a la ciudadanía a entender lo que era real y lo que

no lo era, lo que estaba basado en datos o en hechos y lo que no lo estaba.

Ahora estamos viendo una promoción constante y artificial de la supuesta falta de respuesta de la Unión Europea ante la Covid-19. Estas narrativas muestran así una Unión Europea que no se preocupa por los problemas de la gente. Esto, sin embargo, se contrasta fácilmente con el hecho de que, desde julio hasta hoy, la Unión Europea ha tomado más medidas contra el coronavirus de las que ha tomado en 40 años sobre muchísimos otros temas. En este contexto, también ha habido casos de propaganda –desinformación– orientada a dar a entender que los modelos más autoritarios son más eficaces que las democracias a la hora de luchar contra la pandemia.

En marzo-abril de 2020 estuvimos semanas viendo las mismas fotografías de dos o tres aviones que China había enviado a Europa con mascarillas y, en cambio, no estábamos viendo tan a menudo lo que hacían los Estados miembros, o lo que la Comisión Europea estaba llevando a cabo para permitir y garantizar la libre circulación de material médico, en un momento en el que los Estados miembros cerraban las fronteras a la circulación de la gente. Otro ejemplo es la campaña sobre la vacuna rusa, que empezó prácticamente en verano y solo hace unos días hemos podido conocer por fin su eficacia real. La desinformación también pone en riesgo la vida de las personas, con *fake news* que, por ejemplo, han llevado a gente a lavarse con lejía o a que se quemen repetidores 5G pensando que iban a propagar la epidemia. Vemos constantemente multitud de ejemplos sobre la nocividad de la desinformación, que incluso llega a poner en riesgo la vida de la gente.

Para luchar contra esto, se tienen que utilizar muchos canales a nivel europeo. Nosotros hemos empezado a lanzar campañas de información coordinadas con la Comisión Europea, por ejemplo, sobre la vacuna y sobre la importancia de que la gente se vacune, y es algo que vamos a tener que intensificar en las próximas semanas, además, en colaboración con las plataformas digitales.

Todos podemos criticar por muchísimas razones a Facebook, a Google o a cualquier otra plataforma, pero al final si queremos llegar a una parte muy importante de la gente tenemos que pasar por ellas, llevando por supuesto nuestros propios mensajes.

El Parlamento Europeo también está luchando contra la desinformación a diferentes niveles.

Es importante señalar algunas cosas sobre cómo estamos trabajando en los servicios de comunicación. Nos estamos coordinando —y con buenos resultados— con las demás instituciones, sobre todo con el Servicio de Acción Exterior de la Unión Europea —el Ministerio de Asuntos Exteriores de la UE— que está trabajando mucho contra la injerencia extranjera. Estamos activando la lucha contra la desinformación a través de nuestros propios medios. Tenemos una unidad, en la dirección general que dirijo, encargada de analizar desinformación y de prevenirla.

La prevención muchas veces es más útil que la reacción y lo que para mí es fundamental es la asistencia a los medios de comunicación, es decir, ayudar a los periodistas a hacer su trabajo de manera proactiva. Nuestro papel es estar preparados para que cuando llegue un tema los podamos ayudar sin perder tiempo. Trabajamos en una institución y tenemos que ser valientes.

No podemos refugiarnos en nuestra calidad de funcionarios y ver pasar la manifestación sin sentirnos aludidos, pero la independencia, para nosotros, es fundamental. Porque si el público no percibe independencia, tampoco ve credibilidad y sin credibilidad nuestro trabajo sirve muy poco. Por ejemplo, estos días habrán visto seguramente informaciones sobre un informe que ha publicado una plataforma de lucha contra la desinformación que se llama *EU Disinfo Lab*, sobre una red masiva de prácticamente cuatrocientos falsos medios de comunicación creados desde la India, con apoyo ruso, para divulgar los puntos de vista del partido del gobierno indio contra los de otros países, fundamentalmente de China y de Pakistán, con una ramificación en el propio Parlamento Europeo. Uno de estos medios se llamaba *EP Today* y se presentaba como un medio dependiente y oficial del Parlamento Europeo.

Si se lee el informe se observa que este utiliza también información oficial. Estos medios saben que les podemos ayudar a diferenciar lo que existe de lo que no, lo que es oficial, de lo que no lo es. E incluso poseemos la independencia suficiente para señalar el hecho de que en este Parlamento haya algunos eurodiputados que han actuado de forma discutible en temas relacionados con India, a los que estos me-

dios de comunicación les daban oficialidad, como si esos diputados representasen a la institución, mientras que se trataba solamente de posiciones políticas personales.

Como ya dije antes, la mejor arma contra la desinformación es la información de calidad, y esta obviamente no puede provenir de las instituciones, sino que tiene que provenir de los propios medios de comunicación. En este punto, en el propio Parlamento, hay tres niveles de acciones concretas para apoyar a los medios:

1. A nivel normativo, este es un Parlamento que legisla. En los últimos años se ha visto legislación sobre propiedad intelectual que obviamente tiene que ayudar, tal como ha sido planteada, a que los medios de comunicación puedan lograr la necesaria viabilidad económica. Que no les roben el trabajo, que no les roben el contenido. También se ha avanzado en legislación sobre protección de datos, la directiva sobre medios audiovisuales o, más recientemente, la legislación sobre la responsabilidad de las plataformas de redes sociales en la lucha contra la propaganda terrorista.

2. En el nivel de recomendaciones y de tomas de posición, se anima a los gobiernos de los Estados miembros a que tomen sus propias medidas a nivel nacional, respondiendo, por ejemplo, a los desafíos de los que hablaba respecto a la Covid-19, a la necesidad de que las plataformas cooperen con los medios de comunicación para promover información contrastada para eliminar información falsa, por ejemplo, sobre la propaganda terrorista. Así mismo se insiste en el hecho de que la Unión Europea tiene que estar preparada para luchar contra la desinformación externa, especialmente la que tiene origen en injerencias indebidas.

3. A nivel práctico se pueden hacer bastantes cosas que ya hemos puesto en marcha:

Primero, contar con los medios suficientes a nivel interno para poder dar servicio a los periodistas, no ya a los corresponsales en Bruselas –por supuesto– sino también a los cientos y cientos de periodistas que trabajan en sus países, en los Estados miembros. Son ellos quienes trabajan con la información europea, con noticias europeas, a veces sin saber muy bien a qué fuentes recurrir.

Segundo, un sistema de subvenciones. Es necesario un presupuesto para defender a los medios de comunicación. Y nosotros de una

manera un tanto humilde –porque somos un Parlamento, no somos la Comisión Europea ni la administración comunitaria– llevamos bastante tiempo con un sistema de subvenciones a proyectos de medios de comunicación que tengan que ver con la información europea y últimamente, sobre todo, también con la lucha contra la desinformación a nivel europeo. Por ejemplo, los últimos meses de 2020 hemos estado trabajando mucho con el periódico *La Repubblica* en Italia, pero hay bastantes otros ejemplos de apoyo a redes transeuropeas de *fact-checkers*. Otra novedad reciente ha sido la puesta en marcha de un premio de Periodismo de investigación. Un premio que, además, para evitar toda injerencia política, no va a ser ni gestionado ni decidido por el Parlamento, sino por asociaciones de periodistas europeos.

Dentro de la desinformación, merecen especial atención los casos de injerencia. Hemos hablado de campañas que se producen en el exterior, pero no olvidemos que los problemas también son internos y que la defensa de la libertad de prensa es una batalla que no se juega solo respecto al exterior de nuestras fronteras, sino también en su interior.

Un ejemplo muy reciente fue la noticia del eurodiputado húngaro del partido del Gobierno que participó en una orgía en Bruselas hace unas semanas. Todos hemos recibido más o menos el mismo tipo de información sobre este hecho. Sin embargo, los resúmenes de prensa de la prensa húngara muestran que en Hungría la información que ha circulado sobre este tema ha sido mucho menor y ha tenido ángulos muy diferentes.

Uno de los enfoques, por ejemplo, fue el de evitar mencionar los elementos que contrastaban con las políticas que defiende el Gobierno húngaro. Y un elemento también interesante intentaba justificar lo que había sucedido como una maniobra de injerencia extranjera, una maniobra de servicios secretos de otros países que habrían obrado para debilitar al gobierno húngaro y a sus posiciones. Tenemos todavía mucho trabajo también en el interior de la propia Unión Europea. Por eso es importante que hace unos días, el día 3 de diciembre, la Comisión Europea presentase el Plan de Acción para la Democracia Europea.

Una parte fundamental de este Plan son recomendaciones y buenas prácticas, porque no es una competencia propia de la Unión, son los

Estados miembros los que tienen después que legislar o que desarrollar esos planes. Un elemento importante es que se constata la existencia de amenazas o de violaciones de la libertad de prensa, a veces en nombre de la lucha contra la desinformación, es decir, se pone de manifiesto que en ocasiones se utiliza la presunta lucha contra la desinformación para en el fondo atacar la libertad de prensa o seguir con esa desinformación. En el Plan también se mencionan de manera muy clara problemas como la seguridad y la protección de los periodistas, la lucha contra el uso abusivo de estrategias judiciales contra la prensa o la persecución judicial del periodista y se promueve la cooperación entre órganos de defensa de los periodistas a nivel europeo, entre estados miembros, asociaciones de la prensa o colegios profesionales.

En definitiva, el Plan de Acción para la Democracia Europea también busca que los Estados miembros pongan en marcha medidas legislativas que protejan o que fomenten el pluralismo mediático, por ejemplo, evitando legislación que prohíba ayudas de Estado a la prensa libre o evitando una excesiva concentración de las empresas de medios de comunicación. Este Plan va en la misma dirección de lo que venimos aplicando en el Parlamento y a nivel institucional europeo. Sin libertad de prensa y sin calidad en la información, no vamos a poder garantizar que la gente pueda participar en un sistema democrático auténtico mediante la toma de decisiones libre e informada, sin interferencias y manipulaciones ilegales.

La desinformación, en cualquier caso, es un reto para todos nosotros y para toda la sociedad, no sólo para las instituciones o los medios de comunicación. Todos estamos implicados y todos tenemos también una parte de responsabilidad a la hora de intentar combatirla.

Capítulo 12

“Fake news” y desinformación: un reto para la enseñanza universitaria

CONCEPCIÓN CASCAJOSA VIRINO

*Vicedecana del Doble Grado de Periodismo y Comunicación
Audiovisual de la Universidad Carlos III de Madrid.*

El ensayista uruguayo Roberto Blatt inició su libro *Historia reciente de la verdad* (2020) con la cita que ha venido a simbolizar la institucionalización de la desinformación en la política contemporánea. Se trata de la afirmación realizada por Kellyanne Conway, entonces asesora senior del presidente de los Estados Unidos Donald J. Trump, en el programa *Meet the Press* el 22 de enero de 2017. Conway justificó los datos erróneos dados poco antes por el Portavoz de la Casa Blanca Sean Spicer sobre la asistencia a la ceremonia de inauguración del nuevo presidente. Lo que había dicho Spicer, según Conway, no era una mentira, sino “hechos alternativos”. Quizás en otro contexto esta afirmación se hubiera considerado un mero exceso de una operadora política devota a su causa, pero ahora sirve para simbolizar lo que Blatt narra en su obra: la emergencia de la posverdad como culminación de un proceso de cuestionamiento de la centralidad que la información había ocupado dentro del proyecto utópico burgués. En ese proyecto, y hasta ahora, prensa y democracia habían sido dos fuerzas en retroalimentación. Sin embargo, los ciudadanos estaban ahora ubicados en trincheras personales, “burbujas virtuales de realidad”.

La gravedad del momento fue señalada inequívocamente por algunas de las grandes instituciones del periodismo norteamericano: en 2017 *The Washington Post* adoptó como lema “Democracy Dies in Darkness” (“La democracia muere en la oscuridad”). La posverdad o la desinformación como un mecanismo deliberado para sabotear el sistema democrático no es un fenómeno nuevo, como retratan Blatt y otros autores como Lee McIntyre (2018), ni tampoco es responsabili-

dad exclusiva de las redes sociales: como bien ilustra el crítico James Poniewozik en su libro *Donald Trump, Television, and the Fracturing of America*, Trump es, también, resultado de la evolución del medio televisivo hacia formas dependientes del espectáculo. Pero el cambio tiene una entidad mucho mayor que la inevitable transformación de los medios de masa tradicionales como la televisión. Tal como plantean Andreu Casero-Ripollés y Amparo López-Meri en su texto “Redes sociales, periodismo de datos y democracia monitorizada” (2015), a partir de la irrupción de internet y de formas como el blog, el monopolio de comunicar información se rompe, de forma que no sólo los editores de periódicos, revistas y otros medios de comunicación tendrán la capacidad de emitir sus mensajes. Sin duda, siguiendo la noción de tecnología sintomática de Raymond Williams (1974), las nuevas tecnologías han respondido a una necesidad de los ciudadanos de controlar y compartir información que consideran relevantes para sus vidas, lo que explica su vertiginosa implantación. Pero eso no debe hacer pasar por alto su carácter disruptivo. Merece la pena detenerse un momento a valorar la rapidez con las que se han transformado los hábitos de consumo e intercambio de información: Facebook se lanzó en 2004, YouTube en 2005, Twitter en 2006, WhatsApp en 2009, Instagram en 2010 y Snapchat, la plataforma que *The Washington Post* usó para dar a conocer su slogan, en 2011. Pero la lista no se para aquí: Twitch nació en 2011 para la retransmisión de videojuegos en directo y TikTok empezó a funcionar en China en 2016.

Tengamos este marco temporal fresco para entender la dificultad con la que la enseñanza universitaria en los ámbitos de la comunicación y específicamente del Periodismo se pueden adaptar a este nuevo contexto basado en la disrupción. Los planes de estudio de las actuales titulaciones de Periodismo se realizaron dentro del periodo de adaptación al Espacio Europeo de Educación Superior (EEES) iniciado en 2008. El Libro Blanco de los Títulos de Grado en Comunicación (2005) elaborado para la Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación (ANECA) ofrecía una visión de los estudios de Periodismo que intentaba articular el bagaje previo de la profesión con la necesidad de innovar ante la implantación de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC), como evidencia la incorporación de la materia “Información periodística y comunicación digital” a los contenidos comunes obligatorios. Pero que no podía

anticipar el rápido desarrollo de las redes sociales y de los procesos de intercambio de comunicación no mediados. Así parece claro de la aparición en los contenidos comunes obligatorios de la materia “Libertad de expresión, responsabilidad periodística y opinión pública”, cuyo título apunta a consideraciones tradicionales de las teorías de comunicación de masas desarrolladas tras la Segunda Guerra Mundial. Difícilmente se podrían anticipar los nuevos perfiles profesionales que serían necesarios. Véase al respecto los cuatro perfiles profesionales establecidos en dicho Libro Blanco para los graduados en Periodismo: Redactor/a de información periodística en cualquier tipo de soporte; Redactor/a responsable de prensa o comunicación institucional; Investigador/a, docente y consultor/a en comunicación; y Gestor de portales y editor de contenidos.

Esta es la base sobre la que se sustentan las titulaciones de Periodismo surgidas a partir de la adaptación al EEES. No es que la Universidad haya permanecido estática durante estos años, pero sí es evidente que los procesos administrativos en el sistema de educación superior en España, lastrado por un exceso de burocracia, no favorecen una rápida adaptación a los cambios. Los planes de estudio son estructuras cerradas con un grado limitado de flexibilidad limitado. Dependen de procesos de acreditación donde se examina su adecuado a las memorias de verificación diseñadas años atrás. Sus posibles modificaciones van a depender de estos ciclos de acreditación, que tienen lugar en un plazo máximo de 6 años. Y, cuando eso llega, se trata de un proceso sometido a trámites que incluyen trámites de información pública, negociaciones y consensos. Los másteres en apariencia tienen mayor flexibilidad, pero, además de marcar una barrera al libre acceso de oportunidades debido a su a menudo alto precio, a menudo su confección depende de criterios más comerciales que profesionales o científicos.

Pero decía antes que la Universidad ha tenido un cierto margen de adaptación. En su artículo “Diez razones por las que vale la pena estudiar Periodismo” (2013), el analista cultural Jorge Carrión hablaba de la necesidad de reinventar la figura del periodista: “En el imaginario colectivo el periodista todavía se vincula con la redacción. Pero ese es solo uno de sus espacios posibles. El hogar se convierte en laboratorio, en taller, en superficie de posproducción. Los frentes en los que se multiplican las posibilidades del artista de lo real son múltiples.”

Carrión habla en su texto de las posibilidades para el periodismo de los lenguajes del videojuego y el cómic, pero también del *Big Data*: “Los analistas deberían comenzar a fusionarse con los periodistas para construir, a partir del *Big Data*, lo único que puede dotar de sentido tal magnitud informativa: *Big Narratives*”. Sin duda, ha sido el Periodismo de Datos el primer lugar de actualización de los planes de estudio de los grados en Periodismo, aunque se trata de una oportunidad que solo ha sido aprovechada parcialmente. Según el artículo “La formación en periodismo de datos en España: radiografía de la oferta académica universitaria” (2020) de Marta Saavedra Llamas, Mercedes Herrero de la Fuente y Eduardo Castillo Lozano, solo diez universidades incorporan asignaturas de análisis de datos, gestión de bases de datos o visualización de datos. En total hay diez asignaturas que por denominación abordan el periodismo y el análisis de datos, dos sobre gestión de bases de datos y una sobre visualización de datos: de ellas, siete son optativas, cuatro son obligatorias y dos tienen carácter básico. Entre los contenidos de estas asignaturas los autores del artículo destacan los siguientes:

- Interpretación de datos, estadística básica, incrementos, índices y gráficos. Manejo de base de datos.
- Fuentes y su validez, datos abiertos y periodismo abierto.
- Leyes de acceso a la información pública (Ley de Transparencia...).
- Representación de datos y visualización. Transformación de los datos en textos periodísticos. Cronogramas y flujos. Mapping Data, TreeMap.
- Plagio y herramientas antiplagio. Turnitin.

Los autores del artículo alertan de dos problemas relevantes. Por un lado, las competencias específicas que adquieren los estudiantes en relación con el periodismo y los análisis de datos reflejan precisamente una falta de especialización bastante notable: de las 24 competencias específicas, tan solo once se refieren a la adquisición de conocimientos directamente relacionados con el periodismo de datos. Por otro, esta falta de especialización también afecta al profesorado responsable de las mismas: más de la mitad de los profesores proviene de titulaciones fuera del ámbito de la comunicación. Eso, unido a que la asignatura sigue sin ser incorporada en muchas de las titulaciones que cambiaron

sus planes en 2019, parece acreditar la lentitud con la que la formación en Periodismo está reaccionando a los cambios y necesidades del mundo profesional.

Mientras las universidades reaccionan con lentitud, en los últimos años la verificación de datos o *fact-checking* ha vivido una reivindicación y expansión como salida laboral. Es el rol del periodista como autenticador (*authenticator*) que reivindicaban Bill Kovach y Tom Rosenstiel en el libro *Blur: How to Know What's True in the Age of Information Overload* (2010). Hay que recordar que en 2012 Bernardino Cebrián señalaba 5 motivos para explicar la pérdida de valor en la práctica periodística mientras reclamaba su revalorización:

- Ante la dificultad de alcanzar la verdad periodística, se concluye que bastan las buenas intenciones.
- La reducción del ámbito de la verificación a los datos simples.
- Otorgar al periodismo ciudadano esta facultad y negársela al periodismo profesional.
- Plegarse al primado de la velocidad y la instantaneidad sobre la verificación.
- La justificación de que los errores publicados se acaban descubriendo o denunciando, tarde o temprano.

Y en este punto, la educación se ha convertido en un espacio de oportunidad, y en una línea de negocio también para las diferentes iniciativas periodísticas especializadas en la verificación de datos. Es el caso de Newtral, la *startup* de contenido audiovisual fundada en enero de 2018 por la periodista Ana Pastor, y que en 2019 estableció Newtral Educación, según lo indicado en su página web, “una iniciativa para contribuir a fomentar el pensamiento crítico en colegios, institutos, universidades y otros centros de formación”¹. En 2020 Newtral estableció junto con un centro universitario privado, la Universidad San Pablo CEU, el Máster Propio en Verificación Digital, *Fact-Checking* y Periodismo de Datos. Por su parte, Maldita.es, un medio digital nativo nacido en 2018 y que funciona apoyado por suscripciones en lugar de publicidad, también cuenta con un

¹ Información recuperada el 10 de diciembre de 2020 de <https://www.newtral.es/newtral-educacion/>

programa formativo, Maldita Educa, que según su página web hasta ahora ha participado en más de 100 ponencias y talleres por España, Europa y América Latina, con contenidos relacionados con alfabetización mediática y ecosistema digital, metodología y herramientas de verificación, acceso a la información en las instituciones públicas, metodología y herramientas de Periodismo de datos y Periodismo científico². Verificat, una plataforma de *fact-checking* sin ánimo de lucro en Cataluña creada en 2019 y apoyada por la Open Society Foundations, cuenta con Verificat Escola, una iniciativa de talleres y programas formativos específicos en los diferentes niveles educativos y también abiertos a la ciudadanía³.

La experiencia de Maldita, Newtral y Verificat marca un camino a seguir por las titulaciones de Periodismo en el doble eje del refuerzo de la formación en la verificación de datos y la alfabetización mediática. En palabras de Nuria Fernández-García (2017), “la alfabetización mediática es más necesaria que nunca. De hecho, a raíz de las noticias falsas hay un renovado interés en desarrollar la alfabetización mediática. Si las nuevas generaciones obtienen su información de redes sociales y otros recursos en línea, deben aprender a decodificar lo que leen”. El esfuerzo por reforzar la alfabetización mediática no debe estar solo en los niveles formativos pre-universitarios, sino también en asignaturas de formación básica universitaria y especialmente en las titulaciones de la rama de Comunicación como un conocimiento que los estudiantes no solo va a aplicar en un desempeño profesional, sino que deben estar preparados para que contribuya a la formación de los ciudadanos. En el artículo “*Fact-checking vs. Fake news: Periodismo de confirmación como componente de la competencia mediática contra la desinformación*” (2018), Gabriel Lotero-Echeverri, Luis M. Romero-Rodríguez y M. Amor Pérez-Rodríguez establecen esa relación clara: “El periodismo de chequeo de hechos es un aporte en la alfabetización mediática de los usuarios y de los periodistas, al permitirles evidenciar un método sencillo y replicable para verificar la información publicada en los medios de comunicación y en las redes sociales, como paso previo a la acción de compartirla”. Conocer

² Información recuperada el 10 de diciembre de 2020 de <https://educa.maldita.es/>

³ Información recuperada el 10 de diciembre de 2020 de <https://www.verificat.cat/escola>

experiencias internacionales puede ayudar a encontrar vías de desarrollo para luchar contra la desinformación: el proyecto “Fake News Immunity. Helping you discover the truth throughout the Coronavirus infodemic” de la Universidad de Liverpool utiliza la metáfora del virus y los mecanismos de inmunización a la desinformación, entendiendo que la alfabetización mediática, especialmente la digital, es la más eficaz vacuna⁴.

Pero para ello también se deben reforzar los recursos económicos. La inversión de los poderes públicos es un elemento imprescindible. Se puede destacar, en este sentido, la labor de las bibliotecas. En el artículo “Fake news, ¿amenaza u oportunidad para los profesionales de la información y la documentación?” (2018), Alexandre López-Borrull, Josep Vives-Gràcia y Joan-Isidre Badell señalan lo relevante que es para este propósito la labor de las bibliotecas. Estos autores consideran necesario ir incorporando a las agendas de bibliotecas los siguientes aspectos:

- Disponer de materiales de formación online con ejemplos de noticias falsas y fuentes de información fiables.
- Difundir los servicios de verificación de datos (*fact checkers*) y crear vías de colaboración con los ciudadanos.
- Organizar talleres prácticos sobre detección de noticias falsas.
- Reforzar las colecciones, especialmente las digitales, con suscripciones a medios de comunicación de alta calidad, teniendo en cuenta que muchos de los medios digitales que más noticias falsas difunden son de acceso libre mientras que en periódicos de gran prestigio sólo se puede acceder mediante una suscripción y por tanto no son accesibles para la mayoría.
- Establecer sinergias con profesionales de la comunicación para crear proyectos en común.
- Reforzar el conocimiento de los códigos éticos profesionales por parte de nuestros profesionales para que les ayuden a definir las políticas de adquisiciones.

⁴ Información recuperada el 11 de diciembre de 2020 de <https://fakenewsimmunity.liverpool.ac.uk/resources/>

Pero los recursos a menudo carecen de especialización. En el artículo “Lucha contra la desinformación desde las bibliotecas universitarias” (2019) Sara Martínez Cardama y Laura Algora Cancho señalaron que, salvo algunas actividades específicas orientadas a las noticias falsas, muchas de ellas tienen una orientación más general y se encuadran en acciones generales de alfabetización informacional. Es necesario que se generen contenidos de mayor variedad, calidad y usabilidad por parte de los estudiantes a los diferentes niveles, y también de los propios ciudadanos. De manera gratuita, Maldita ofrece “La Caja de herramientas”, una lista de recursos para la auto-verificación⁵. A nivel internacional, merece la pena destacar los recursos disponibles en la sección Real News About Fake News del Nieman Lab⁶, aunque también son representativos los materiales de centros anglosajones como la Universidad de Columbia⁷, el Center for News Literacy de la Stony Brook University⁸ o la Universidad de Michigan⁹.

En conclusión, se pueden establecer unos ejes de trabajo futuro para reforzar el rol de la enseñanza universitaria frente a la desinformación:

- Incorporar asignaturas con competencias específicas en Periodismo de datos y Periodismo de verificación en los planes de estudio de Periodismo, y reforzar su posicionamiento como un contenido obligatorio.
- Colocar la alfabetización, tanto mediática como específicamente digital, como una prioridad a todos los niveles educativos y también incorporarla a las competencias de los futuros/as periodistas como profesionales y formadores de la ciudadanía.

⁵ Información recuperada el 11 de diciembre de 2020 de <https://maldita.es/malditobulo/2018/11/28/educacion-la-caja-de-herramientas-de-verificacion-para-que-no-te-la-cuelen/>

⁶ Información recuperada el 11 de diciembre de 2020 de <https://guides.library.columbia.edu/c.php?g=194670&p=4503804>

⁷ Información recuperada el 11 de diciembre de 2020 de <https://guides.library.columbia.edu/c.php?g=194670&p=4503804>

⁸ Información recuperada el 11 de diciembre de 2020 de <http://www.centerfornewsliteracy.org/what-is-news-literacy/>

⁹ Información recuperada el 11 de diciembre de 2020 de <https://guides.lib.umich.edu/c.php?g=282762&p=5213331>

- Potenciar la vinculación con medios y organismos dedicados a la verificación, especialmente aquellos sin ánimo de lucro.
- Aumentar los recursos que permitan el desarrollo de materiales formativos y de verificación de la información en colaboración con Bibliotecas.

El reto de la desinformación no debe poner en cuestión a la profesión periodística: en países como Estados Unidos se ha producido un incremento en las admisiones de las titulaciones de periodismo (Anderson, 2018). Más bien al contrario, debe ser un estímulo para actualizar sus competencias profesionales y reforzar su función social como garante de la democracia.

BIBLIOGRAFÍA

- ANDERSON, N. (17 de septiembre de 2018). *A Trump effect at journalism schools? Colleges see a surge in admissions*. The Washington Post. https://www.washingtonpost.com/local/education/a-trump-effect-at-journalism-schools-colleges-see-a-surge-in-admissions/2018/09/16/18497156-b2b2-11e8-a20b-5f4f84429666_story.html
- ANECA. (2005). *Libro Blanco de los Títulos de Grado en Comunicación*. http://www.aneca.es/var/media/150336/libroblanco_comunicacion_def.pdf
- Blatt, R. (2020). *Historia reciente de la verdad*. Turner.
- CARRIÓN, J. (2013). *Diez razones por las que vale la pena estudiar Periodismo*. Jot Down. <https://www.jotdown.es/2013/07/diez-razones-por-las-que-vale-la-pena-estudiar-periodismo-o-reinventarlo-si-ya-no-tienes-edad-para-volver-a-las-aulas/>
- CASERO-RIPOLLÉS, A. y LÓPEZ-MERI, A. (2015). *Redes sociales, periodismo de datos y democracia monitorizada*. En: F. CAMPOS-FREIRE y J. RÚAS-ARAÚJO (Eds.), *Las redes sociales digitales en el ecosistema mediático* (96-113). Sociedad Latina de Comunicación Social.
- CEBRIÁN ENRIQUE, B. (2013). *Al rescate de la verificación periodística*. ZER: Revista de Estudios de Comunicación, 17(33), 227-241. <https://ojs.ehu.eus/index.php/Zer/article/view/10633>
- FERNÁNDEZ-GARCÍA, N. (Mayo-Junio de 2017). «Fake news»: una oportunidad para la alfabetización mediática. NUSO, 269. <https://nuso.org/articulo/fake-news-una-oportunidad-para-la-alfabetizacion-mediatica/>
- KOVACH, B. y ROSENSTIEL, T. (2010). *Blur: How to Know What's True in the Age of Information Overload*. Bloomsbury.

- LÓPEZ-BORRULL, A., VIVES-GRÀCIA, J. y BADELL, J.I. (2018). *Fake news, ¿amenaza u oportunidad para los profesionales de la información y la documentación?* El profesional de la información, 27(6), 1346-1356. <https://doi.org/10.3145/epi.2018.nov.17>
- LOTERO-ECHEVERRI, G., ROMERO-RODRÍGUEZ, L. M. y PÉREZ-RODRÍGUEZ, M. A. (2018). *Fact-checking vs. Fake news: Periodismo de confirmación como recurso de la competencia mediática contra la desinformación*. index.comunicación, 8(2), 295-316. <https://journals.sfu.ca/indexcomunicacion/index.php/indexcomunicacion/article/view/370/400>
- MARTÍNEZ-CARDAMA, S. y ALGORA-CANCHO, L. (2019). *Lucha contra la desinformación desde las bibliotecas universitarias*. El profesional de la información, 28(4), e280412. <https://doi.org/10.3145/epi.2019.jul.12>
- MCINTYRE, L. (2018). *Post-Truth*. MIT Press.
- PONIEWOZIK, J. (2019). *Donald Trump, Television, and the Fracturing of America*. Liveright.
- WILLIAMS, R. (1974). *Television: Technology and Cultural Form*. Routledge.
- SAAVEDRA LLAMAS, M., HERRERO DE LA FUENTE, M. y CASTILLO LOZANO, E. (2020). *La formación en periodismo de datos en España: radiografía de la oferta académica universitaria*. Anàlisi: Quaderns de Comunicació i Cultura, 62, 93-109. <https://doi.org/10.5565/rev/analisi.3283>

Epílogo

**Europa frente a la doble pandemia,
sanitaria y desinformativa.
Periodismo en tiempos de crisis**

JORGE TUÑÓN NAVARRO

*Profesor en el Departamento de Comunicación
de la Universidad Carlos III de Madrid*

Desde que, en 2016, contra pronóstico, el pueblo británico decidió por referéndum su salida de la UE y meses más tarde el norteamericano dar la Casa Blanca al populista magnate Donald Trump, la UE es consciente de la importancia que tienen las estrategias desinformativas para erosionar los procesos democráticos (Tuñón, 2017). Es por ello, que, para confrontar la citada desinformación, con las miras primero puestas en las elecciones europeas de 2019 y después en el resto de comicios electorales en sus países miembros, desde 2018 la UE viene tejiendo toda una telaraña de contención que pretende servir como dique contra la desinformación en un marco bastante poco propicio, derivado de la pandemia sanitaria derivada del Covid 19, que asola Europa desde inicios de 2020.

Tal y como refrendaba el eurodiputado socialista Iban García del Blanco en la presentación de las Jornadas que dieron lugar a este volumen, en 2018 la Comisión Europea adoptó una comunicación para determinar una actuación conjunta frente a la desinformación, instando a los estados miembros a tomar medidas, siendo ahora una cuestión muy en boga en el propio Parlamento Europeo. En ese sentido reflexionaba el eurodiputado que la desinformación “se trata de una carcoma del contrato social que compartimos”, ya que los bulos nos sitúan en una realidad paralela, con una clara intencionalidad.

Es por ello que abogaba por hacer un análisis desde la perspectiva de la moral pública. Ahora, la ciudadanía ya es más consciente de la falta de apego a la verdad de algunas de las notificaciones que recibi-

mos. Contamos ya con la cuestión del sesgo de confirmación y asistimos a un delirio de comunicación muy alejados de la racionalidad. Ya somos conscientes de que existe un fin mayor que la búsqueda de la verdad, como es el sectarismo y el intento de erosión del enemigo ideológico, concluía García del Blanco.

Muy de acuerdo con el eurodiputado se mostró a continuación Francisco José Salazar Rodríguez, del Gabinete de Presidencia del Gobierno, para quien la crisis del COVID supone el momento perfecto para el análisis de la desinformación, en tanto en cuanto las campañas desinformativas suponen un riesgo importantísimo tanto para la UE como para España, al pretender erosionar sus procesos democráticos y en concreto el proceso de integración europeo.

Para Salazar, los ciberataques buscan conculcar el estado de derecho y la concordia social, motivo por el que aboga por una triple actuación: 1) El estado tiene la obligación de actuar para defender la democracia; 2) La respuesta a una cuestión transnacional debe ser mancomunada; y 3) Dicha respuesta debe basarse en los valores democráticos.

Después de las primeras intervenciones tomó la palabra, la periodista de la Cadena Ser, Pepa Bueno, quien ostentaba el encargo de la ponencia inaugural de las jornadas. La periodista extremeña procuró analizar los riesgos y los desafíos que plantea la desinformación desde la atalaya de su programa diario de Hora 25 y desde un medio como la radio, que permite una bilateralidad instantánea, así como recoger inquietudes y palpar estados de ánimo.

No tuvo problemas en confesar que, habiéndose iniciado en el periodismo a mitad de la década de los ochenta, nunca antes había asistido a un fenómeno más disruptivo que la pandemia del Covid-19, una pandemia que, además, vino a aparecer en un momento de transición de los medios (en cuanto a formatos, modelos de negocio, etc.), por lo que se convirtió en acelerador y catalizador de unos “procesos que ya estaban en marcha”.

A partir de febrero de 2020, explica Bueno, los periodistas hubieron de enfrentarse a una realidad cuya magnitud era entonces difícilmente comprensible y abarcable: “Entonces empezamos a buscar epidemiólogos, intensivistas, “infectólogos”, etc., que nos ayudasen a construir una información rigurosa y veraz, como vacuna contra la desinformación. Existía entonces una demanda intensísima de infor-

mación veraz. Se trataba de un volver los ojos hacia medios y periodistas de referencia, para tratar de entender lo que pasaba”.

Apuntaba la periodista que fue un trabajo arduo y complicado ya que “las instituciones presas de sus errores de cálculo y de su soberbia occidental no lo pusieron fácil a los periodistas, ya que no tuvimos accesos a datos de calidad”. Denuncia que hubo una auténtica carencia de datos de calidad que dificultó la tarea periodística de ofrecer una información veraz y rigurosa, puesto que: de una parte, era muy difícil estar seguros de que lo que contaban era totalmente verídico; y, de otra parte, los periodistas tenían la limitación también de la restricción de movimientos. En ese contexto, Bueno también apunta a la intensidad de la batalla política, consecuencia del momento político de cada país. Particularmente, en el caso español arguye que, la oposición al actual Gobierno de España pronto advirtió la pandemia como la excusa perfecta para llevarse por delante al gobierno, estrategia que suscitó una polarización y una confrontación feroces, en la que “evidentemente la verdad salió perdiendo”.

Después asistimos a la desinformación que nos llega al teléfono todas las mañanas. No se trataba de algo nuevo para los periodistas que trabajan en grandes medios, pero sí les ponía frente al dilema de actuar como altavoces del populismo, dando voz a sus desinformaciones, o de descartar rigurosamente dichos disparates, sin darles pábulo en el contexto de la opinión y la conversación pública. Para Bueno y por muchos dislates que fueran, una vez entraban en la conversación pública, dichos bulos, mentiras o canalladas debían ser afrontadas, en tanto en cuanto al jugarse con el miedo de la gente, el periodismo tenía la obligación de enfangarse.

¿A qué riesgo se enfrenta el periodismo frente a la desinformación? Los riesgos son múltiples. Pero entre todos ellos, a Bueno le preocupa uno que durante la pandemia se ha hecho muy evidente. Ya hay una parte de la ciudadanía, explica, que no nos pide hechos, sino que nos pide una interpretación de los mismos, según su propio sesgo de confirmación, lo cual en su opinión, es letal, no solo para el periodismo sino para la sociedad en general. Y para la periodista de la SER el problema es pensar que las cámaras de resonancia solo existen en los EE.UU. “No solo allí algunos todavía piensan que ha ganado Trump las elecciones. Mucho ojo que en el periodismo la búsqueda de la ver-

dad y no las creencias, son nuestro motivo de existencia. Es por ello que el periodismo deja de tener sentido si no somos capaces de sacar a nuestras audiencias de sus zonas de confort”, arguye.

En esta situación, apunta Bueno, el periodista debe huir de dos riesgos. Primero la tentación del riesgo del aplauso fácil del nicho de opinión. La segunda es la tentación de sucumbir al miedo al linchamiento. Si bien esa es una responsabilidad individual del periodista, la de proteger al mismo para que pueda sobrellevarla es una responsabilidad del conjunto de la sociedad, motivo por el que debe apelarse a los poderes públicos y a las empresas informativas, entre otros.

¿Y ahora qué se pregunta Pepa Bueno en relación a los próximos pasos de las estrategias desinformativas? Claramente con las vacunas cualquier problema médico será ligado a las mismas, tratando de socavar la confianza en los procesos de creación y de implementación de las mismas. Es decir, que los próximos pasos de las estrategias de desinformación durante la pandemia son más que previsibles. Sin embargo, ahora los periodistas, apunta la extremeña, tenemos un reto más difícil de gestionar. Hay una demanda de horizontalidad de las audiencias para sentirse partícipes de la construcción del relato informativo, algo que es complejo, ya que requiere de unas aptitudes profesionales, motivo por el que debemos averiguar cómo es posible desarrollar ese proceso del relato compartido, que después podrá o no contentar a los miembros de la sociedad que ayudaron a la construcción del citado relato.

Concluía Pepa Bueno su ponencia mostrándose moderadamente optimista, sin embargo, acerca del desempeño de los periodistas en el marco de la doble pandemia, desinformativa y sanitaria. Para ello, toma como ejemplo el de los EE. UU, país en el que los periodistas han sabido confrontar con las estrategias desinformativas del propio presidente Trump. Los medios, incluso los más adeptos, no han querido seguirle el juego de la manipulación de los resultados en el marco de la era de la posverdad. La periodista española quiere pensar que prácticas como la relatada serán las que se impondrán en un futuro.

1. HISTORIA DE LA DESINFORMACIÓN

La primera de las mesas redondas de las jornadas contó con la moderación del eurodiputado del Grupo Socialista, César Luena y la

participación de: Raúl Magallón (perspectiva pandémica); Lina Gálvez (perspectiva europea), y Ángel Badillo (perspectiva global).

Abrió la mesa, Lina Gálvez, eurodiputada y catedrática de la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla, quien realizó una aproximación a la historiografía de la desinformación, tanto desde la perspectiva consciente, como desde la inconsciente. En su opinión, desde la cronología de la historia de la desinformación, existe un consenso de que la construcción de estructuras de legitimización frente a la sociedad existe desde la configuración del estado moderno, si bien la diseminación de bulos desde el poder ha existido desde el Imperio Romano. No obstante, las desinformaciones se han demostrado más relevantes cuando han coincidido en el marco de conflictos bélicos. Por ejemplo, la mal llamada “gripe española” probablemente no se originó en España sino en Francia o EE. UU y sin embargo el bulo interesado fue diseminado y mundialmente aceptado.

Centrándonos en la aproximación desde la historiografía en relación a la desinformación a través de relatos conscientes e inconscientes, Gálvez exponía que “los conscientes están muy ligados a los relatos revisionistas que construyen relatos y que legitiman actuaciones. Ejemplo de ello es la propaganda franquista. Asimismo, podemos encontrar los fenómenos de revisionismo ligados al franquismo y ligados a autores controvertidos como Moa. Una cosa es el revisionismo histórico y otra el revisionismo político”. De otra parte, y en relación a los inconscientes, la eurodiputada subrayaba que “la historia se ha contado sin que todos contasen. La historiografía ha sido androcéntrica hasta la explosión de los estudios de género”, motivo por el que hay que atender también a las omisiones inconscientes derivadas del hecho que la historiografía acerca de la desinformación ha sido desarrollada, hasta hace muy poco, exclusivamente por hombres.

Por su parte, Raúl Magallón, profesor de Periodismo de la Universidad Carlos III de Madrid, pretendió distinguir ciertos conceptos, que en ocasiones la celeridad periodística tiende a confundir o a utilizar como sinónimos. Es por ello que para el profesor resulta básico distinguir entre desinformación y *fake news*, quiénes son los beneficiados, qué papel juega en las campañas electorales, qué son las cámaras de resonancia y si debemos o no regular y legislar los con-

tenidos. Si es posible regular los vectores de desinformación, o como puede ser la publicidad institucional, entre otros.

En ese sentido, Magallón esgrimía, que evidentemente las *fake news* no son algo nuevo, sino que se trata de un término cuya utilización hunde sus raíces hace casi un siglo, en 1925. Asimismo, apuntaba ciertas reticencias por la utilización que del término *fake news*, hacen los políticos (Trump lo usó en 2018 hasta 210 veces en Twitter, y muchas más tras su derrota electoral de noviembre de 2020, siéndole clausurada la cuenta, tras la fallida toma del Capitolio en enero de 2021, por dichos motivos), como arma arrojada contra los adversarios políticos. Además, las *fake news* son un término polisémico que se utiliza para referirse a múltiples realidades: amplificación de mensajes de odio, contenidos de *clickbait*, entre otros.

¿Qué relación hay entre la aparición de las redes sociales y el auge de la desinformación? A pesar de la mitificación de las redes sociales, no debemos olvidar que detrás de las mismas se esconden intereses políticos, en muchos casos de los propios partidos políticos. Efectivamente, antes los partidos debían pasar por la intermediación molesta de los periodistas, pero ahora a través de las redes sociales pueden saltarse esa intermediación, re-intermediando ellos mismos el mensaje. Efectivamente, ahora en redes sociales, los periodistas tienen un papel menos preponderante, que les hace además más dependientes de los actores políticos. Concluye Magallón explicitando que la desinformación no solo puede esconder un interés político, sino que también puede pretender un rédito económico, el cambio de opinión, la división o la polarización, entre otros. De hecho, se desarrollan *webs* que generan ingresos a través del *clickbit*. En ese sentido, no resulta inocuo que gigantes tecnológicos como Facebook y Google acaparen hasta el 80% de la publicidad digital, habiéndose convertido en la práctica en editores, que tienen una responsabilidad jurídica.

Tuvo la oportunidad de cerrar la mesa el investigador principal del Real Instituto Elcano, Ángel Badillo, quien realizó una contextualización geopolítica de la desinformación, advirtiendo de partida que la desinformación en el marco de la pandemia es especialmente dañina, ya que implica consecuencias sobre la salud, además de constatar “que, de unos años a esta parte ha existido una hiperinflación de todos estos términos (pos verdad, propaganda, desinformación, noticias falsas, etc), sobre todo a raíz de la llegada de Trump a la presidencia de los EE.UU”.

Continuaba Badillo preguntándose el ¿por qué?, dado que la desinformación había sido tradicionalmente ligada a los conflictos bélicos, sobre todo durante el periodo de la guerra fría. A su juicio, aunque no nos encontremos inmersos en una guerra mundial, sí que existe un proceso de aceleración de la desinformación, cuya motivación es triple: a) la importancia de la esfera/opinión pública; b) la importancia de la comunicación, pero la pérdida de influencia de los medios de comunicación tradicionales en dicha comunicación; y c) el auge del denominado “soft power”.

No quiso Badillo culminar su intervención sin insistir en la importancia de la pandemia como acelerador de los procesos de desinformación. En su opinión, no hay cambio, pero sí aceleración, por ejemplo, de la utilización sistemática de la misma por parte de Rusia frente a la UE, Ucrania, países bálticos, entre otros, y sobre todo hacia sus instituciones, procesos electorales, etc. La aceleración pandémica se justifica por: la necesidad de la búsqueda de información por parte de las audiencias; la polarización; la desconfianza en los medios de comunicación tradicionales; y las técnicas del micro-targeting.

¿Qué se puede hacer entonces ante este panorama? Badillo aporta soluciones múltiples: 1) No se trata de un problema que se pueda resolver a escala nacional, sino que es imprescindible optar por la acción multilateral; 2) Garantizar que el combate a la desinformación no limite nuestras garantías democráticas, en cuanto a derechos y libertades en materia de libertad de expresión; 3) Aumentar la transparencia; 4) Educación más intensiva de los ciudadanos acerca del nuevo ecosistema digital; y 5) Una transversalidad que solvete el problema de la desinformación contra las grandes empresas, a través de la necesaria colaboración de estados, redes sociales, empresas y sociedad civil para gestionar lo mejor posible el ecosistema digital que nos viene dado.

2. UNIÓN EUROPEA ANTE LAS NOTICIAS FALSAS

La segunda de las mesas redonda de las jornadas fue moderada por el profesor Carlos Elías, quien introdujo a los ponentes e hizo mención a la Cátedra Jean Monnet sobre “Unión Europea, Desin-

formación y Fake News”, de la que es titular y que codirige junto al también profesor Jorge Tuñón en la Universidad Carlos III de Madrid. Para el profesor Elías, si algo ha quedado claro con la pandemia del COVID es que hacen falta más científicos y periodistas, puesto que ambos tienen como cometido, la búsqueda de la verdad.

Abrió la mesa el General Miguel Ángel Ballesteros, quien realizó un recorrido por los hitos de la acción de la UE contra la desinformación, así como la incardinación de dichas acciones con las propias nacionales españolas. Precisamente las acciones europeas se remontaban ya a 2015, cuando el propio Consejo Europeo apuntaba a Rusia y pedía la configuración de un Plan de Acción Estratégica, fruto del cual se configuró el EastStratTeam, para hacer frente a las campañas de desinformación principalmente provenientes de Rusia y del espacio post-soviético. Posteriormente el referéndum del Brexit y las elecciones que llevaron a Trump a la presidencia de EE. UU. en 2016, así como la constatación de la importancia del impacto de la desinformación en el resultado de ambos procesos democráticos, provocaron una respuesta de la UE que trató de blindarse (a través de diferentes iniciativas), preferentemente de cara a las elecciones europeas de 2019, y con motivo del temor por el auge del euroescepticismo y de los populismos.

En el caso español, Ballesteros explicitó, que precisamente con vistas a las elecciones europeas, la UE animó a los estados a disponer de sus propios métodos de detección y mitigación de las estrategias de desinformación. Es por ello, que España se puso manos a la obra y ya desarrolló, a través del Consejo de Seguridad Nacional, un primer procedimiento nacional, de cara a las elecciones nacionales de abril del 2019, así como a las europeas de mayo de 2019, también. En el caso español, por Real Decreto se otorga a la Secretaría de Comunicación capacidades en los supuestos de injerencia desinformativa provenientes del Exterior, si bien siempre será a través de los medios de comunicación, cómo se rebatirán campañas de desinformación internas o externas.

Precisamente, el Consejo Europeo posteriormente refrendó los planes de seguridad nacionales, al pedir a los estados miembro su cooperación para implementar el Plan de Acción. Es por ello, que Mogherini pidió a los estados un punto de referencia, que en el caso

español es la Secretaría de Comunicación. También se puso en funcionamiento un sistema de alerta rápida en materia de desinformación (RAS), que se aprobó igualmente en España y que se enmarcó en el sistema de Seguridad Nacional. El RAS tiene departamentos de análisis, detección, etc. Por tanto, la Comisión Permanente contra la Desinformación (el famoso Ministerio de la Verdad) no es sino un departamento técnico al igual que sucede con el RAS europeo, pero que en ningún caso un órgano político).

Tras el general Ballesteros, tomó la palabra el catedrático en Derecho de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, Juan Fernando López Aguilar, quien pretendió arrojar luz acerca de las tareas del Parlamento Europeo en relación al fenómeno de la desinformación, subrayando la confluencia tanto de derechos, como de actores involucrados. Coincide López Aguilar con otros ponentes al observar que la desinformación es un lugar común, un fenómeno universal presente a lo largo de todas las etapas de la historia. Lo que sucede ahora es que se ha potenciado en connivencia con el desarrollo de la globalización y de la revolución digital, y ante ese binomio globalización y revolución digital, una gran parte de las audiencias han optado por la comodidad de la desinformación, en cuanto a sesgo de confirmación de las creencias previas. Insiste, además, en que el problema radica en que esta actitud supone un socavo y pone en riesgo a los procesos democráticos, como el de la UE.

Ante los posibles menoscabos a la libertad de expresión cuando atenta o se confronta con otros derechos fundamentales, aclara que la desinformación es la diseminación dolosa de falsedades para obtener un rédito político o económico. Por este motivo, el Parlamento Europeo se ha tomado en serio esta cuestión y por ello ha tomado cartas en el asunto desde 2015, tras la confrontación Rusia/Ucrania, y ya que Ucrania entre 2016 y 2020 ha estado expuesta a extensas campañas de desinformación rusas a través de *bots*, *trolls*, etc, que incluso han suplantado a los propios dirigentes políticos.

Por todo ello y ante la posible afectación de los diferentes procesos electorales, la UE no pudo quedarse de brazos cruzados, sino que hubo de actuar, tal y como se describía el General Ballesteros y más tarde realizó Beatriz Marín, o como recientemente acaba de publicar Jorge Tuñón (2021) en la monografía *–Europa frente al Brexit, el po-*

pulismo y la desinformación. Añade López Aguilar, que, en el marco de dicha actuación, ya durante el verano de 2020 se evaluaron todos los hitos realizados hasta la fecha y se revisaron las capacidades de <https://eufactcheck.eu/> desde una perspectiva del respeto a los derechos fundamentales, la *literacy*, la comunicación, la cooperación, el fomento de la transparencia. Se trataba de optimizar esa unidad de verificación de noticias falsas, todo ello en confluencia con el derecho a la libre comunicación de la información veraz, que nada tiene que ver con la libertad de expresión. Es por ello que el político canario apunta a que desde la comisión del Parlamento Europeo que él mismo preside, no solo han puesto la vista en el *European Democracy Action Plan*, sino también en escrutar todas las medidas legales al alcance del Parlamento Europeo, en calidad de legislador y que confluyan sobre todos actores involucrados en la problemática de la desinformación (plataformas, juristas, legisladores, periodistas, instituciones, entre otros).

Tuvo la oportunidad de cerrar la mesa, Beatriz Marín que, desde el Servicio de Acción Exterior de la Comisión Europea, recordó las amenazas en juego, así como los múltiples actores que pretenden deslegitimar los procesos y las instituciones democráticas, en beneficio político propio, asegurando que, si bien Rusia viene siendo el actor esencial, existen otra serie de actores más recientes o menos conocidos, apuntando también ahora a China, como actor de creciente representatividad, dentro de sus estrategias de poder blando o híbrido.

Para Marín, la temática básica más reciente de las estrategias desinformadoras, viene siendo la propia pandemia, y ahora en la segunda fase, apunta, están distribuyendo desinformación para desacreditar a los rivales comerciales de la vacuna rusa Sputnik, motivo por el que han sido muy profusos en castellano, sobre todo de cara al público latinoamericano.

No obstante, Marín con fue cristalina al reconocer que con la llegada de la *infodemia* del Covid desde 2020, se pusieron de manifiesto las vulnerabilidades europeas, por lo que la Comisión debió lanzar una nueva Comunicación de Desinformación en relación al COVID, además de una ambiciosa propuesta legislativa como es el denominado “Plan de Acción para la Democracia Europea (diciembre 2020), que se apoya en tres pilares: la promoción de elecciones libres y justas

además de transparentes; el refuerzo de la libertad y el pluralismo de los medios de comunicación; y la lucha contra la desinformación (en forma de co-regulación, mediante la ley de Servicios Digitales, que va a promover la UE). Quiso ser también meridianamente clara Marín al afirmar que “este Plan Europeo no supone un Ministerio de la Verdad sino una red de acción coordinadas que sirvan para establecer un dique evidente contra la desinformación. Y ello es necesario porque las técnicas para desinformar siguen evolucionando con perfiles semi-verídicos y más difícilmente identificables como *bots*. Se han verificado comunidades de usuarios con fotos de *deep fakes*, con lo que la acción europea también debe actualizarse para luchar eficazmente contra la desinformación”.

3. UNIÓN EUROPEA ANTE LAS NOTICIAS FALSAS

La última de las mesas redondas de las jornadas contó con la moderación del profesor de la Universidad Carlos III de Madrid, Juan Carlos Sánchez Illán, así como con la participación de: Clara Jiménez Cruz (fundadora de Maldita); Jaume Duch (Director General de Comunicación y Portavoz del Parlamento Europeo); y Concepción Cascajosa (profesora de la Universidad Carlos III).

Comenzó su exposición Jiménez Cruz resaltando la importancia de señalar que los políticos, periodistas y académicos ultra-informados son solo unos pocos, mientras que el grueso de la población está en un nivel muy inferior de información o de acceso a la misma, lo que supone un caldo de cultivo destacadísimo en el caso de las estrategias de desinformación, que además, de un tiempo a esta parte, se han venido acentuando por la confluencia de varios factores, a saber: la pérdida de legitimidad de los medios tradicionales; las redacciones diezmadas desde la anterior crisis económica; y la democratización de la información, pero también la desinformación, ya que resulta muy fácil crear algo que tenga apariencia de medio de comunicación.

La periodista no dudó en poner el foco sobre la desinformación que recibimos a través del soporte de los teléfonos inteligentes y particularmente por medio de la red social WhatsApp: “En España cuatro de cada cinco personas consultan información digital en una gran

proporción durante todo el día a través del Smartphone, siendo además en nuestro país el consumo de información descontextualizada a través de WhatsApp elevadísimo (...) En España el 21% de la población confía en la información que le llega sobre el COVID a través de WhatsApp, lo que si lo unes al 27% que ni confía ni no confía, supone la mitad de la población, lo que es una barbaridad”.

Insistió en que para la fundación de verificación que fundó y que dirige en la actualidad, Maldita, WhatsApp es la mayor fuente de desinformación, reconociendo además que, con motivo de la pandemia recibieron de 200 a 2000 consultas diarias para verificar cuestiones, en un auténtico estallido de desinformación: “Hemos llegado a desmentir hasta 800 bulos. Han existido temas predominantes: en el primer tercio las curas; en el segundo desinformación política y ahora en el tercer tercio mucha desinformación política polarizada (carteles anticientíficos en la calle, o datos del CIS sobre la vacuna que revelan que existe una masa crítica de la población que no cree en la ciencia)”, apuntaba Jiménez.

A su juicio, además de la necesidad de invertir en formación, alfabetización o periodismo, entre otros; la solución no pasa por legislar sobre contenidos, sino sobre distribución. En ese sentido, la legislación debe adaptarse a internet y no quedarse obsoleta. Tampoco puede confundirse la legislación con la censura, ya que quien quiera consumir mentiras debe poder hacerlo. Por tanto, añade que hay que tener mucho cuidado con poner la implementación de la legislación a las plataformas (por ejemplo, Facebook no es quien para decidir qué es y qué no es discurso de odio), así como con perseguir penalmente a quien comparte desinformación, puesto que muchos lo hacen de manera inocente y porque la trazabilidad es, todavía, muy complicada.

Por su lado, Jaume Duch apunta que la desinformación erosiona a las instituciones, socava el debate político y se le ataca con información, si bien la misma deberá ser mediada a través de medios de comunicación de calidad. Es por ello que la UE lleva tres décadas luchando contra la desinformación o contra la falta de información, con la intención de que la ciudadanía se pueda informar y tomar decisiones, libres de injerencias. A modo de ejemplo, reconoce que de cara a las últimas elecciones se reprodujeron estrategias de polarización y desinformación, si bien finalmente hubo menos desinformación de la

esperada, tal vez porque la UE se había dotado ya de instrumentos y estaba más preparada. No obstante, sostiene que son recurrentes las campañas sobre la supuesta “rusofobia”, sobre los dudosos valores europeos, sobre la falta de calidad democrática, sobre su elitismo, sobre su inoperancia, por no hablar del *Brexit* “que es el resultado más evidente de una longeva compañía de desinformación” y que nos retrotrae a los famosos euro mitos, a las normas internas de la BBC, a los polémicos tabloides británicos, entre otros.

Igualmente, ahora en pandemia asistimos (para Duch): a la retórica de que la UE no se preocupa de su ciudadanía; a propaganda dando a entender que los modelos autoritarios son más eficientes que los modelos democráticos contra el Covid (con ejemplos como los de los aviones chinos con mascarillas; o la famosa vacuna rusa); además de haberse puesto en riesgo la vida de las personas por la diseminación interesadas de desinformaciones evidentes (lejía, quema de repetidores 5G, entre otras).

Duch apuesta por una estrategia multinivel contra la desinformación y en relación a la necesidad de vacunarse, motivo por el que desde el propio Parlamento Europeo: se colabora políticamente con el resto de las instituciones, se analiza la desinformación y se asiste a los periodistas cuando necesitan información de contexto. En ese sentido el Parlamento ha orquestado tres niveles de ayuda a los propios medios de comunicación: “1) Nivel legislativo para ayudar a que los medios puedan funcionar desde la viabilidad económica, que incluye también la protección de datos; 2) Propuestas a los estados miembros a involucrarse desde la esfera nacional para cooperar con los medios en desacreditar la desinformación; 3) A nivel práctico: contar con los medios para dar servicio a los periodistas, no solo a los que trabajan en Bruselas, sino también desde los estados; un sistema de subvenciones a proyectos de medios de comunicación que tengan que ver con la comunicación europea (La Repubblica); fomentar redes europeas de *fact-checkers*; y luego últimamente el premio de investigación”.

A pesar de todo lo anterior, no podemos obviar que la desinformación no es solo una cuestión externa sino también interna, motivo por el que Duch subraya la importancia del Plan de Acción para la Democracia Europea de diciembre de 2020, acerca del que el portavoz del Parlamento Europeo pone énfasis en la necesidad de evitar o luchar

contra usos abusivos o restrictivos de la libertad de prensa, en un supuesto beneficio de la lucha contra la desinformación. A su juicio, esta es la nueva estrategia de los desinformadores, erosionar los procesos democráticos en una supuesta lucha contra la desinformación, lo que vendría a ser una especie de “contra-desinformación”.

Cerró la mesa redonda, Concepción Cascajosa, cuya intervención versó sobre la vertiginosa implantación de las redes sociales, como efecto multiplicador de la diseminación de la desinformación. En ese sentido, Cascajosa sostuvo que “la desinformación a través de redes sociales rompe prácticamente los esquemas de muchas estructuras académicas o planes de estudios. Se trata de un auténtico desafío en el marco de los estudios universitarios en Periodismo, siempre lastrados por la cuestión burocrática universitaria. Apenas se ha logrado la introducción de alguna asignatura como Periodismo de Datos, que solo la han incluido ya, por ejemplo, un máximo de diez universidades, siendo en la mayor parte de los casos formación optativa.

Abogaba, por tanto, la profesora de la Universidad Carlos III acerca de la necesidad de este tipo de formación en Periodismo, para otorgar a los alumnos herramientas eficientes para luchar contra la desinformación. Se trata de formar al periodista como autenticador, apostando por el rescate del verificador. De hecho, ponía de manifiesto las experiencias en materia de verificación de *fact-checkers* como Maldita o Newtral, que están ahora ya apostado por la formación en el ámbito de verificación de datos, lo cual está más que indicado (Newtral Educación o Maldita Educa). Concluía Cascajosa haciendo hincapié en la existe un amplio nicho de oportunidad en relación a la necesidad de la alfabetización mediática contra la desinformación, una alfabetización mediática que es ahora más necesaria que nunca, sobre todo para las nuevas generaciones.

4. EL FUTURO DE EUROPA EN TIEMPOS DE DESINFORMACIÓN Y PANDEMIA

Las jornadas concluyeron con la intervención del profesor del departamento de Comunicación de la Universidad Carlos III de Madrid y experto científico externo del Parlamento Europeo, Jorge Tuñón, quien, en calidad de relator, realizó un veloz resumen de los

puntos esenciales discutidos durante las jornadas, antes de dar paso a la clausura del evento, en la que los también profesores de la universidad madrileña, Amuitz Garmendia y Juan Carlos Sánchez Illán, intervinieron precediendo a Julio Checa, Decano de la Facultad de Humanidades, Comunicación y Documentación, quien clausuró las jornadas.

Unas jornadas acerca de la desinformación en la UE en tiempos de COVID, que pretendieron abrir toda una serie de desafíos e interrogantes acerca de “la posición, del futuro y de la propia supervivencia de Europa en el tablero geopolítico mundial a inicios de la tercera década de siglo, con motivo de la doble pandemia, la sanitaria y la global, que nos viene asolando” (Tuñón y Bouza, 2021). Se apuntaba a: la importancia de la comunicación estratégica de la UE en el marco de los contextos desinformativos alimentados por los intereses euroescépticos y/o populistas (Tuñón y Elías, 2021); a la necesidad de fomentar un periodismo transnacional de calidad que aleje a la ciudadanía de las desinformación y que la acerque a las instituciones europeas ; a la revisión de la propia concepción y configuración sociológica de la organización supranacional, no solo para afrontar la doble pandemia, sino también para afrontar el horizonte posterior a la misma; así como a la revisión de los efectos pandémicos y del futuro de algunas de las políticas europeas, que vienen constituyendo y/o que deben constituir los buques insignias del futuro de la UE.

En ese sentido, una dimensión importante de la crisis es su capacidad para aproximar o alejar a los europeos en torno a valores y espacios políticos comunes, como, por ejemplo, la reciente adopción de un mecanismo de condicionalidad democrática al uso de los fondos europeos –a pesar de su contestación jurídica y política–, lo que señala que se mantiene todavía un mínimo consenso en torno a los valores básicos de la UE. Sin embargo, seguramente todavía sea demasiado temprano para saber si la crisis está afectando de manera más profunda a la valoración que hacen los europeos del equilibrio entre libertades y seguridad o entre protección de la comunidad y libertades individuales. A pesar de lo anterior la crisis ya ha demostrado también, tanto la urgencia como la dificultad de abordar una estrategia común frente a la difusión de bulos y estrategias de manipulación desinformativa respecto a las democracias (Tuñón, Bouza y Carral, 2019).

Igualmente, la crisis vuelve a plantear la urgencia del debate sobre la posición de la UE en la gobernanza internacional. “Si inicialmente parecía que la crisis otorgaba una oportunidad histórica a potencias autoritarias emergentes como Rusia y China para intentar dividir a los europeos (utilizando incluso estrategias desinformativas híbridas), la conclusión del Brexit en los últimos días de 2020 y el cierre efectivo de las fronteras exteriores durante estos meses demuestran que la crisis al menos ha servido a la UE para adquirir una identidad geopolítica clara. No obstante, todavía está por ver que tenga una verdadera estrategia geopolítica. De hecho, la previsiblemente lenta y larga recuperación de la pandemia sanitaria coincidirá con un entorno geopolítico todavía inestable, pero en el que se volverá a plantear: cómo avanzar en la lucha contra la desinformación; el dilema sobre la cooperación estratégica con los EEUU de Biden; la reciente aproximación comercial a China, o las diferentes prioridades ante retos clave como el migratorio y el energético, entre otros” (Tuñón y Bouza, 2021).

BIBLIOGRAFÍA

- TUÑÓN, J. (2021): *Europa frente al Brexit, el populismo y la desinformación. Supervivencia en tiempos de fake news*. Tirant lo Blanch, Valencia.
- TUÑÓN, J. (2017). *Comunicación Internacional del siglo XXI: Información y Desinformación Global en el siglo XXI*. Madrid: Fragua editorial. ISBN 9788470747472.
- TUÑÓN, J. y BOUZA, L. (coords) (2021). *Europa en tiempos de desinformación y pandemia*. Comares, Granada. ISBN 978-84-1369-063-6.
- TUÑÓN, J.; BOUZA, L. y CARRAL, U. (2019). *Comunicación Europea ¿A quién doy like para hablar con Europa?* Madrid: Dykinson. ISBN:9788491489771.
- TUÑÓN, J. y ELÍAS, C. (2021). “Comunicar Europa en tiempos de pandemia sanitaria y desinformativa”, en TUÑÓN, J. y BOUZA, L. (2021): *Europa en tiempos de desinformación y pandemia*. Comares, Granada. ISBN 978-84-1369-063-6.

RESEÑAS BIOGRÁFICAS

Clara Sainz de Baranda Andújar es profesora e investigadora de la Universidad Carlos III de Madrid desde 2008 y Secretaria Académica del Instituto Universitario de Estudios de Género. Cuenta con una notoria trayectoria en el ámbito de los Estudios de Género, las Políticas de Igualdad y las representaciones de género en los medios de comunicación y las nuevas tecnologías.

Pepa Bueno es periodista y escritora. Desde que despegara su carrera periodística, Bueno ha trabajado a caballo entre la televisión y la radio, dirigiendo y presentando distintos programas como el telediario en La 2 o “Hoy por hoy” en la Cadena SER. En 2021 salió a la luz su primera inmersión en la literatura, *Vidas arrebatadas*, centrada en las familias de las víctimas de ETA. Bueno ha sido galardonada por su trabajo con premios como el Cátedra Manu Leguineche, el Ondas o el Cerecedo de la Asociación de Periodistas Europeos.

César Luena López es miembro del Parlamento Europeo y Profesor asociado en el departamento de Ciencias Sociales de la UC3M. Doctor por la Universidad de La Rioja e investigador en el Instituto de Humanidades y Ciencias de la Salud Gregorio Marañón, es autor y coautor de numerosos artículos y libros como *Partidos políticos, democracia y cambio social*, *Cartas de Ginebra*. *Voces de nuestro siglo XX* o *Cien años de la huelga de 1917*. También es Miembro del CIHDE y de los Patronatos de las Fundaciones Pablo Iglesias y Sistema.

Lina Gálvez Muñoz es miembro del Parlamento Europeo, donde es vicepresidenta de la Comisión de Industria, Investigación y Energía y miembro de la Comisión de los Derechos de la Mujer e Igualdad de Género. Es Catedrática de Historia e Instituciones Económicas en la Universidad Pablo Olavide. También fue profesora en las Universidades de Reading, Carlos III y profesora visitante en el Centro de investigación del uso del tiempo (U. Oxford). Tiene más de cien publicaciones científicas. Fue vicerrectora de su universidad y Consejera de Conocimiento, Investigación y Universidad de la Junta de Andalucía.

Raúl Magallón Rosa trabaja como profesor de periodismo en el Departamento de Comunicación de la Universidad Carlos III de Madrid. Es Licenciado en Periodismo y Doctor con mención europea por la Universidad Complutense de Madrid. Su línea de investigación se centra en la relación entre desinformación y fact-checking. Es autor de “Unfaking

News. Cómo combatir la desinformación” y “Desinformación y pandemia. La nueva realidad” (los dos libros están publicados en portugués).

Ángel Badillo Matos es investigador principal de Lengua y Cultura del Real Instituto Elcano y profesor titular de la Universidad de Salamanca donde codirigió el MBA en Instituciones y Empresas Culturales de Santillana Formación (Grupo Prisa). Ha sido investigador y profesor visitante en las universidades de Paris 8 y 13, Université de Québec à Montréal (UQÀM, Canadá), University of Southern California (EEUU), UNAM (México), Syracuse University o Universidad Nacional de Quilmes (Argentina), entre otras, y ha trabajado como consultor para instituciones públicas y privadas como Freedom House.

Carlos Elías es catedrático de Periodismo de la Universidad Carlos III de Madrid y catedrático Jean Monnet de “UE, desinformación y fake news”. Se especializó en Ciencia, Tecnología y Opinión Pública en la London School of Economics (un año becado como visiting fellow) y en Harvard (otro año como visiting scholar). Ha trabajado como periodista en la Agencia Efe (política) y como responsable de ciencia en El Mundo. Su último libro es *Science on the Ropes. Decline of Scientific Culture in the era of Fake News* (Springer, 2019).

Juan Fernando López Aguilar es eurodiputado del PSOE y presidente de la Comisión de Libertades Civiles, Justicia e Interior del Parlamento Europeo, donde también forma parte de la Comisión Especial sobre Injerencias Extranjeras en Todos los Procesos Democráticos de la Unión Europea, en particular la Desinformación. Licenciado en Ciencias Políticas y Sociología, y Doctorado en Derecho, compagina su labor política desde el año 2000 con la académica, siendo titular de la Cátedra Jean Monnet de Derecho e Integración Europea desde 1999 y autor de una docena de libros.

Israel Doncel Martín es responsable de Comunicación del Centro Sefarad-Israel y profesor asociado de la Universidad Carlos III. Previamente ha trabajado como coordinador de Prensa de la Casa de América y es autor del libro “Comunicación corporativa en la era de la globalización” (2016). Es licenciado en Periodismo por la Universidad Complutense, en Publicidad y RRPP por la Universidad Rey Juan Carlos y máster en Dirección de Comunicación por la UCAM. En la actualidad es doctorando de Investigación en medios de comunicación en la Universidad Carlos III de Madrid.

General D. Miguel Ángel Ballesteros Martín es Director del Departamento de Seguridad Nacional. Doctor en Ciencias Políticas y Sociales, Diplomado de Estado Mayor y en Investigación Operativa, tiene amplia experiencia académica como Profesor y profesor asociado, así como en el campo de la seguridad y la defensa. Ha sido Director del Instituto Español de Estudios Estratégicos, Centro Investigación Militar Operativa-División de

Inteligencia, Primer jefe Centro Satélites Helios y Jefe Departamento Estrategia y RRII de la ESFAS-CESEDEN. Además, es autor de dos libros y numerosos artículos en prensa especializada.

Juan Carlos Sánchez Illán es profesor titular en el Departamento de Comunicación de la UC3M. Acreditado catedrático cuenta con cuatro sexenios de investigación (1994-2017), es autor y director de obras como *Diccionario Biográfico del Exilio Español de 1939: los Periodistas y Una República de Papel. L'Espagne Républicaine, 1945-1949; La nación inacabada. Los intelectuales y el proceso de construcción nacional y Prensa y política en la España de la Restauración*. Asimismo, ha participado en decenas de obras colectivas y firmado varias decenas de trabajos de investigación en publicaciones científicas españolas e internacionales.

Clara Jiménez Cruz es periodista, cofundadora y Directora Editorial adjunta de Maldita.es. Es la única española del Grupo de expertos de alto nivel sobre desinformación designado por Comisión Europea y es, además, miembro europeo del Consejo asesor del International Fact Checking Network. En 2015 recibió, junto con Julio Montes, el Premio de Periodismo José Manuel Porquet. Además, fue elegida Ashoka Fellow 2019 y Premio APM al Periodista Joven del Año 2019. Sus proyectos con Maldita.es han sido preseleccionados para el European Press Prize en dos convocatorias consecutivas.

Jaume Duch Guillot es licenciado en Derecho por la Universidad de Barcelona. Funcionario del Parlamento Europeo desde 1990, ejerce como Portavoz de esta institución desde 2006 y como Director General de Comunicación desde 2017. Ha trabajado en la Task Force parlamentaria de la Convención encargada de redactar el proyecto de Constitución europea (2002-2003) y en la Convención que preparó la Carta de derechos fundamentales de la UE (1999-2000). Es autor de diversas publicaciones, artículos y comunicaciones sobre cuestiones relativas a las instituciones de la Unión Europea y al derecho comunitario.

Concepción Cascajosa Virino es Profesora Titular de Comunicación Audiovisual en el Departamento de Comunicación de la Universidad Carlos III de Madrid (2012-), con dos sexenios de investigación reconocidos y Premio de Excelencia del Consejo Social (2016). Ha sido directora del Master en Guion de Cine y TV con ALMA Guionistas (2013-2021) y Vicedecana de los Estudios de Periodismo y Comunicación Audiovisual (2014-2021). Es autora o editora de nueve libros y un centenar de publicaciones académicas, además de colaboradora en medios como El País, Fotogramas y Serielizados.

Jorge Tuñón es profesor de la Universidad Carlos III, experto científico externo del Parlamento Europeo y de la Comisión Europea, evaluador de

proyectos europeos, además de colaborador del Colegio de Europa, del Instituto Nacional de Administración Pública, de la OBS Business School, o de la Fundación La Caixa. Doctor Europeo (Premio Extraordinario) en Comunicación, RRII y UE, tras licenciarse en Derecho, Periodismo y Políticas, ha trabajado para el INAP y para la Comisión Europea. Enfocado en la comunicación europea en tiempos de desinformación y pandemia, dirige dos proyectos europeos y participa en otros dos más.

